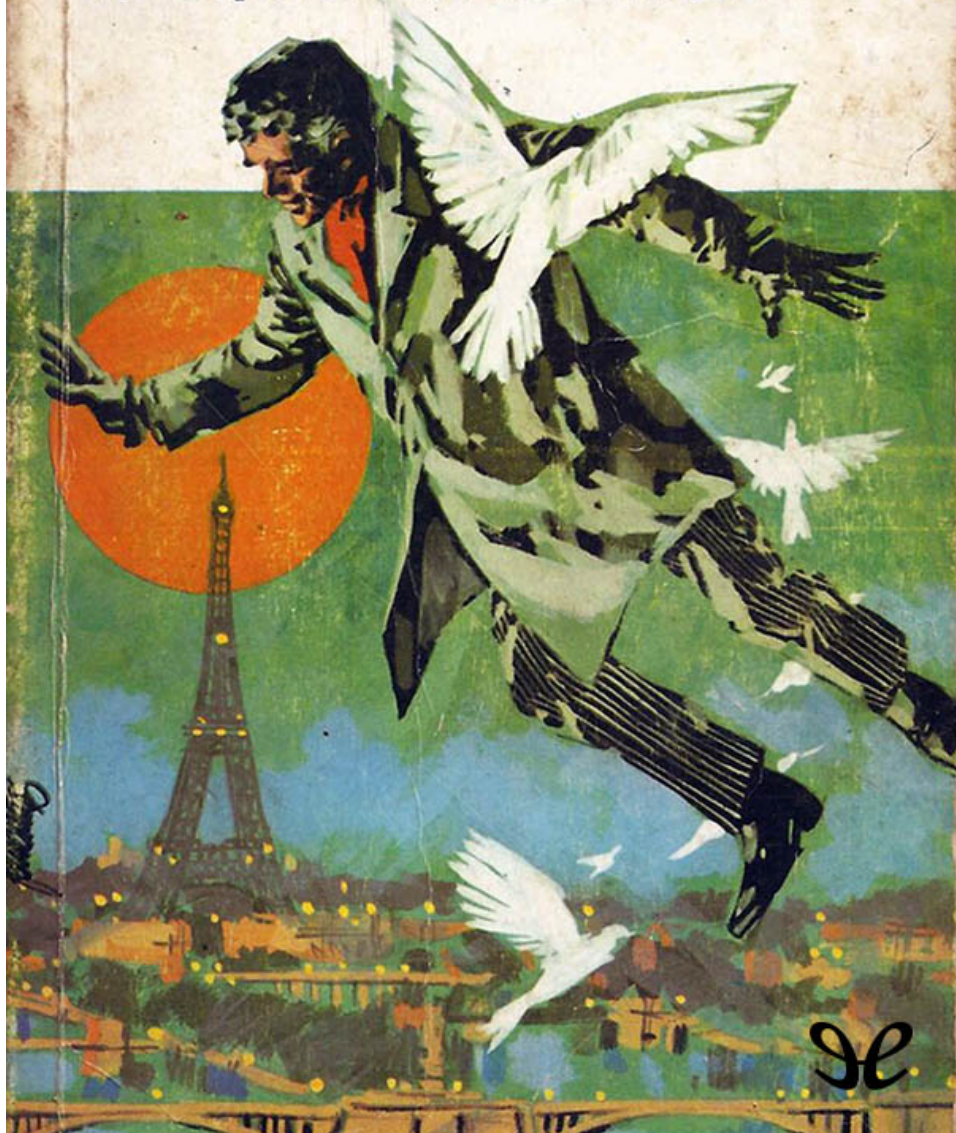


**UN DESCUBRIMIENTO PRODIGIOSO**  
**UN EXPERIMENTO DEL Dr. OX**  
**UN DRAMA EN LOS AIRES**



La antigravedad, la historia de la navegación aérea y los efectos de cierto gas sobre un pacífico pueblo constituyen las historias narradas por Jules Verne en estos tres relatos.



Jules Verne

**Un descubrimiento prodigioso.  
Un drama en los aires. Un  
experimento del doctor Ox**

ePub r1.1

Titivillus 24.08.16

Título original: *Prodigieuse découverte et ses incalculables conséquences sur les destinées du monde. Un drame dans les airs. Une fantaisie du Docteur Ox*

Jules Verne, 1977

Traducción: Miguel de M. Salcedo & Manuel Aranda y Sanjuán & Vicente Guimerá

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



## NOTA PREVIA

**\*\***Esta obra fue publicada por Hetzel bajo el nombre de X. Nagrien en 1867. Hasta 1966 fue considerada como obra de Jules Verne, pero la investigadora Simone Vierre determinó que X. Nagrien era en realidad el seudónimo de François-Armand Audoin. Dado que el libro original en que se basa esta edición (Ed. Sopena, 1977) contenía las tres narraciones como de Julio Verne, el editor digital ha preferido respetar el libro en papel aclarando la «paternidad» de este primer relato.

**UN DESCUBRIMIENTO PRODIGIOSO**  
**Y SUS INCALCULABLES CONSECUENCIAS SOBRE LOS**  
**DESTINOS DEL MUNDO**

*Prodigieuse découverte et ses incalculables  
conséquences sur les destinées du monde (1867)*

Traducción: Miguel de M. Salcedo

# Capítulo I

## EL ANUNCIO

AMANECIÓ un día en que tenía preocupados a todos los parisienses un escrito autografiado que se había repartido profusamente durante la noche. Su contenido era el siguiente:

«Los que el próximo domingo, 1º de junio, se encuentren a las doce en punto en la plaza de la Concordia, asistirán a la primera manifestación de la mayor de las revoluciones presentes y futuras.

»La palabra revolución no debe asustar a nadie, pues no se trata de una revolución política, o al menos sus consecuencias políticas y sociales, ya que deben ser con el tiempo de mucha trascendencia, no se producirán de una manera inmediata y directa.

»También produjeron en los destinos del mundo revoluciones inmensas la invención de la imprenta, de la pólvora y del vapor, y el descubrimiento de América. Del género de dichas revoluciones es la que se anuncia.

»Verdad es que todas ellas reunidas son una bagatela comparadas con la que se prepara.

»Los que vean su primera manifestación podrán consignar entre sus grandes recuerdos personales una fecha la más memorable en los anales de la humanidad.

»Esta manifestación empezará a las doce en punto en la plaza de la Concordia, y continuará hasta las cinco en los Campos Elíseos, en el jardín de las Tullerías, en los paseos públicos, en los baluartes y muelles, y en todos los demás puntos en que se pueda acumular la muchedumbre al aire

libre.

»La autoridad hará muy bien en tomar medidas de orden para evitar desgracias. Tomará también, si lo considera conveniente, las debidas precauciones para prevenir acontecimientos posibles, si bien lo único que puede temer es una afluencia excesiva.

»Los que funden su amor propio en afectar incredulidad respecto de lo que se dice en este anuncio, los que crean ver en él la ilusión de un loco o algún ridículo engaño, no tienen que hacer más que fijar su atención en la manera inexplicable con que se ha repartido este escrito, para convencerse de que en la presente ocasión no serán los más perspicaces los menos crédulos.

»Aténganse a las pruebas incontestables que, a las doce en punto del día primero de junio, se darán en la plaza de la Concordia».

Esta hoja volante se encontró esparcida por todo París, cinco o seis semanas antes del primero de junio, después de una noche oscura y lluviosa. Empleáronse en la distribución todos los medios, hasta los más incomprensibles.

Muchos la recibieron por el correo, y algunos dentro de un sobre sin sello de franqueo. Otros recogieron ejemplares en los patios de las casas, en los balcones, en los alféizares de las ventanas, en los tejados de las buhardillas, en las escaleras, dentro de las chimeneas, no siendo en ellas preciso el fuego por lo primaveral de la temperatura. Desde el amanecer recogieron muchos ejemplares los barrenderos y traperos. Los había en todos los monumentos que ofrecían alguna abertura que no había sido cerrada de noche, en los mercados, en las iglesias, en los teatros, en los salones de la Bolsa y de la Audiencia, y en los bailes públicos, y en las estaciones.

Se les veía entrelazados con las ramas y el follaje de los árboles, se les veía metidos en las agujas de los pararrayos, y enganchados por todas partes y a todas las alturas, dondequiera que había un clavo, una escarpia, una prominencia, un ángulo saliente, una persiana, un techo. Muchos flotaban sobre las aguas del Sena, arrojados por el viento de las cornisas y techumbres. En la plaza de la Concordia, estaba cubierto de ellos el obelisco de Luxor.

Alrededor y a diferentes alturas, hasta llegar a la cúspide, colgaban de una especie de coronas de cuerdas ejemplares enhebrados que agitaba el viento. Trabajo costó despojar de aquellos insólitos adornos al venerable monumento, y si bien se procedió a la operación desde muy temprano, siendo necesarias al efecto largas escaleras de mano, no se pudo evitar que muchos testigos la presenciasen. Los que, no obstante el mal tiempo, habían pasado en la calle la noche precedente, contaban que les habían caído ejemplares en los paraguas. Aquel día y en otros sucesivos se cogieron en París y en los alrededores pájaros diferentes, palomas, gorriones y golondrinas, que: llevaban el escrito atado al cuello con un hilo. Largo tiempo después se veían aun revolotear no pocos. Hasta en Bélgica, Córcega y Argel se cazaron algunos.

Todo esto era más que suficiente para excitar la curiosidad pública y llamar la atención de la policía.

El público no tanto se ocupaba del contenido de la hoja, como de la manera con que se había hecho el reparto. Recordábase la historia de una casa que en 1848 se llenó de piedras en una sola noche, sin que se haya podido hallar hasta ahora una explicación satisfactoria del fenómeno. Todos se afanaban en explicarse tan sorprendente maravilla; pero todos, como suele decirse, se quedaban en ayunas. Sólo en un punto estaban de acuerdo, y era en que los repartidores debían ser numerosos y habían dado una gran prueba de discreción y destreza... ¿Qué fin se proponían, y qué había en el fondo de todo aquello? Según la opinión más acreditada, todo se reducía a una gran burla de un petardista de buen humor que quería reírse de la credulidad pública. No obstante la reflexión bastante plausible que contenía el escrito, nadie se hubiera atrevido a afectar que creía en algo real. Se reconocía perfectamente que la chanza no valía el trabajo y el dinero que debía haber costado. ¿Pero acaso un bromista repara en pelillos? Referíanse muchas anécdotas de escritos echados a las habitaciones por las ventanas abiertas, y hacíase también mención de cristales rotos y de una mano cubierta con, un guante que algunos decían haber entrevisto, pero no se daba ningún crédito a semejantes cuentos. Los más sagaces suponían que era aquello un reclamo industrial, cuyo autor esperaba que se hubiese hablado de él suficientemente para darse a conocer, antes de anunciar un nuevo

insecticida o una pomada anticalvítica. En cuanto a ir el primero de junio a la plaza de la Concordia, no había uno que no dijese que no daría un paso que le había de acreditar necesariamente de demasiado crédulo.

Pero en el fondo, y sin decirlo, los más escépticos se prometían *in petto* asomarse a su ventana como si tuviese vistas a algunos de los lugares en que se ofrecía la escena. Los que no gozaban de esta ventaja, meditaban un pretexto plausible para hallarse fuera de su casa y atravesar, si era posible, la plaza de la Concordia el 1º de junio hacia las doce. Y cada cual en vista de la incredulidad de todos los demás, se figuraba ser el único a quien se le había ocurrido semejante idea.

La policía y la autoridad participaban de las impresiones del público, pero se sentían algo más preocupados. Detrás de aquella pretendida frase podía muy bien haber alguna segunda intención política, tal vez un complot. ¿No era quizás un medio ingenioso para atraer a un punto dado una muchedumbre enorme y provocar movimientos populares? Se resolvió ponerse en guardia por lo que pudiera pasar, pero disimuladamente, para no comprometer la dignidad del poder, pareciendo dar importancia a lo que podía muy bien ser no más que una fruslería. Se decidió igualmente no omitir medio alguno para tratar de averiguar el misterio, Se ordenó hacer dos sumarias, una de ellas por medio de la policía y la otra judicial.

El expediente por medio de la policía no requería pretexto alguno. Los comisarios recibieron orden de reunir todos los datos que pudiesen recoger sus agentes, y enviarlos a la prefectura para centralizarlos. En cuanto a la sumaria judicial, estaba suficientemente justificado no autorizado, pues el impreso no había sido presentado a la autoridad competente, no llevaba nombre de impresor, y hacía sospechar que procedía de alguna prensa autógrafa clandestina. Es posible que no contuviese ningún delito perfectamente caracterizado, pues si bien carecía de timbre, no podía decirse en rigor que se ocupase de materias políticas y de economía social. Pero se hablaba de cristales rotos, lo que constituía una serie de hechos verdaderamente punibles. Había en todo más de lo necesario para motivar una sumaria en averiguación de los autores, más o menos justificable bajo diferentes puntos de vista.

La información de la policía produjo una balumba de

documentos. Los agentes recogieron concienzudamente todos los cuchicheos que llegaron a sus oídos. Los dícese se multiplicaban incesantemente. No se hablaba de otra cosa en los salones, en las tertulias, en los cafés, en las fondas, en la Bolsa, en la Audiencia; pero donde especialmente se propagaban las especies más inverosímiles, era en los cuartos de los porteros y en las tiendas de comestibles. Desgraciadamente, era casi siempre imposible remontarse a la fuente de la noticia. Ocioso sería referir todos los incidentes que había engendrado la imaginación, los cuales iban creciendo a medida que pasaban de una boca a otra. Algunos se reproducían con variantes, pero con una persistencia singular, en puntos muy distantes unos de otros.

Un estudiante, que viva en un cuarto muy alto del barrio chino, contaba que a cosa de las dos de la mañana, no pudiendo conciliar el sueño, se levantó para coger un libro, y de repente se rompió con estrépito un cristal de su ventana, y cayó al suelo otro objeto. No le permitió la oscuridad distinguir más. Se precipitó hacia la ventana, la abrió, y nada percibió fuera. Entonces encendió una vela, y encontró un objeto redondo envuelto en un papel en que se leían estas palabras: por el cristal roto. El objeto redondo que contenía el papel era una moneda de cinco francos. El papel era un ejemplar autografiado del famoso anuncio.

En los barrios de Mouffetard, de la Bastilla, de la Ópera y de los Campos Elíseos, en el de San Germán, en Montmartre, en Vaugirard y en Montrouge, algunos decían haberles despertado con sobresalto el ruido de un cristal roto, y que enseguida habían hallado junto a la ventana una moneda de cinco francos envuelta del mismo modo que la del estudiante. Otros, entrando por la mañana en su salón, en su gabinete o en su comedor, habían encontrado también, previa la rotura de un cristal, un objeto análogo. Examinada detenidamente la forma de las roturas de los cristales, parecía imposible que estuviesen éstas producidas por el solo choque de la moneda de cinco francos.

Era digno de notarse que los cristales rotos, pertenecientes indistintamente a ventanas que daban a la calle o al patio, no correspondían en ningún caso a habitaciones que estuviesen alumbradas al verificarse la rotura. Era indudable que los autores del reparto nocturno, que debían ser muchos, habían puesto mucho

cuidado en evitar que se les viera. Sin embargo, había quienes afirmaban haber notado algo, y, vista la gravedad del hecho, se les obligó a declarar ante la autoridad judicial.

El encargado de la sumaria era un magistrado de reconocida confianza, a quien se entregaron los voluminosos informes recogidos en la prefectura de policía. Dejó a un lado todo lo que presentaba un carácter demasiado fabuloso, como, por ejemplo, las declaraciones inadmisibles de personas que pretendían haber distinguido en los aires un bulto negro, de figura casi humana, entre otros dos bultos informes a quienes sostenía o que le sostenían, gesticulando como un ser fantástico, y moviéndose con una rapidez que ya que no igualase a la de una bala de cañón excedía a la de un vencejo. El juez no hizo caso más que de los hechos que ofrecían alguna verosimilitud o al menos alguna posibilidad, Oyó a todos los que habían tenido cristales rotos y recibido monedas de cinco francos, siendo estas provisionalmente retenidas como cuerpos del delito. Pero ni el año de la acuñación ni otra señal alguna característica pudo suministrar indicios útiles. Se recogieron alrededor de doscientas lo que representaba para el solo objeto del reparto un gasto de 4,000 francos. Los impresos enviados por el correo, que pasaban de dos mil, aunque no era posible determinar el número de una manera precisa, habían costado sólo en sellos más de 200 francos, sin contar el gasto de exceso de peso de unas cincuenta cartas. Por las investigaciones practicadas en correos se pudo saber únicamente que las cartas habían sido presentadas al franqueo por un individuo de quien ningún empleado hizo el menor caso. Dijo llamarse Nagrien, lo que es un nombre supuesto, y supuestas eran también las señas que dio de su casa. Se probó que las roturas de los cristales se habían verificado casi simultáneamente o a intervalos muy cortos en barrios muy distantes unos de otros, de lo que parecía lícito deducir que los repartidores no bajaban de cincuenta y eran tal vez más de ciento, sin contar el número mucho mayor aún de los que habían ido distribuyendo impresos por todas partes. Muy caro debió costar aquel personal, y mucho dinero se tuvo que invertir en autografías ejecutadas clandestinamente. Por lo demás, a nada condujeron las multiplicadas revisiones de los caracteres autografiados, la letra de los sobres de las cartas recibidas por el correo, la clase del papel

empleado, las cuerdas y cordeles colgados del obelisco y demás reconocimientos periciales. Completamente infructuosas fueron las averiguaciones que se hicieron en los almacenes de papel, en las cordelerías y en los puestos de pájaros. Se apuntaron con la mayor minuciosidad las declaraciones de algunos sujetos de los que ya hemos hecho mención, los cuales decían haber visto algo más que los otros.

Seis personas que al salir del teatro habían cenado y jugado en casa de uno de ellos, en una pieza bastante reducida de un cuarto, a las tres de la mañana abrieron la ventana para que se renovase el aire saturado de humo de tabaco, y un instante después cayó dentro de la habitación una multitud de anuncios. Nada se vio en el exterior, y sólo uno de los concurrentes dijo que había creído distinguir en el tejado de la casa de enfrente una sombra negra que se deslizaba detrás de una chimenea. Se llamó a declarar a todos los vecinos de dicha casa, y solo se supo que al día siguiente uno de ellos había encontrado algunos ejemplares en las dos chimeneas de su cuarto.

En otro barrio un médico había sido llamado por la noche para ir a visitar a un enfermo. Una feliz casualidad quiso que su criado, que tenía una luz en la mano, abriese la puerta del dormitorio de su amo en el acto de romperse con estrépito un cristal de la ventana. El médico y su criado afirmaron categóricamente que al trasluz del transparente habían visto una mano con un guante grueso, parecido a los que se usan en las salas de armas, que, después de romper el cristal, dejó caer un objeto en su habitación y desapareció luego. Fuera de la casa no vieron nada.

Otras dos personas, que eran marido y mujer, hallándose despiertas en el momento de romperse un cristal de su cuarto, dijeron también que habían visto, aunque algo más vagamente, una mano con guante, gracias al resplandor proyectado en la ventana por el mechero de gas de un farol de la calle.

Otras muchas declaraciones se tomaron que no hay necesidad de referir, sin que fuese posible prender a nadie como acusado de una complicidad o participación cualquiera. Todos aquellos sobre quienes había recaído momentáneamente alguna sospecha se justificaron de la manera más satisfactoria, y hubo que sobreseer la causa.

Las conclusiones que de sus pesquisas sacaron el prefecto de policía por una parte y por otra el juez, fueron las siguientes:

Que nada se podía afirmar acerca de la naturaleza del objeto de aquel reparto de impresos, si bien dicho objeto era evidentemente grave y debía desecharse la idea de una simple broma;

Que los repartidores habían sido demasiado numerosos;

Que se habían tomado demasiado trabajo y habían dado pruebas de una habilidad demasiado profunda;

Que la distribución había debido ocasionar gastos demasiado considerables;

Que se había guardado demasiado bien el secreto.

En cuanto a la explicación de los medios empleados, era por entonces imposible. Probablemente se encontraría más adelante. Pero urgía mucho estar prevenido a todo evento.

Algo llegó el público a traslucir de todo esto. Se supo que había una información, en la cual se tomaba declaración a muchos testigos. La incredulidad general disminuyó bastante.

Cada periódico había referido y comentado las cosas a su manera, como es costumbre. El primer día todos ellos sólo se permitieron algunas indicaciones chuscas sobre el reparto nocturno, que calificaron de muy extraño, pero sin darle ninguna importancia, aconsejando todos a sus lectores que se pusiesen en guardia contra las exageraciones y fábulas mezcladas al parecer con la mayor parte de las narraciones. Estas al día siguiente se multiplicaron de tal manera, que hubo necesidad de dar algunos pormenores, y todos los periódicos reprodujeron el texto del anuncio, acompañándolo cada cual de su correspondiente comentario, dictado generalmente por un perfecto escepticismo. Pasados algunos días, nadie quizás hubiera vuelto a hablar del asunto, si a un diario no se le hubiera ocurrido tomarlo por lo serio, con lo que provocó una carcajada unánime. El inocentón y cándido periódico se llamaba *El Universal*. Al cuarto día publicó un largo artículo en que enumeraba todas las circunstancias, tan numerosas como inexplicables, que estaban al parecer bien averiguadas, partiendo de ellas para sostener que hombres capaces de haber rechazado tan gran prodigio no podían

ser farsantes ni charlatanes vulgares, que lo más prudente era, ya que no creer ciegamente en algún portentoso descubrimiento, aguardar al menos el 1º de junio antes de echarlo todo a barato. En cuanto a él, confesaba muy alto que se sentía más dispuesto a creer que a dudar. Hasta llegaba a aventurar una hipótesis. Le parecía probable que se había hallado un medio de dar dirección a los globos. Según todas las apariencias, los repartidores nocturnos eran aeronautas dirigidos y amaestrados por el inventor. Y tal vez el 1º de junio se verían navegar por encima de París centenares de globos obedeciendo todos los impulsos que tuviesen a bien comunicarles los conductores que tripulasen los esquifes.

*El Universal* quedó abrumado bajo el peso de pullas y sarcasmos, ya que no de buenas razones. El que más formalmente digno discutir con él, sólo le hizo observar que una invención semejante habría requerido una multitud de experimentos que no podían quedar profundamente ignorados. No se podían suponer menos de trescientos repartidores. ¿Cómo admitir que trescientos globos, susceptibles de ser dirigidos, hubiesen podido construirse sin que nada se trasluciese? ¿Cómo suponer que hubiesen podido ser hinchados de antemano, lo que es una operación bastante larga y que requiere un personal numeroso, y luego practicar sus evoluciones en París durante toda una noche, sin que nadie percibiese uno solo de ellos? Además, ¿no estaba científicamente demostrado que el globo aerostático susceptible de ser dirigido es una pura quimera, no pudiéndose hallar en el aire suficiente resistencia, y siendo necesario dar a los globos dimensiones que no guardan proporción alguna con ningún motor aéreo posible? Todo esto fue dicho incidentalmente en medio de innumerables epigramas. El *Universal* no dio su brazo a torcer, ni hizo caso alguno del ridículo en que se pretendía envolverle, oponiendo a los dicharachos argumentos sólidos que dieron en qué pensar a muchos incrédulos. Ganó en la polémica numerosos suscriptores. Al mismo tiempo se hicieron públicos algunos pormenores de la sumaria en que habían figurado ya tantos testigos. Se desechó desde luego la hipótesis de un gran numero de globos susceptibles de ser dirigidos, no siendo posible conciliarla con la infructuosidad de las pesquisas de los tribunales y de la policía. Pero empezó a sospecharse que había en todo aquello algo de muy formal, puesto que se ponían en

juego medios de investigación tan poderosos. Los que más lo tomaban todo a broma empezaron a pasarse a las filas de *El Universal*, el cual no tuvo inconveniente en declarar que no se aferraba a su hipótesis de multitud de globos, y se limitaba a sostener contra todos sus adversarios que algo extraordinario sobrevendría el 1º de junio. Los demás periódicos no las tenían ya todas consigo. ¿No habrían representado un papel muy desairado, si el acontecimiento daba la razón a un contendiente, como empezaba ya a parecer menos imposible? Todos se dispusieron a un habilidoso cambio de frente para el caso en que hubiese necesidad de rendirse a la evidencia.

Llegaron luego los ecos de la impresión producida en las provincias, la cual en un principio no fue más que la repercusión de la que en París tomó las apariencias de un completo escepticismo. Pero muy pronto varió todo de aspecto. En las provincias hay más tiempo de leer y reflexionar, y *El Universal* adquirió en ellas muchos prosélitos. La generalidad se abandonó sin ninguna vergüenza hipócrita a los ardores de una violenta curiosidad. Muchos hicieron su maleta para hallarse en París el 1º de junio. Las compañías de ferrocarriles pensaron en organizar trenes especiales a precios módicos, y los hubieran organizado indudablemente si no se hubiera opuesto la discreción del gobierno.

Sin embargo, faltaban aún diez días para terminar mayo, y ya la gente empezaba a estar cansada de oír hablar siempre de una misma cosa. No hay objeto de conversación que a fuerza de manosearlo no se haga al fin pesado. Dejóse de hablar casi enteramente del misterioso anuncio de que se hallaba ya saturada la atención pública, y se hizo de moda declarar que toda alusión al 1º del próximo junio o al reparto nocturno era de mal gusto e irritaba los nervios más aguerridos. Hubiérase dicho tres días antes del 1º de junio que nadie había de dar un paso para buscar la llave del enigma, cuando una nueva circunstancia despertó de repente las preocupaciones adormecidas.

Hubo un segundo reparto nocturno, no ya de una hoja autografiada, sino de medallas de hoja de lata, algo mayores que una moneda de cinco francos, las cuales se distribuyeron con la misma profusión que el anterior anuncio, pero sin rotura de cristales ni mano cubierta de guante percibida por algunos. En

dichas medallas estaban grabadas groseramente, pero en caracteres muy inteligibles, las siguientes palabras:

DOMINGO  
1º DE JUNIO  
a las doce  
PLAZA DE LA CONCORDIA.

Además se observó una cosa singular encima de la casa en que estaban las oficinas de *El Universal*. Este periódico ostentaba en el alero del tejado entre dos chimeneas una muestra de palastro en que se leía su título, con gruesos caracteres que podían verse desde muy lejos. Durante la noche se había puesto encima de la muestra una gran bandera blanca, sin más lema que el siguiente, escrito en letras que tenían dos metros de altura:

¿ÁNIMO?

Se averiguó perfectamente que nadie durante la noche había podido subir al tejado. Por último, el obelisco de la plaza de la Concordia se había emperejilado con un nuevo adorno que consistía en una especie de gorro de dormir de lienzo blanco que formaba cuatro caras, leyéndose en cada una de ellas:

AQUÍ  
DOMINGO  
1º de junio  
a las doce

Esta vez no se contentó la gente con preocuparse sino que empezó a avergonzarse de su preocupación. Los estudiantes, los trabajadores, el pueblo de los arrabales, sobreponiéndose a todo respeto humano, se abandonaron francamente a una curiosidad que se hizo contagiosa. En el Jockey-club y en todas las reuniones se hicieron grandes apuestas en pro o en contra de la realidad del acontecimiento que se esperaba. Hasta los bolsistas se persuadieron de que el 1º de junio influiría en uno u otro sentido en los fondos

públicos, y se dividieron en alcistas y bajistas. Las mujeres expresaron enérgicamente su deseo de ir a ver la función, con gran contento de los maridos, que hallaron en la curiosidad de sus caras mitades un pretexto para satisfacer la suya. La gente del pueblo, sobre todo, se dispuso para invadir en masa la plaza de la Concordia. En cuanto a los individuos de las demás clases, los había que no tenían gran miedo a los apretones de la multitud, y se resolvieron a arrestarlos. Los que temían ser estrujados se procuraron ventanas en los baluartes o en los muelles. La calle Real era el blanco de todas las ambiciones. Uno de sus vecinos, que no debía ser rana, tuvo la feliz ocurrencia de poner el 29 de mayo pegado a la pared de su casa un cartel que decía: Se alquilan ventanas para el 1º de junio. El ejemplo fue inmediatamente seguido y se propagó, como el incendio de un reguero de pólvora, a los baluartes, la calle de Rívoli y los malecones. Todas las localidades se alquilaron a precios fabulosos, que revelaban una curiosidad llevada a su paroxismo. A las cinco de la tarde del 31 de mayo no quedaban ya más que algunos carteles en los barrios más lejanos de la plaza de la Concordia.

Era indudable que la concurrencia sería enorme, y acerca del particular no cabía a la autoridad la menor duda. Todas las tropas se pusieron sobre las armas en sus cuarteles, y se reforzaron y amunicionaron las guarniciones vecinas. La artillería se puso en disposición de funcionar, con las piezas atalajadas en los patios de sus cuarteles. Verdad es que todas estas precauciones se tornaron con el mayor sigilo posible. Antes de amanecer se apostaron en todos los puntos donde debía agolparse la muchedumbre agentes de policía y municipales de París a pie y a caballo, con las más severas consignas para mantener el orden y prevenir los accidentes. En algunas calles se prohibió el tránsito de carruajes, y todo se reglamentó como en los días de fiesta nacional.

Y cada cual se decía que si de lo que se trataba era de hacer correr al público un bromazo, el autor de la ocurrencia se había salido con la suya.

Los acontecimientos sucesivos, no obstante ser tan notorios, podrían a algunos parecer imposibles y a otros sobrenaturales, si no colocásemos aquí su explicación científica de una manera bastante inteligible, como van a ver nuestros lectores. Lo mejor que podemos

hacer es transcribir el extracto de algunas notas halladas entre los papeles del inventor, y se verá que todo lo que podría parecer extraño en esta verídica historia, luego que se posee la llave del enigma, es tan natural como el espectáculo de una locomotora que avanza sin caballos.

## Capítulo II

### LA INVENCION

ME costó algún trabajo percibir con claridad yo mismo la primera idea de mi invención.

Una especie de intuición vaga me decía que seguía un camino extraviado, obstinándose en querer dar dirección, por medio de motores comunes, a los vehículos aéreos, más o menos pesados que el aire. Toda fuerza motriz era fatalmente insuficiente en el mero hecho de exigir una maquinaria pesada. Cuanto más se aumentasen la magnitud y eficacia de las alas, velas o hélices destinados a producir la locomoción, tanto más necesaria había de ser una fuerza motriz considerable, imposible de obtener en el aire en razón del peso de las máquinas, sobre todo si estas exigían provisión de agua y combustible. No se puede aumentar la potencia de los medios sino aumentando, en una proporción mayor aun, la dificultad del resultado. La concepción de globos susceptibles de ser dirigidos, o de un vehículo cualquiera que recibiese el impulso de alguno de los motores conocidos, implicaba contradicción en mi concepto, constituía un verdadero círculo vicioso, una imposibilidad hija del absurdo, Se requería otra concepción primordial, radicalmente distinta.

Reflexioné acerca de los motores hasta entonces mal conocidos, mal estudiados o, por mejor decir, no descubiertos, que podría suministrar la naturaleza.

Se me ocurrió desde luego la gravitación. La gravitación es evidentemente una gran fuerza, una fuerza enorme, que funciona sin mecanismo. Lo que es una condición precisa. ¡Qué energía en el descenso de un peñasco que cae desde la altura de un centenar de metros! ¡Que poder en las fuerzas que determinan el movimiento de

los cuerpos celestes!

Pero la gravitación no es una fuerza que puede dirigirse. Tiene para nosotros un centro de dirección único, el centro mismo del globo, en cuya superficie pueden realizarse los fenómenos que están a nuestro alcance.

La gravitación era un motor exactamente inverso al que necesitaba.

Esta idea de exactamente inverso fue un rayo de luz. ¿La gravitación no tenía su contrario?

Debía tenerlo. El doble fenómeno de atracción y repulsión se observa en las combinaciones químicas y en la composición de los cuerpos. La ciencia tendía ya a referir todos los fenómenos físicos que presenta la materia a una causa única: el movimiento molecular, del cual el calor, el sonido, la luz y la electricidad no son más que manifestaciones distintas, si bien iba demasiado lejos desconociendo el dualismo de esta primera causa que pretendía referir a la unidad absoluta, explicando los fenómenos repulsivos por los mismos impulsos exteriores de átomos de éter con que explicaba los fenómenos atractivos, y rebajando a la categoría de las hipótesis condenadas la concepción de las dos electricidades, positiva y negativa.

En aquella época no se conocía la electricidad, de la cual, sin embargo, nos servíamos. Se tenía el telégrafo eléctrico, invención que hoy parece hasta trivial, pero que entonces pasaba por el non plus ultra del genio de la ciencia práctica. Se sospechaba confusamente que había alguna relación entre la electricidad y la imantación, pero nadie sabía darse exacta cuenta de la identidad de aquellos fenómenos, de que la chispa eléctrica, el magnetismo, el galvanismo, la imantación, la gravitación y las afinidades químicas no son más que manifestaciones diversas. Acaso se diga que es un mérito muy escaso el que ha contraído, descubriendo que la gravitación y la electricidad son una sola y misma cosa, descubrimiento que hasta entonces había permanecido en el estado de pura hipótesis, apenas sospechada y de ninguna manera demostrada. ¡Siempre la historia del huevo de Cristóbal Colón! Todo problema parece fácil de resolver cuando está ya resuelto.

Nadie puede figurarse cuántos esfuerzos, cuántas meditaciones, cuantos trabajos, cuántos experimentos, cuántos dolores y cuánta

perseverancia me costó llegar a esta fórmula: La gravitación no es más que uno de los modos de manifestación de la electricidad.

La electricidad es, si así puede decirse, la gravitación elevada a su mayor potencia. Es una especie de frenesí, de locura de atracción.

Presenta los dos inversos, que se expresan con las palabras de electricidad positiva y negativa. De la misma manera, la gravitación propiamente dicha, o positiva, tiene por inverso la gravitación negativa, o antigravitación.

Su doble acción produce el movimiento de los cuerpos celestes, y esta teoría completa el descubrimiento de Newton. La gravitación no explica más que la mitad del fenómeno, como, por ejemplo, la fuerza que sujeta la tierra a cierta distancia del sol que le atrae, Pero para darse la razón de que la tierra atraída por el sol no se junte con éste, había necesidad de suponer una fuerza de impulsión original producida de una vez para siempre y resolviéndose en fuerza centrífuga. No se conocía la naturaleza de esta fuerza, que no es original, sino continua, y tiende a alejar la tierra del sol hacia el cual la gravitación tiende a atraerla. Esta fuerza es la antigravitación, o gravitación negativa, o fuerza de repulsión, una de las formas de la electricidad negativa. Las dos gravitaciones, positiva y negativa, obran a la vez, en sentido inverso una de otra, siguiendo un ángulo cuyo resultante, que varia, produce la revolución de cada planeta alrededor de su sol y de cada satélite alrededor de su planeta.

El motor existe en la naturaleza. No se trataba más que de apoderarse de él, de moderarlo, de volverlo manejable y utilizable.

Esta era la parte más ardua de mi empresa. ¡Cuántas orgías, cuántos experimentos, cuántas tentativas infructuosas, antes de llegar a la creación de los dos cuerpos electro-metálico-químicos a que he dado el nombre de pos. y neg. abreviando los vocablos positivo y negativo! ¡El pos. amarillo como el oro, sólido como el platino, fusible a una temperatura que tan difícil es de obtener ¡El neg. blanco como la plata, ligero como el aluminio, poroso como la piedra pómez! Aislados, se conducen como todos los demás cuerpos, caen a tierra y obedecen las leyes de la sola gravitación. Su yuxtaposición es quien les da sus cualidades particulares, así como los discos sobrepuestos de zinc, cobre y bayeta convenientemente

humedecida determinan el desprendimiento de la electricidad en la pila de Volta.

Es también electricidad lo que se desprende del pos. y el neg. yuxtapuestos: electricidad positiva o atractiva por el pos. electricidad negativa o repulsiva por el neg. El primero esta solicitado por la gravitación, y el segundo por la antigravitación.

He aquí las comprobaciones a que me condujeron mis experimentos:

Construí una bola compuesta de un hemisferio de pos y un hemisferio de neg. Cuando el pos se volvía hacia tierra, la bola caía. Cuando se volvía hacia tierra el neg. la bola se elevaba con mucha fuerza. Como era natural, mi primer aparato salió muy imperfecto. Fue sin embargo suficiente para darme la seguridad del éxito definitivo.

Reconocí que las dos electricidades gravitantes, positiva y negativa, se desprendían de una manera constante, la una por el pos la otra por el neg, Pero este desprendimiento no producía ningún efecto en ninguno de los dos cuerpos cuya superficie no estaba envuelta hacia la tierra. La fuerza, fuese atractiva o repulsiva, se anulaba por falta de objetivo, si no se hallaba en presencia de la masa terrestre. Sucedió a poca diferencia lo que sucedería a un cuerpo pesado que supusiésemos perdido en el espacio lejos de todo cuerpo celeste. Quedaría sometido a la fuerza de gravitación, y sin embargo no caería en parte alguna, por no haber nada que pusiese en acción dicha fuerza, Tomando del testimonio jurídico un término de comparación, tendría, si así puede decirse, el goce de la facultad gravitante, pero no el ejercicio.

Sucedía pues que cuando volvía la bola con el pos hacia abajo, se desprendía siempre por el neg una electricidad repulsiva, pero, no hallando objetivo en el espacio, ningún efecto producía. Al contrario, desprendiéndose por el pos la electricidad atractiva, la bola era atraída a tierra con violencia. Quise comprobar si este efecto de caída era únicamente el resultado de la pesadez. Había dado un peso de mil quinientos gramos a mi hemisferio de pos, y de quinientos gramos a mi hemisferio de neg. La bola, pues no obedeciendo más que a la gravitación ordinaria, pesaba dos kilogramos. La coloqué en el platillo de una balanza con el pos hacia abajo. Después, aumenté sucesivamente el peso en el otro

platillo, y no pude conseguir que subiese el platillo en que estaba la bola sin poner en el opuesto un peso total de cincuenta kilogramos. La bola se adhería con una fuerza invencible, como esos pesos huecos que un jugador de manos levanta con un solo dedo, siendo ineficaces todos los esfuerzos para levantarlo luego que se había establecido la comunicación eléctrica. Las dimensiones de mis balanzas no me permitieron llevar más adelante mi experimento, pero quedé muy satisfecho del resultado obtenido. No tuve que hacer más que ladear mucho la bola para hacer cesar la adherencia.

Cuando la bola estaba vuelta con el neg. hacia abajo, se elevaba con mucha fuerza y golpeaba con violencia el techo, del cual quedaba suspendida. Entonces se producía el efecto inverso. Era entonces la electricidad gravitante atractiva la que, desprendiéndose por el pos. vuelto hacia arriba, no hallaba objetivo en el espacio y no producía efecto en ningún sentido. Al contrario, la electricidad gravitante repulsiva, desprendiéndose por el neg. hallaba un objetivo en la masa terrestre y alejaba de ella con violencia la bola, como si la hubiera empujado un resorte tendido después de haberle dado, un punto de resistencia.

Quise medir también el grado de adherencia de la bola en el techo, y me fue imposible vencerla a pesar de todos los pesos que de ella suspendí. No necesitaba más, y aplacé para más adelante la graduación exacta de la fuerza dinámica del sistema, ya en el sentido atractivo, ya en el repulsivo. Ladeé la bola, y entonces la desprendí fácilmente del techo.

El problema estaba resuelto en sus tres cuartas partes; tenía un motor dotado de una fuerza enorme, que hacía subir o bajar *ad libitum*. Una bola del tamaño de la cabeza me bastaba para elevar pesos considerables, pero esto no era un gran progreso sobre los globos, era necesario hallar el medio de moderar la fuerza ascensional para no ser arrastrado a alturas demasiado elevadas, y transformarla en fuerza lateral para dirigir el aparato.

Fácilmente se obtuvo el primer resultado, La adherencia completa del pos. y el neg. producía el máximo de desprendimiento de la electricidad gravitante, positiva o negativa. Comprendí que separándolos ligeramente no se suprimiría el fenómeno pero se aminoraría. Seguía manifestándose, aunque muy débilmente, colocando los dos cuerpos a una distancia de dos centímetros. Así

dispuestos, permanecían en el aire casi en el mismo punto en que se les colocaba, sin subir ni bajar sino con un movimiento imperceptible y con la mayor lentitud según se dirigía hacia tierra el pos. o el neg. Era ya dueño de la fuerza motriz, pudiendo aumentarla o disminuirla como mejor me pareciese.

Faltaba dirigirla, y practiqué al efecto numerosas tentativas, de cuyos pormenores no me ocuparé, para llegar inmediatamente al procedimiento que me suministró la solución.

Compuse la bola de una parte intermediaria en neg. y dos partes extremas en pos. Era un disco entre dos hemisferios. Se produjo un fenómeno bastante curioso.

La yuxtaposición del hemisferio inferior con el disco intermediario engendraba la electricidad gravitante positiva y tendía a hacer bajar la bola hacia tierra. Pero al mismo tiempo la yuxtaposición del disco en el hemisferio superior desarrollaba la electricidad gravitante negativa y tendía a hacer subir la bola sin que el hemisferio inferior le opusiese obstáculo alguno, lo que me admiró mucho. El doble fenómeno se producía simultáneamente. La bola era solicitada por dos fuerzas, la atractiva y la repulsiva, directamente contrarias. Obedecía de las dos a la que sobrepujaba a la otra, subiendo o bajando con más o menos fuerza, según las proporciones que yo daba sucesivamente a las distintas partes de la bola, solo que no pude conseguir nunca pararla con bastante exactitud para que el sistema permaneciese completamente inmóvil en el punto preciso en que la colocaba en el aire.

Tuve después la idea de dar al disco intermediario una forma especial como si estuviese cortado el bisel, procurando que fuese muy grueso por un lado y que por el otro terminase en filo como una hoja cortante, El efecto producido fue maravilloso.

Las dos fuerzas contrarias se producían sin cesar, pero oblicuamente. Su resultante era horizontal. Llegué a construir una bola que coloqué sobre mi chimenea, con el lado grueso del disco vuelto hacia la pared de enfrente. Partió como una bala de fusil contra la pared, rompiendo el papel y arrancando algún yeso.

Fácil me fue moderar esta fuerza construyendo bolas cuyas diversas partes distaban más o menos unas de otras.

Había pasado muchos años en busca de este resultado, pero por ultimo el problema de la locomoción aérea quedó resuelto en

principio. Tenía el motor y el medio de moderarlo y la facultad de dirigirlo. No me faltaba más que perfeccionar algunas minuciosidades, lo que era fácil. He aquí el resultado de las modificaciones que ideé sucesivamente.

Varié la forma del sistema, que era esférico, y lo volví esferocónico. Diré, para expresar gráficamente mi idea, que tenía la forma de una pera o de una breva en lugar de ser la de una manzana o una naranja, La pera estaba destinada a conservar habitualmente una posición casi horizontal. Se componía de tres partes, las cuales eran más voluminosas por el lado opuesto a la punta, adelgazándose a medida que a ella se aproximaban. En medio estaba el pos, y encima y debajo el neg. Un mecanismo muy sencillo me permitía acercar o separar a mi arbitrio estas partes una de otra, volviendo ligeramente en uno u otro sentido, como se vuelve una llave, un eje que salía de la pera y bajaba verticalmente. El mismo eje, por medio de movimientos circulares análogos a los que se comunican a un manubrio o a la caña de un timón, servía para volver la punta de la pera en el sentido que se quería, e igualmente para subir o bajar arbitrariamente.

Si me suponía colgado del sistema, me veía viajando por el aire con tanta facilidad y rapidez como el pájaro más ágil. Empezaba volviendo el eje de suerte que no dejase al aparato más que una acción muy mínima y dirigía la punta de la pera hacia arriba bajo un ángulo de cuarenta y cinco grados. Estaba en el aire, suave y oblicuamente suspendido. Al llegar a cierta altura, daba a la pera una posición horizontal, volvía el eje de modo que se aproximasen una de otra las piezas del aparato, y me encontraba llevado horizontalmente en la dirección que quería, con una velocidad que podía aumentar a mi arbitrio hasta un máximo vertiginoso.

La ejecución no podía ser más fácil.

## Capítulo III

### LA APLICACIÓN

CONSTRUÍ con cuerdas recias una especie de sillón que me sostenía pasando por los sobacos una correa, y dejaba a mis brazos y mis piernas en completa libertad para ejercer sus movimientos, Las cuerdas convergiendo una hacia otras, se reunieron encima de mi cabeza en un punto cónico de suspensión que adapté en un principio a un gancho sólidamente clavado en el techo. Modifiqué sucesivamente los puntos de unión de mi sillón aéreo hasta que obtuve un perfecto equilibrio al mismo tiempo que una posición cómoda. La que preferí era poco más o menos la de un hombre sentado en una butaca a lo Voltaire, y ligeramente echado hacia atrás. Pero no noté que la posición más cómoda que pueda imaginarse se hace penosa y hasta insoportable al cabo de algunas horas, si no se la puede modificar un tanto. Esta observación me condujo a completar mi sillón con cuerdas pasadas transversalmente bajo mis pies, en las cuales podía apoyarme y ponerme casi en pie. Tan pronto estaba sentado como casi echado, como suspendido por debajo de los brazos, como levantado enteramente, cargando el peso del cuerpo ya sobre una pierna, ya sobre otra, y podía cruzarlas y recostarme del modo que más me convenía. Noté también que con un solo punto de suspensión, no podía evitar completamente un ligero movimiento de rotación, que se producía ya en un sentido, ya en otro, al impulso de la causa más insignificante, por lo que di a mi asiento dos puntos de suspensión en vez de uno. Una separación entre los dos, de menos de un decímetro, fue suficiente para impedir todo movimiento de rotación, o al menos para que el sistema volviese a tomar instantáneamente su posición normal.

Me ejercité largo tiempo en la gimnasia especial que requería mi sillón aéreo, donde llegué a sentarme con tanta seguridad y comodidad como en la mejor butaca de muelles. Creí entonces que podía dedicarme a experimentos definitivos. Suspendí sólidamente mi asiento de cuerdas de los dos lados de especie de pera que he descrito, a la cual di ese nombre, de que me valdré en lo sucesivo.

Se sabe ya a lo que llamo el pos. y en neg. Todo sistema en que su yuxtaposición produce los efectos que he descrito, se llama negopos. Los negopos pueden tener diferentes formas. Ya se ha visto que, después de ensayar la esférica, adopté definitivamente la esferocónica. Pero todos son negopos. Enormes negopos son la tierra y los planetas, aunque compuestos de distinta manera que por una superposición de pos. y neg. La aguja imantada es también un verdadero negopos, pero en estado completamente rudimentario. Es el único que se conocía antes de mi invención, sin que nadie se diese cuenta de su manera de funcionar. Se ignoraba que la atracción de la aguja hacia el polo se debe a una combinación de las dos fuerzas gravitante y antigravitante, producidas en condiciones particulares que les dan una dirección determinada, por lo que se llama imantación, pero con tan poca eficacia que la menor resistencia impide a este negopos embrional obedecer a la fuerza que le solicita.

El negopos simple es el primero que he descrito, compuesto únicamente de dos partes, una en pos. y otra en neg. El negopos complejo, o completo, o negopos por excelencia, es el que se compone de tres partes dispuestas de modo que permiten obtener todos los resultados requeridos, ya se halle el pos. entre dos piezas de neg, ya el neg. entre dos piezas de pos. En ambos casos los efectos producidos son idénticos, pero inversos. En el primero el negopos en forma de pera se dirige hacia la punta, y en el segundo hacia el otro extremo. Cuando me valgo de la palabra negopos sola, sin adjetivo ni explicación, designo el negopos esfero-cónico, compuesto de una pieza de pos. entre dos de neg. Del sustantivo negopos hago derivar el adjetivo negoporiano y negoposiano, y digo sistema negoporiano, efecto negoposiano, fuerzas negoporianas, locomoción negoposiana. La expresión de locomoción o navegación aérea sería más general, pues designaría una locomoción aérea cualquiera, obtenida por el negopos o por otro cualquier sistema

que se encuentre, y que, entre paréntesis, NO SE ENCONTRARA, porque es INENCONTRABLE. Llamo sillón negoposiano, barquilla negoposiana, vehículo negoposiano, etc., a los varios aparatos que se pueden suspender del negopos.

A estas pocas palabras se reduce mi vocabulario especial. Necesidad había de crearlas, pues objetos nuevas reclaman denominaciones nuevas. Pero las indicadas, con los vocablos del lenguaje corriente, bastan para expresar todas las ideas relativas a mi descubrimiento.

Vuelvo a mis experimentos.

Suspendí mi sillón de los dos lados del negopos, después de haber aflojado el aparato de manera que solo produjese un efecto casi insensible. Bien se comprende lo que significa eso de aflojar el aparato. El negopos se afloja o se activa separando o acercando sus diversas partes, de lo que resulta, como se sabe, una disminución o aumento de las fuerzas negoposianas.

Me coloqué enseguida en mi asiento negoposiano, y dirigí la punta del negopos hacia él, bajo un ángulo de cuarenta y cinco grados, en cuya dirección fui subiendo en un principio con lentitud y después con velocidades distintas. Sin embargo, mi mecanismo funcionaba imperfectamente. Corregí sus más esenciales defectos, y algunos días después volaba en mi habitación con la misma soltura que un pájaro en su pajarera.

Con todo, no había llegado aún la ocasión de manifestar públicamente mi descubrimiento. Quería darle antes una perfección completa.

Tenía el defecto de no moverse más que oblicua u horizontalmente, y no servía para subir o bajar en dirección vertical. Cuando la punta del negopos se volvía verticalmente hacia arriba o hacia abajo, las fuerzas negoposianas dejaban de desenvolverse y el sistema se venía al suelo como otro cualquier cuerpo pesado. Cuando la punta tenía una dirección lateral u oblicua, la forma de las piezas de pos, y de neg, que componían el negopos, desarrollaba fuerzas que obraban bajo ángulos cuyo resultante no era jamás vertical.

Allané este inconveniente separando únicamente la parte superior de la parte intermedia, más hacia delante que hacia atrás del negopos. Con esta modificación no se producía más que una

fuerza descendente muy escasa, la cual, combinándose bajo un ángulo dado con una fuerza ascendente muy enérgica y ligeramente oblicua, daba por resultante una fuerza ascensional vertical sumamente poderosa. Procediendo a la inversa, se conseguía el movimiento vertical descendente, para lo cual bastaba aflojar el negopos hasta suprimir enteramente su eficacia. Entonces obedecía a la ley de gravitación y caía con una velocidad que me era dado moderar a mi arbitrio.

Perfeccionado mi mecanismo, me fue posible combinarlo de modo que, comunicando los más sencillos movimientos al eje de que he hablado, obtenía siempre todos los resultados apetecidos. En lo que tenía de esencial, la invención era completa.

Ambicionaba algo más bajo el punto de vista de la elegancia. Hubiera querido poder simplificar el sistema hasta el punto de embutirme yo mismo en él si así puede decirse, ocultándolo enteramente bajo mi traje. Tal era el efecto que me proponía. Un hombre vestido como todos los demás se pasea tranquilamente sin que nada en su actitud y movimientos haga sospechar que se halla cinchado por debajo de los vestidos de pies a cabeza, y que oculta en cualquier parte, en el sombrero por ejemplo, un objeto en forma de pera. Como quien no hace nada, se mete la mano en el bolsillo o en la solapa del gabán, da vueltas a un pequeño manubrio que nadie puede ver, y echa a volar por el aire, describiendo las más caprichosas curvas, más rápido en sus movimientos que los pájaros a quienes caza al vuelo.

No pude obtener este resultado completo, pero me acerqué a él bastante.

El negopos pudo colocarse encima de mi cabeza de modo que el sombrero lo tapaba enteramente. Las cuerdas que bajaban de los puntos de suspensión podían disimularse por medio de una peluca, patillas postizas, el cuello del gabán y una bufanda o tapabocas. En cuanto a las que directamente sostenían el cuerpo, nada más sencillo que ocultarlas bajo el vestido. El extremo del eje negoposiano se colocaba bajo el gabán al alcance de la mano izquierda que bastaba para la maniobra, quedando la derecha enteramente libre.

Preciso es confesar que resultaba de todo esto cierto embarazo extraño, cierta rigidez que no era posible dejar de notar. La cabeza

especialmente se hallaba muy envarada. Además, había necesidad de conservar la posición de un hombre puesto casi de pie, sin poder tomar la de una persona sentada y casi echada en una poltrona.

Imaginé otro sistema que me obligó a variar radicalmente la forma del negopos. Hice de él una especie de collar que se aplicaba a los hombros y a la parte superior del pecho, a la manera del alzacuello de una armadura antigua. Se componía de tres aros, muy gruesos anteriormente y posteriormente muy delgados. El principio era igual al del negopos esferocónico. El aro inferior y el superior eran de neg. y el intermediario de pos. Podían acercarse o separarse por medio de un mecanismo que ponía también en juego un eje cuyo manubrio estaba al alcance de la mano izquierda. Las cuerdas partían del triple collar y sostenían el cuerpo en una actitud cómoda, que se acercaba algo más que la precedente a la posición del que está sentado. La cabeza quedaba libre, lo que era una gran ventaja.

El negopos de collar se ocultaba fácilmente bajo un cuello de gabán, una corbata algo ancha y un tapabocas, lo que daba al aeronauta el aspecto del que pretende disimular que está afectado de bocios o de alguna enfermedad cutánea que reside en el cuello. Pero no pude hallar nada mejor, y me pareció que el aparato se aproximaba bastante a mis miras, por lo que renuncié a mayores perfecciones.

Los que no han observado el perpendicularismo que conserva un cuerpo suspendido cuando el punto de suspensión es el único que se halla en movimiento, creerán sin duda que la fuerza de impulsión, obrando encima de los hombros, debía arrastrar hacia delante la cabeza y la parte superior del cuerpo y dejar el resto de éste en una posición inclinada. No hay nada de esto, a no ser que el impulso sea muy brusco o se aumente con demasiada rapidez. Pero yo me hallaba siempre casi en pie, y no sentado, por lo que resolví no hacer uso del negopos de collar sino como medio de suspensión y dar el impulso por medio de un segundo negopos esferocónico, dispuesto delante del cuerpo a la manera de un cinto, al que se adherían sólidamente las cuerdas. Así obtuve una segunda ventaja, que no era de despreciar. Los dos negopos podían sustituirse recíprocamente de suerte que si por una causa cualquiera dejaba el uno de funcionar, no por eso era inevitable mi caída. Quedaba

colgado del otro con el cual podía gobernarme. La mano izquierda bastaba para la maniobra de los dos.

Basta lo que precede para dar cabal idea de los incidentes tan extraños y ruidosos con que se manifestó mi descubrimiento. Antes de dar a conocer mi obra, quise hacerme cargo de todas las aplicaciones de que era susceptible.

Una de estas aplicaciones, la más considerable tal vez, era la locomoción aérea. Pero otras había cuya importancia merece tomarse en consideración.

Acababa de descubrir un motor nuevo, una potencia indefinida, y tan económica que el gasto que se necesitaba para ponerla en acción era casi nulo.

La construcción de un negopos me salía bastante cara. El pos. venía a costarme la mitad de su peso de oro, y el neg. algo más que su peso de plata. Los dos negopos que empleaba para la locomoción individual no bajaban de 5.000 francos, lo que era mucho para mis experimentos, pero muy poca cosa en comparación del resultado obtenido. Además estaba muy seguro de que cuando, en lugar de fabricar penosamente por mí mismo en mi laboratorio, pudiera organizar una fabricación en grande escala, el precio vendría a reducirse considerablemente. El establecimiento del motor era pues poco costoso y sus funciones no acarreaban gasto alguno. Desde luego se adivinan los inmensos resultados que se podían obtener aplicándolo a todas las máquinas que utiliza la industria. A más de la simplificación de las máquinas mismas, se conseguía la supresión de todos los gastos de combustible.

No se trataba más que de organizar el negopos como motor, lo que era fácil.

Construí un negopos simple, de forma casi elíptica, con los extremos achatados de cierta manera. Lo coloqué entre dos montantes provistos de muescas, deslizándose en cada una de ellas una de sus puntas. El aparato estaba colocado horizontalmente, con el neg. hacia abajo. Precipitose hacia tierra resbalando por las muescas, las cuales en su parte inferior estaban dotadas de botones de detención debidamente dispuestos. En el momento de tropezar con este obstáculo los extremos aplastados, se verificó un movimiento de revolución, por el cual el neg. se halló a su vez vuelto abajo. Entonces el negopos volvió a subir con mucha fuerza

entre sus dos montantes hasta que puntos de detención análogos, colocados en la parte superior, le hicieron volverse otra vez hacia abajo y bajar de nuevo. Omito la descripción de los medios circunstanciados de que me valí para mantener el aparato, de manera que sus evoluciones se verificasen con regularidad sin que el negopos pudiese girar más que de la manera conveniente, ni salirse de las muescas, etc. He dicho lo bastante para hacer comprender como obtuve un movimiento alternativo, análogo al de los émbolos de las máquinas de vapor, con la diferencia de que el volumen de mi aparato era infinitamente menor, al mismo tiempo que era infinitamente superior su fuerza. Y para colmo de dicha, había descubierto al mismo tiempo el movimiento continuo, continuo al menos hasta que se desgastase el aparato, lo que no podía menos de suceder sino después de mucho tiempo.

Pero el descubrimiento del movimiento continuo era sólo cuestión de curiosidad, que todo lo más podría utilizarse para los progresos de la relojería.

Lo que tenía un inmenso alcance era el descubrimiento de un motor susceptible de ser aplicado a todas las máquinas imaginables. Tenía en mis manos una revolución industrial, cuya menor consecuencia, luego que me diese la gana de explotarla, era la adquisición de millones y tal vez de centenares de millones.

Sin embargo, estos resultados palidecían al lado de los que me parecía estar ya tocando como consecuencia de la locomoción aérea.

Bien determinadas mis ideas, respecto de la aplicación de mi descubrimiento a la maquinaria, cesé de ocuparme del aparato bajo este punto de vista, y no pensé más que en disponerlo todo para las primeras manifestaciones con que quise dar un golpe teatral, sin ejemplo en los pasados tiempos.

## Capítulo IV

### LOS PREPARATIVOS

PARA conseguir mi objeto, me había trazado de antemano cierto método de vida. Vivía muy aislado, tan pronto en París como en una propiedad que adquirí, pasando por muy huraño, y consiguiendo, a fuerza de irregularidad en mis costumbres, que nadie hiciese caso de mi ausencia ni de mi presencia, Además, ejercitándome mucho, había logrado escribir con la mano izquierda tan de corrido como con la mano derecha, y mi segundo carácter de letra, que nadie conocía, era absolutamente distinto del primero, que conocía todo el mundo. Así pude, aunque muy difícilmente, porque no quería hacer declaración alguna a la autoridad, procurarme una prensa autógrafa, que establecí con mucho misterio en mi casa de campo, en una torrecilla que comunicaba con mi laboratorio, donde no entraba nadie más que yo. Paso por alto numerosos pormenores, dispuestos en conformidad con mis proyectos, bastando los que preceden para que se comprenda de qué modo pude realizarlos.

Acaso se me pregunte que motivos tuve para tomar tantas precauciones y rodearme de misterios como si cometiese un crimen. ¿No hubiera podido solicitar privilegios de invención y explotar mi descubrimiento sin recurrir a medios tortuosos?

Las razones de mi conducta me parecían poderosas, No podía tomar privilegios de invención ni explicar mi descubrimiento en algunas memorias descriptivas, con las cuales lo hubiera revelado, de modo que cualquiera hubiera podido usurpármelo. Impedir el plagio por medio de un proceso, hubiera sido una tontería. ¿Cómo proceder entre gentes que podían huir por los aires? Tornando privilegios de invención, ponía mi descubrimiento en manos de

todo el mundo. No era, sin embargo, mi interés material quien principalmente me prohibía divulgar mi secreto. Era evidente que desde el momento en que se conociese mi procedimiento, ya no habría Estados, ni países, ni naciones distintas. Todas las barreras que separan a los pueblos, quedaban suprimidas de un solo golpe, lo que a la larga podía ser muy bueno; pero por de pronto hubiera sido un gran mal abandonar de repente una revolución tal a todos los azares de lo desconocido y a todas las empresas de los aventureros. Un país que se hubiese prevalido de ella antes que los otros, podía hacerse dueño del mundo. ¿Y quién sabe si Francia, lejos de hallar, como yo quería, una causa de grandeza en la obra de uno de sus hijos, no hubiera sido la primera víctima de esta misma obra, descendiendo al último lugar entre las naciones? Yo, al contrario, quería que mi país tomase la delantera a todos los otros, lo que requería un sigilo profundamente guardado hasta haberme puesto de acuerdo con el gobierno acerca de las medidas que habían de tomarse de antemano.

Una revelación imprudente y prematura podía tener consecuencias aún más funestas. Podía hacer imposible toda posición social y entregar las sociedades a los más peligrosos malhechores. El robo, el saqueo, el asesinato, el incendio, las más odiosas violencias se podían poner a cubierto de todas las represiones. No había ya seguridad, ni propiedad, ni protección para los débiles, ni organización social de ningún genero. Aquello hubiera sido el caos, la ruina universal, la violencia del mundo, una desorganización espantosa.

Era pues preciso tomar numerosas medidas de precaución antes de descubrir mi secreto, y no dejarlo traslucir en lo más mínimo antes de llegar la ocasión oportuna. Y yo podía evitar completamente toda posibilidad de indiscreción sino suprimiendo radical y absolutamente a los amigos que habrían podido adivinar algo, y a los ayudantes, a los operarios, a los criados, que habrían tal vez concebido algunas sospechas acerca de mi objeto. Todo lo hice por mí mismo. Tenía una fragua, un torno para metales, un crisol, todo lo necesario para las manipulaciones químicas, todas las herramientas que mis proyectos requerían. Confiaba, sin embargo, durante mis experimentos la construcción de varias piezas a herreros, maquinistas, cordeleros, etc. Pero no les confiaba más que

aquellas piezas que no podían inspirar ninguna sospecha, y como había tomado un privilegio de invención por un freno que había adoptado algunas compañías de ferrocarril, nunca se supuso que me ocupase yo de otra cosa que de invenciones relativas a ferrocarriles, y particularmente de nuevos sistemas de frenos.

Quería también que la invención se manifestase desde luego de una manera patente e incontestable. Si hubiese empezado a hablar de ella, ya al publico por medio de anuncios, ya al gobierno en comunicaciones más o menos secretas, es probable que el asunto no se hubiera tomado por serio, y hasta hubiera corrido el peligro de pasar por loco. No podía evitar este percance sino haciendo seguir inmediatamente a mis comunicaciones experimentos decisivos, Pero en esto veía otros inconvenientes. Desde el momento en que se supiese que poseía un secreto semejante, quedaba expuesto a que se ejerciese sobre mí una presión constante para obligarme a entregarlo al gobierno o al público, y me hubiera visto tal vez forzado a desprenderme de el bajo condiciones que no me habrían convenido. Y al expresarme así, no me refiero a mis intereses personales, que constituían la menor de mis preocupaciones, sino que considero la cuestión bajo el punto de vista de las precauciones que era menester tomar antes de desencadenar en el mundo las consecuencias incalculables de un descubrimiento de tanta trascendencia. Hasta posible era que se emplease conmigo la violencia para arrancarme mi secreto, manantial de poder y de fortuna mucho más tentador que los pedazos de tierra que convierten los filibusteros en teatro de sus fechorías, mucho más tentador que las presas que codician los piratas y los bandidos, mucho más tentador que las provincias que provocan la ambición de los conquistadores, con frecuencia, poco escrupulosos en la elección de sus medios.

Quería, pues, quedar en posesión de mi secreto hasta el momento que considerase oportuno, después que el mundo hubiese apreciado su importancia, después que se hubiesen calculado sus consecuencias, después que se hubiesen tomado las medidas necesarias para que Francia hallase en mi descubrimiento una fuente de grandeza y no un azote para la humanidad.

A estas consideraciones se agregaban accesoriamente otras relativas a mis intereses personales. Era sin duda muy justo que yo

sacase alguna ventaja de mi invención, y sobre todo que nadie me arrebatase el mérito que hubiese contraído. Si bien no creía en la posibilidad de que otros descubriesen perfeccionamientos esenciales, podía suceder que se modificasen algunos accidentes del aparato que diesen a éste, como alguna vez se ha visto, el nombre del modificador. Yo no podía consentir que mi invento quedase relegado a un segundo término. No quería que un día se borrara de la memoria de los pueblos, para no quedar más que en la de los eruditos. ¿Semejante sentimiento se puede calificar de vanagloria? En cuanto a mí, opino que si revelaba algún orgullo, era al menos el orgullo más legítimo y mejor justificado.

El resumen, el plan que mereció mi predilección se reducía a lo siguiente: llamar vivamente la atención por medio de ruidosas manifestaciones de mi descubrimiento; guardar el más absoluto secreto, no sólo respecto de mis procedimientos, sino que también respecto de mi persona, de suerte que no se pudiese sospechar quién era el navegante aéreo cuyas evoluciones parecían prodigiosas; ponerme, sin embargo, hasta cierto punto en comunicación con el público, y hasta con el mismo gobierno en ocasión oportuna, discutir con éste las medidas que convenía tomar, y las condiciones bajo las cuales entregaría mi descubrimiento, del cual no quería que hiciese él un instrumento de despotismo, pues yo quería que fuese un instrumento de libertad, quedando siempre bastante dueño de la situación para hacer prevalecer mi voluntad si sobrevenía alguna discusión que rompiera nuestra buena inteligencia; revelar en seguida mi nombre, pero solo en ocasión oportuna y después de haber organizado en varios países puntos de refugio invencibles para ponerme a salvo de todas las impertinencias, violencias e intrigas: aguardar en fin para comunicar mi secreto al público o al gobierno, que se hubiesen tomado las medidas necesarias y ejecutado las correcciones convenidas, y que se grabara mi nombre en mi descubrimiento de una manera indeleble, que nunca pudiese borrar la mano del tiempo.

## Capítulo V

### LA MANIFESTACIÓN

DESDE que rayó el alba podía preverse que el primero de junio sería un día espléndido. Aunque el cielo estaba cubierto, las nubes que lo encapotaban eran de esas que en el clima de París responden mejor de la seguridad del tiempo que un sol que nace demasiado radiante. El viento, sin ser fuerte, era bueno y fresco.

En la plaza de la Concordia la circulación había sido muy numerosa desde la víspera. Afluyó gente de todas las avenidas, esperando notar algunos preparativos que indicasen el misterioso acontecimiento anunciado para el día siguiente. Muchos concurrentes permanecieron en la plaza hasta muy entrada la noche. Gran número de esos que viven de industrias desconocidas, de esos que ofrecen fuego a los fumadores y recogen colillas de cigarros, acudieron después de salir de los teatros a la plaza de la Concordia, donde se estacionaron, con la esperanza de poder ceder un puesto *mediantibus illis*. Entre seis y siete de la mañana empezó a aparecer la plebe, y a cosa de las ocho la juventud de las escuelas. A las nueve era la multitud tan compacta en la plaza de la Concordia, que se dio orden de no dejar penetrar en ella a nadie más y dejar salir a quien quisiera. Como sucede en semejantes casos, el contagio, lo invadía todo. Los curiosos atraen a los curiosos. Los que más seguros creían estar de no salir de su casa se sienten como arrastrados a pesar suyo, y por la sola razón de que el torrente crece, ellos contribuyen a aumentarlo. Se acumulo la muchedumbre en los Campos Elíseos, en el jardín de las Tullerías, en el puente de la Concordia, en los muelles, en la calle Real, en la calle de Rívoli, y en los baluartes. A las diez se circulaba difícilmente por el baluarte de la Magdalena. A las diez y media apenas se podía transitar por la

calle de la Paz. A las once era imposible llegar a la calle de la Chaussée d'Antin. En las ventanas se agolpaba más gente de la que podían contener.

Las conversaciones, las suposiciones, las chanzonetas se sucedían incesantemente. ¡Qué se empiece! ¡que se levante el telón! ¡música! gritaban los pilluelos de París. José Prudhomme decía: «La autoridad no debería permitir que se hiciese agolpar la gente de una manera tan peligrosa y sin decir con qué objeto». Un curioso, tendiendo su vista por el espacio, exclamó: ¡Aaah! Y le contestaron con hurras, silbidos y aplausos. Hubo algunos estrujones, pero sin ningún accidente serio. A las doce menos cuarto la curiosidad se convirtió en una ansiedad vehemente, mezclándose con el vago terror que experimenta siempre el que espera algo desconocido. Cesaron las chanzas, no encontrando ya ningún eco. Reino un silencio extraño. Nada es tan grande como este silencio de la muchedumbre, solemne y casi lúgubre. Todos los que tenían reloj miraron la hora. Eran las doce menos cinco minutos, y nada aparecía en la plaza de la Concordia. El público empezó a temer que le habían engañado. Un descontento sordo, próximo a convertirse en saña, se apodero de todos los ánimos. Los más flemáticos y de carácter más apacible se pusieron rabiosos y feroces a la idea de que se les había chasqueado ignominiosamente.

El sol atravesó las nubes, que en gran parte se habían ya disipado, y resplandeció en el cenit en un vasto espacio de cielo azul. De repente se oyeron algunos gritos: ¡Mirad!... Los ojos más penetrantes habían percibido un punto negro crecía visiblemente. En pocos segundos aumentó de tal modo que se pudo distinguir como una forma humana que bajaba a plomo sobre el obelisco. Estalló una aclamación formidable que rompió el silencio como el relámpago rompe la nube. Resonaba aun cuando se veía ya distintamente un hombre, con la cara medio tapada, en pie sobre la cúspide del obelisco. Un nuevo clamor se levantó, mezclado con aplausos y bravos. El hombre, que llevaba un sombrero redondo, se descubrió, y volviéndose sucesivamente hacia los cuatro puntos cardinales, saludó a la muchedumbre. Sacó en seguida su reloj y lo señaló con el dedo. Cada cual miró el suyo. Eran las doce menos un minuto. Los aplausos y las gritos redoblaron. El hombre volvió a meterse el reloj en el bolsillo, y todos los concurrentes se pusieron a

observable con la mayor atención.

Estaba vestido de negro, Una especie de gabán o sobretodo abotonado le llegaba del cuello a las rodillas. Los faldones del gabán estaban sujetos al pantalón de modo que no pudieran flotar al aire. Las piernas y el pantalón estaban metidos dentro de unas botas anchas y flexibles, que eran bastante grandes para que se comprendiese que tenían debajo otro calzado. El cuello del sobretodo estaba levantado y rodeado de una corbata ancha de lana blanca. El cuello parecía grueso y se notaba en él cierta rigidez, lo mismo que en los hombros. Una melena rubia, no muy larga pero espesa, ocultaba la nuca y las orejas. La barba entera, más rubia aun, cubría las mejillas y los labios, Tapaba la parte superior del rostro una media careta parecida a las que usan las bailarinas en los bailes de la Ópera. El sombrerito redondo, negro como el resto del traje, estaba provisto de barbuquejo. Cubrían las manos guantes gruesos que parecían acolchados. Veíase que, a pesar de la estación, aquel hombre se había prevenido contra el frío. Tenía la mano izquierda oculta dentro del sobretodo, del cual sólo la había sacado un instante para indicar la hora del reloj, volviéndola a colocar inmediatamente en la actitud con que se suele representar a Napoleón I y a ciertos oradores.

Hizo un ademán, y a las doce en punto se elevó verticalmente en los aires con la rapidez de una flecha. Al llegar a una altura bastante considerable, se detuvo y se cernió encima de la multitud, describiendo lentamente un círculo que se ensanchaba en espiral. Parecía estar casi en pie, un poco inclinado hacia atrás y con las piernas muy ligeramente encogidas. La mano izquierda permanecía oculta bajo su traje. Después el círculo se estrechó poco a poco, al mismo tiempo que la rapidez del navegante o, por mejor decir, del nadador aéreo, aumentaba progresivamente practicando un descenso. Al llegar algo debajo de la punta del obelisco, describió en torno con una rapidez vertiginosa algunos círculos estrechos, se puso en pie en su actitud primera y saludó de nuevo a la multitud a derecha e izquierda y en todas direcciones.

Imposible sería dar una idea de los bravos, aplausos, aclamaciones y gritos con que fue acogido. Echábanse al aire millares de sombreros, Algunos parecían locos de entusiasmo, y los más impresionables se enjugaban los ojos, sorprendidos de haber

sentido brotar una lágrima. Había circulado la noticia con una rapidez eléctrica hasta las últimas filas de la multitud acumulada en París. ¡Un hombre en el aire! decía cada cual al de su lado, y le faltó muy poco para que los empujones hacia la plaza de la Concordia produjesen una sofocación general. En vano las personas sensatas exclamaban que iba a venir puesto que lo había prometido, y que todos le podrían ver sin moverse de su sitio. La curiosidad deliraba y nada oía.

Los municipios y guardias de París empezaban a ceder bajo la presión de la muchedumbre, no obstante habérseles agregado tropas de infantería cuando se vio aumentar la afluencia hasta tal extremo. El primer resultado de aquel prodigioso descubrimiento iba a ser una hecatombe inmensa de gentes ahogadas, aplastadas, pisoteadas.

Afortunadamente el hombre aéreo no se detuvo mucho tiempo en el obelisco. Volvió a tomar su vuelo a la altura próximamente de un cuarto tercero, y entró por la calle Real y luego por los baluartes. Avanzaba con una velocidad moderada, a poca diferencia como la de un caballo a galope tendido, y así se le podía examinar perfectamente sin que nadie pudiese intentar seguirle, lo que hubiera producido en la turba espantosos reflujos. Avanzó de este modo por los baluartes hasta la plaza de la Bastilla, descendió el Sena hasta el puente de Jena, ganó el Arco de Triunfo de la Estrella, volvió por la Avenida de los Campos Elíseos a la plaza de la Concordia, recorrió la calle de Rivoli hasta la casa del Ayuntamiento, llegó por los muelles hasta el Pont-au-Change, que atravesó lo mismo que la Cité, siguió el baluarte de San Miguel hasta el jardín de Luxemburgo, donde hizo algunas evoluciones, recorrió los baluartes exteriores hasta los Inválidos, remontó el Sena hasta el puente de Solferino, y se cernió encima de las alamedas del jardín de las Tullerías.

Esto fue suficiente para aplacar lo que había de excesivo y demasiado punzante en la curiosidad pública. Se comprendió que sería imposible seguir evoluciones semejantes, y que sin moverse de su sitio tenían todos más probabilidades de volver a ver lo que ya habían visto. La multitud total aumentó, porque muy pronto no quedó en las casas una sola persona, que no fuese inválida, exceptuando los vecinos que tenían ventanas que daban a las calles principales. Pero se diseminó más y más y se encontró menos

oprimida. Nada se perdió en ello, y todos pudieron ver a su gusto algún incidente de aquel espectáculo inaudito.

En el jardín de las Tullerías, por ejemplo, el hombre aéreo, al acercarse a un castaño, espantó dos palomas que en él había, y se echó a perseguirlas. Las excedía muy sensiblemente en velocidad, pero no parecía volverse con bastante facilidad para seguir los esguinces que en su azoramiento describían ellas bruscamente. Notóse también que él no trataba de cogerlas más que con la mano derecha, conservando siempre la izquierda debajo del traje. El público se complacía sobremanera siguiendo las peripecias de aquella caza de nueva especie. No tardó el cazador en coger una paloma, y luego cogió la otra. ¡Qué aplausos y que gritos. El aeronauta victorioso se sentó en el brazo horizontal de la estatua de Alejandro combatiendo, cerca del estanque que hay delante del palacio; sacó su mano izquierda, se quitó los guantes, y ató juntas las cuatro patas de las dos aves. Volvióse a poner los guantes, su mano izquierda recobró su actitud ordinaria, echó a volar otra vez, y se cernió a la distancia de un metro encima de una señora elegante, a cuyos pies dejó caer con galantería su presa batiendo las alas.

Siguió su carrera encima del Sena, de los paseos, de los baluartes y de las calles anchas, pero sin guardar una marcha regular y uniforme. Se levantaba, se bajaba, se separaba ya a la derecha, ya a la izquierda, describía espirales ascendentes y descendentes, y tan pronto se cernía casi inmóvil, espectáculo más arrebatador que el de las evoluciones más rápidas, tan pronto se lanzaba en línea recta con una velocidad increíble. Se divirtió en el Chateau d'Eau cogiendo una golondrina al vuelo, y otra cogió también en la plaza del Panteón. En el jardín botánico bajó sin permiso de nadie a la parte reservada y cogió una multitud de flores con que formó un ramillete antes que los guardas, vacilando respecto de lo que debían hacer, hubiesen tenido tiempo de impedirselo. Un instante después estaba ya ofreciendo el ramillete a un grupo de hermosas jóvenes puestas en observación en una buhardilla del baluarte de Sebastopol. La que fue más lista para apoderarse de ello dio las gracias al aeronauta con la más franca de sus sonrisas y con un atrevido beso lanzado al aire con la punta de sus dedos. En el café del Gren-Balcon, en el baluarte de los Italianos, había muchos

concurrentes colocados, para ver mejor, en los primeros puestos. Se acercó al balcón todo lo posible, se apoderó de un vaso lleno de cerveza, se alejó uno o dos metros, lo apuro de un solo trago, volvió a dejarla encima de la misma mesa de que la había tomado, echo encima de ella un Luis, y se alejó saludando. Se detuvo, se cernió un instante, sacó del bolsillo un cigarro, se acercó a un fumador a quien pidió con mucha finura le diera el suyo, se lo devolvió después de haber encendido, y prosiguió su vuelo fumando. Fue a sentarse y a acabar de fumar su cigarro en la punta del pararrayos de la torre meridional de Nuestra Señora, lo que hizo decir a algunos chuscos que no debía aquel asiento ser de los más cómodos. Las personas graves respondieron que se ignoraba qué armadura defensiva llevaba debajo, y que, además, teniendo la facultad de sostenerse en el aire, no debía hacer peso sobre la punta. Algunos pretendieron también haberle visto poner antes en la punta para embotarla un objeto que no pudieron distinguir, sin duda para preservar de un fracaso sus pantalones.

Lo que parece más prodigioso es que, después de tantas idas y venidas, no habían dado aun las cuatro. Iban a salir los periódicos de la tarde, y se comprende que no podían hablar más que del acontecimiento que había sacado de sus casillas a todos los parisienses. Los periodistas habían tomado resueltamente su partido, haciendo de las tripas corazón para ponerse a cubierto, por medio de algunos equilibrios y habilidades redactoriles, del mal trance en que les ponía su incredulidad pasada. *El Universal* era el único que tenía el derecho de cantar victoria.

Su redacción, toda reunida en las oficinas, proclamaba con frenético entusiasmo el triunfo de su redactor principal. Este trabajaba ordinariamente en un gabinete bastante elegante, aunque pequeño, precedido de una biblioteca y de la sala de redacción, donde se hallaba una gran mesa, a cuyo alrededor se colocaban varios redactores. Esta habitación, que era un cuarto segundo, daba a dos anchas calles, pues la casa formaba esquina. Cuando los redactores habían concluido sus tareas, tenían un rato de conversación. Aquel día, poco antes de las cuatro, el redactor principal, sentado en su gabinete, platicaba con dos o tres personas, y por las puertas, que estaban abiertas, terciaban en su conversación sus colaboradores reunidos en la biblioteca y en la

sala de redacción. De repente oyéronse gritos de ¡Vedle! ¡vedle! Todos se dirigieron a las ventanas y vieron al hombre aéreo que bajaba describiendo espirales. Tenía en la mano derecha un rollo de papeles. Se acercó a una ventana, puso el legajo en la mano que le tendió el redactor en jefe, saludó, ascendió verticalmente en los aires y se alejó.

Se le vio prosiguiendo sus evoluciones hasta las cinco. Volvió a colocarse de pie en la punta del obelisco, sacó el reloj y lo indicó con el dedo a la multitud compacta que había en la plaza. Eran las cinco menos cinco minutos. Se sentó en la cúspide del obelisco, volvió a levantarse, saludo hacia los cuatro puntos cardinales, se lanzó verticalmente a las cinco en punto, y con una rapidez prodigiosa desapareció en el espacio. Había terminado la manifestación. Se convino generalmente en que se realizó cuanto se había anunciado y mucho más de lo que los menos desconfiados suponían.

## Capítulo VI

### EL UNIVERSAL

EL redactor en jefe abrió inmediatamente el paquete, que le entregó el aeronauta, después de leer en el sobre: Al señor Redactor principal de *El Universal*.

Halló dos manuscritos.

Uno de ellos era una carta concebida en los siguientes términos:

Señor redactor principal:

*El Universal* ha sido el único periódico que ha dado pruebas de sagacidad y perspicacia. Recibid por ello mis plácemes y las gracias más sinceras.

Hallaréis natural que me dirija a vos con preferencia a todos vuestros colegas, para proponeros una reciprocidad de servicios.

Creo, en efecto, poder contribuir poderosamente a la prosperidad de vuestro periódico, ofreciéndoo dirigir únicamente a él todas las comunicaciones relativas al descubrimiento, cuya primera manifestación pública se ha manifestado en el día de hoy. Si esto os conviene, vuestro periódico será un verdadero *Avisador de la locomoción aérea*, el único autorizado y exactamente informado. Mis comunicaciones serán frecuentes y, si no me hago ilusiones, interesantes para el público. El número de vuestros lectores aumentará, en mi concepto, mucho y muy rápidamente.

En cambio os pido que consintáis en que vuestra redacción sea el centro y el intermediario de todas las comunicaciones que haga o que reciba, públicas y privadas.

Se pondrá en conocimiento del público que, para mi uso, hay establecida una estafeta en vuestras oficinas y que se me remitirá exactamente cuanto por este conducto se me dirija. No os pido que transmitáis las cartas que tenga que escribir yo mismo, para las cuales me valdré del correo. Pero deseo que en vuestro periódico insertéis, sin excepción alguna, todas las comunicaciones cuya publicidad desee. Además, suplico a todos vuestros colaboradores que separen, para hacerlo llegar a mis manos, cuanto se inserte en los periódicos relativo a mi invento.

Os agradeceré que me designeis una persona perteneciente a la administración o redacción con confianza absoluta, y que se preste a ser mi intermediario, mi representante y mi mandatario para todo lo que en la ejecución de mi descubrimiento pueda ofrecer un carácter administrativo. Si, por ejemplo, yo tuviere que abrir una suscripción, él se encargaría de recibir los fondos para entregármelos, y de emplear, en conformidad con mis instrucciones, los que yo le remitiere. Si tuviese a bien fundar una sociedad, él prepararía las bases, las actas y los estatutos, y practicaría, por indicación mía, las gestiones necesarias. Si hubiese necesidad de un local, él lo alquilaría; si de un objeto cualquiera, él se encargaría de comprarlo o hacerlo construir; si de trabajadores o auxiliares, él los contrataría, etc. No es necesario decir que recibiría siempre adelantados los fondos necesarios para todos los gastos que ocurriesen, y sería generosamente indemnizado de los viajes que pudiese requerir su cometido. Me entendería con él sobre la cuestión de honorarios, que serían considerables, y aumentarían a medida que necesitase un concurso más activo, sin que este concurso pudiese en ningún caso absorber de tal manera su tiempo que le inhabilitase para trabajar en el periódico.

Guardaría estrictamente, lo mismo con él que con vos mismo y con todo el mundo, el más riguroso incógnito.

Si estas proposiciones os convienen en principio os bastará publicar mañana el artículo adjunto. Si no os acomodan, considerad esta carta como si no la hubieseis recibido.

Si el artículo adjunto, que podéis vos honrar con vuestra firma, se publica mañana, me apresuraré en transmitirlos las explicaciones necesarias para el establecimiento de nuestro buzón y la seguridad de nuestras comunicaciones.

La primera que os dirija será una relación, escrupulosamente exacta de la manifestación del 1º de junio, pero sin ninguna revelación de mi procedimiento y mi persona. El momento de divulgar mi secreto no ha llegado todavía.

Me permitiréis firmar esta carta y las que os dirija en lo sucesivo con un nombre supuesto, sin por esto considerarlas anónimas. La inicial X, que puede ser una abreviatura del nombre Xavier, es la incógnita de los algebristas, y expresa en realidad lo desconocido. En cuanto al nombre de Nagrien, se compone de letras entresacadas al azar de las palabras *Navigateur aérien* (Navegante aéreo), que serán la única firma de mis comunicaciones al público por medio de vuestro periódico.

Incluyo en esta carta la cantidad de 2.000 francos, que os suplico consideréis como irrevocablemente adquirida, lo mismo si rehusáis que si aceptáis mis proposiciones. Haréis de ella el uso que mejor os parezca, ya sea aplicándola a los gastos de instalación de nuestra estafeta, ya sea en interés de vuestro periódico, o ya lo queráis invertir en alguna buena obra. No os la envié con otro objeto que el de daros una prueba palpable, y probablemente innecesaria, de la formalidad de mis proposiciones. Vuestro, con la mayor consideración, etc.

*X. Nagrien.*

En efecto, clavados en la carta con un alfiler había 2.000 francos.

El redactor en jefe no vaciló ni un solo instante. Era hombre de muy buen sentido y de mucha experiencia, de buen golpe de vista y determinación pronta. En el ofrecimiento que se le hacía vio una verdadera ganga para su periódico, a cuya prosperidad estaba entregado en cuerpo y alma, sin contar las ventajas personales que

debía reportarle por carambola. Leyó la carta a todos los redactores juntos, y todos fueron de su parecer. Aceptaron el trato por aclamación. Pero ¿quién había de ser el administrador de la locomoción aérea? Se propuso que se decidiera por votación, y se procedió a ella inmediatamente. Después de un primer escrutinio, en que cada cual se dio el voto a sí mismo, recayó en una segunda votación unanimidad de votos en el administrador del periódico, antiguo cajero de una casa de banca, hombre sumamente inteligente, muy versado en los negocios y de una probidad a toda prueba.

*El Universal* del día siguiente, publicó en sus columnas, en grandes caracteres interlineados, el siguiente artículo como primer fondo:

Ponemos en conocimiento del publico que *El Universal* es desde hoy el Avisador de la locomoción aérea.

Él será el único que reciba las comunicaciones del autor de este prodigioso descubrimiento, firmadas con las palabras: El Navegante aéreo.

Estas comunicaciones serán frecuentes, y todas ellas sumamente interesantes para nuestros lectores. Llevarán un sello de exactitud y, si así puede decirse, de autenticidad, que nadie seria capaz de dar a sus reseñas y trabajos sobre el mismo objeto.

Las primeras comunicaciones empezarán a aparecer dentro de dos días. Estas primeras comunicaciones no serán más que la explicación de lo que no se haya podido aclarar bastante en las distribuciones de escritos y medallas que tanto han llamado la atención, y vendrá luego una relación tan exacta como circunstanciada del gran acontecimiento del 1º de junio.

Los anuncios, informes y explicaciones relativos a la locomoción aérea abundarán en nuestro periódico, sin que en nada perjudique esto a su redacción habitual. Nuestro periódico será lo que era, con algo más.

Pero este algo más consistirá en todo lo que se refiere únicamente a un descubrimiento destinado a transformar la faz del mundo.

Dirigiéndose a nuestras oficinas, sin que haya otro conducto, será dado transmitir al navegante aéreo todas las comunicaciones posibles, que se enviarán con tanta exactitud como discreción, sin que nadie las abra más que él.

Debemos añadir en honor de la verdad que, hasta que transcurra un poco tiempo, no se hará revelación alguna acerca de los procedimientos de locomoción, ni tampoco acerca de la persona del navegante aéreo, sobre cuyo particular no tiene hasta ahora el menor indicio el redactor principal de este periódico ni sus colaboradores, El navegante aéreo ha tomado eficaces medidas para ponerse en comunicación con nosotros, pero conservando un riguroso incógnito.

Ofrece al público leer con la mejor detención cuantas cartas se le dirijan, sin excepción alguna, y contestar por el correo o en las columnas de este periódico a todas las que merezcan respuestas. Suplica a las personas que le dirijan alguna carta que escriban con claridad su nombre y señas. Leerá hasta las cartas anónimas, pero no las contestará.

En ocasión oportuna expondrá en nuestro periódico sus ideas personales sobre la mejor marcha que deba seguirse para que todo el mundo, y antes Francia que las demás naciones, saquen partido de su descubrimiento.

Anunciaremos próximamente otra manifestación pública de la locomoción, más interesante aún que la del 1º de junio. Prevenimos al público que en lo sucesivo nada se verificará sobre este asunto sin que nosotros lo anunciemos de antemano.

El presente anuncio se reproducirá mañana.

Firmaba el artículo el redactor principal. Se enviaron los dos números en que apareció a infinidad de personas de París y sobre todo de provincias, y un resumen de su contenido se fijó en todas las esquinas. El efecto fue instantáneo. Ya todo París conocía el incidente de la carta entregada al redactor principal en presencia del inmenso gentío agolpado en las calles. El éxito excedió de una manera fabulosa a cuanto hubiera podido soñarse. Afluyeron las suscripciones, de suerte que de un día a otro se dobló, quintuplico y

hasta decuplicó la tirada. Se relegaron estrictamente a la última página los anuncios, que afortunadamente no estaban contratados, y aunque se triplicó su precio, hubo que rechazar las tres cuartas partes por falta de espacio.

El 3 de junio recibió el redactor principal por el correo ordinario una larga carta, firmada X. Nagrien, que contenía indicaciones cuidadosamente circunstanciadas. Se fijó una especie de buzón doble encima de una chimenea inútil que había en la sala de redacción, la cual era una pieza que se formó reuniendo dos por medio del derribo de un tabique a que se procedió al establecerse el periódico. El redactor principal y el administrador tenían cada cual una llave de una especie de caja de hierro colocada debajo de las jambas de la chimenea. El navegante aéreo tenía la de un cofre análogo situado en lo alto del tubo, y había un mecanismo muy sencillo para hacer subir y bajar sus comunicaciones respectivas.

Los informes dados por el periódico y los carteles no defraudaron la curiosidad del público, el cual no tardó en saber como pudo el navegante aéreo distribuir por sí solo los numerosos escritos que tantos comentarios habían provocado la prodigiosa rapidez de su locomoción le habían permitido desde las ocho y media de la noche hasta las tres y media de la mañana recorrer París en todas direcciones.

Lo que había podido hacer en siete horas de una noche oscura se explicaba perfectamente por lo que se le había visto hacer el 1º de junio en cinco horas de día. Había, además, tomado sus disposiciones para tener a mano los tres mil ejemplares bajo sobre que la víspera se echaron a todos los buzones y los cincuenta que se expidieron sin franquear; para reunir los pájaros portadores del escrito que no soltó hasta llegada la noche, y para disponer el adorno del obelisco de modo que pudiera colocarlo de un solo golpe como un cura se pone la casulla. La noche antes había escondido cuarenta talegos enormes, llenos de ejemplares prensados, en los rincones inaccesibles de los tejados, dos de ellos en cada distrito. A pesar de su peso le había sido fácil transportarlos dos a dos, suspendidos de los órganos de locomoción, variarlos sucesivamente como varia el labrador los sacos del grano que está sembrando y atar al paso ejemplares a los pararrayos, puntas, ganchos y prominencias que veía a su alcance y arrojarlos por las chimeneas y

por todas las oberturas de los edificios públicos. Tenía llenos los bolsillos de monedas de cinco francos cuidadosamente envueltas y las repartió entre doscientas habitaciones rompiendo cristales con la mano metida en un guante de esgrima. Seguía a estas explicaciones una memoria circunstanciada de la manifestación del 1º de junio, aumentada ya por el rumor popular con tantas exageraciones que se había convertido en leyenda completamente milagrosa.

Al mismo tiempo el administrador recibía instrucciones que desempeñaba con tanto celo como inteligencia, y no decimos cuáles eran para no parecer difusos, bastara conocer los efectos.

## Capítulo VII

### UN PASEO POR FRANCIA

*EL Universal* del 18 de junio publicó un anuncio concebido como sigue:

La segunda manifestación pública de la locomoción aérea empezará el próximo domingo 22 de junio.

Su objeto principal será demostrar la velocidad a que puede llegar este género de locomoción y mostrar a las provincias lo que ha visto París.

El navegante aéreo quedará reconocido a las compañías de ferrocarriles si se quieren tomar la molestia de ir anotando sus operaciones para dar a éstas un carácter incontestable de certeza y autenticidad. En los relojes de las estaciones contarán de una manera precisa los instantes de su llegada y partida, en razón a la uniformidad de horas adoptada por las diferentes líneas de ferrocarriles.

El navegante no puede decir con anticipación de una manera precisa a qué hora llegará a cada estación, pero puede decir la hora de salida. Sería necesario que desde el momento en que dejara la ciudad, el jefe de estación y algunos empleados se fijasen en esta circunstancia para informarse del instante preciso de su llegada.

He aquí los datos que puede anticipar acerca de su itinerario.

Domingo 22 de junio, a las siete de la mañana, partida del obelisco. Evoluciones sobre París. A las ocho, partida de la estación del ferrocarril de León.

Llegada a Dijon. Evoluciones. A las diez, partida para

Lyón.

Llegada a Lyón. Desaparición momentánea. Reaparición a las once y media. Evoluciones. A la una, partida para Marsella.

Llegada a Marsella. Evoluciones. A las cuatro, partida para Nimes. Llegada a Nimes.

Evoluciones. A las seis, partida para Narbona.

Llegada a Narbona. Desaparición momentánea. El lunes 23, a las siete de la mañana, evoluciones en Narbona. A las ocho, partida para Toulouse.

El itinerario continuaba de este modo indicando como estaciones necesarias Toulouse, Bayona, Burdeos, Tours, Nantes, Rennes, Rouen, Lila, Estrasburgo, Nancy y París.

Preciso es decir que las compañías de ferrocarril estuvieron lejos de acoger con entusiasmo la petición que se les dirigió. Quo las había acaso de arruinar aquel fatal navegante aéreo como habían ellas arruinado a las empresas de diligencias. Verdad es que tan misterioso modo de locomoción no se había revelado más que como aplicable al transporte de una sola persona a la vez y se ignoraba si su dificultad, su precio y sus peligros hacían de él un objeto de pura curiosidad que no podía tener una aplicación usual y práctica. Pero también era posible que fuese tan practicable como poco costoso. Podía muy bien ser tan a propósito para transportar barquillas y hasta verdaderos buques aéreos como una persona sola. Si así fuera los ferrocarriles quedarían muy pronto abandonados, arruinados los accionistas y un inmenso personal cesante. Si bien no había sobrevenido aun una baja sensible, no se compraban ya sus títulos, los cuales se negociaban a la par por la única razón que sus poseedores no preveían de bastante lejos para deshacerse de ellos y venderlos a cualquier precio. Pero los más prudentes empezaban a preguntarse si no sería conveniente negociarlos de cualquier modo.

Sin embargo, las compañías comprendieron que, para el porvenir de la invención, era indiferente que la acogiesen con más o menos simpatía. De nada serviría su mala voluntad, ni podría tener otro resultado que poner en ridículo sus mezquinos sentimientos. Además, eran las que más interesadas estaban en saber a punto fijo lo que debían temer de una futura concurrencia. Bajo este punto de

vista, la comprobación exacta del grado de velocidad presentaba una importancia de primer orden. Tomaron pues un partido y dirigieron a sus agentes instrucciones prescribiéndoles que apuntasen con la más rigurosa precisión la hora, el minuto y hasta el segundo de la llegada y partida en cada estación, y que redactasen informes circunstanciados de cuanto ocurriese digno de notarse.

El viaje empezó el 22 de junio a la hora anunciada. Después del efecto producido por la primera manifestación, fácilmente se adivina cual debió ser en París el apresuramiento de la multitud desde las siete de la mañana. *El Universal* penetraba ya en los más recónditos rincones de Francia y además, ningún periódico, sin exponerse a perder sus últimos suscriptores, había podido librarse de reproducir o extractar las publicaciones cuyas primicias tenía un feliz colega. Así es que no había nadie que no supiese en qué ciudades debía presentarse el navegante aéreo. Todas las demás, lo mismo que las aldeas, quedaron completamente desiertas. Llegaron viajeros de Alemania, Suiza, Italia, España, Inglaterra y Bélgica. Dijon, Lyon, Marsella y todas las ciudades donde se había prometido una corta detención, no habían visto nunca un gentío semejante. Inútil sería entrar en pormenores sobre las precauciones que, por medio de su administrador, había tomado X. Nagrien para sus comidas y alojamiento en que pernoctar sin arriesgarse a hacer traición a su incógnito. Lo que importaba era la comprobación de la velocidad.

El jefe de estación de París y todos los empleados a quienes su servicio permitía agruparse en torno suyo dieron fe de que el navegante aéreo, que llegó a la estación algunos minutos antes de las ocho, llevaba, a más de la media careta de su primera aparición, una máscara de cristal, con objeto sin duda de resguardar su cara y sus ojos de la impresión del aire cortado con rapidez suma. Evoluciono algún tiempo, y partió de París a las ocho en punto, dándose inmediatamente aviso por telégrafo a la estación de Dijon.

Allí se le vio aparecer directamente hacia el reloj, cuyo cuadrante indicó con la mano. Eran las nueve y veinticuatro minutos. Por los maquinistas y fogoneros, los viajeros de los trenes que había cruzado o dejado atrás y por los empleados de las estaciones intermedias se supo más adelante que no había dejado de

seguir la línea del ferrocarril, y por consiguiente habría ganado diez o doce minutos si hubiera viajado a vuelo de pájaro.

Pudo permanecer en Dijon más de media hora y volver a partir, como lo había anunciado, a las diez en punto. Llegó a León a las diez y cincuenta minutos, en cincuenta minutos había recorrido 197 kilómetros.

El viaje continuó del mismo modo.

El resultado era una velocidad media de 240 kilómetros o 60 leguas por hora, 4 kilómetros o una legua por minuto, el cuádruplo próximamente de la gran velocidad usual de los ferrocarriles, el séptimo o poca diferencia de la velocidad de la bala al salir del cañón, que anda de 400 a 500 metros por segundo, que vienen a ser 25 o 30 kilómetros por minutos, y unas 400 leguas por hora.

Se podría ir de París a Londres en una hora y quince minutos; a Madrid en cinco horas y veinticuatro minutos; a Viena en cinco horas y cinco minutos; a Berlín en tres horas y cuarenta y cinco minutos; a San Petersburgo, en once horas y quince minutos; a Moscú en doce horas y diez y seis minutos.

Se podría dar la vuelta al globo en seis días, once horas y cuarenta minutos, con lo que se ahorraría casi la sexta parte de la velocidad de la superficie de la tierra girando alrededor de su eje. Si partiendo de un punto del Ecuador el domingo por la mañana, por ejemplo, se dirigiese el aeronauta hacia el Oeste, estaría de vuelta en el mismo punto, el sábado por la tarde, si bien habría ganado un día en el camino, lo mismo que en todo viaje en este sentido alrededor del Ecuador. Sería viernes para el viajero en el momento de su regreso, y sábado para los habitantes del punto de partida y de llegada, los cuales habrían visto ponerse el sol seis veces, al paso que el viajero no le habría visto ponerse más que cinco.

*El Universal* publicó una relación circunstanciada del viaje, y puso a las compañías de ferrocarriles en el caso de contradecir o afirmar la exactitud, según las comprobaciones de sus agentes. Las compañías en un principio se resistieron a contestar; pero *El Universal* volvió a la carga con tanta insistencia, que tuvieron al fin que dirigirle algunos breves apuntes declarando que en efecto los datos que habían adquirido no se diferenciaban mucho de los que el periódico había publicado.

La alarma de las empresas iba en aumento, y se manifestó en sus

títulos una baja algo más marcada. No era aún gran cosa, pero bastaría tal vez que se viese en el aire una barquilla dirigida por aquel maldito inventor para que el pánico acarrease un sálvese quien pueda general.

Un nuevo artículo de *El Universal*, renovando sus temores para el porvenir, les daba, sin embargo, por el momento algún respiro, pues anunciaba que el próximo experimento público en razón de los preparativos que requería, no podría verificarse hasta últimos de agosto.

## Capítulo VIII

### EL BUQUE

EL administrador, encargado con anterioridad de una triple misión, hizo construir, en conformidad con los planos, dibujos e instrucciones que se le dirigieron, un aparato que llamaremos buque, a falta de una expresión más exacta, y cuya descripción se hallará más adelante.

Tomó en alquiler, detrás de los cerros de Mendon, una casita cercada, cuya tapia, que era bastante extensa, hizo levantar hasta una altura de seis metros, Sombreaba dicha tapia una colina no interrumpida de corpulentos árboles.

Contrató tres hombres, que escogió con el mayor cuidado. Fueron muchos los que se presentaron, especialmente aeronautas y marinos, al llegar a su noticia los anuncios que publicó *El Universal*. Algunos pretendientes no solicitaban impelidos por la necesidad de ganarse la subsistencia, sino movidos por una ardiente curiosidad o por su carácter aventurero. Se negó a admitir, por razón de su edad, a un antiguo coronel de caballería, del temple de aquellos de que a los cuarenta años haría Napoleón I mariscales de Francia. Dio la preferencia a un maquinista de ferrocarril, soldado de mucho valor y sangre fría. Colocó bajo sus órdenes dos marineros, de los cuales el uno había servido en la armada y estaba condecorado a consecuencia de varias brillantes acciones, y el otro, muy distinguido también, era una verdadera celebridad en la marina mercante, por las muchas medallas de salvación que se le había conferido. Estos tres individuos estaban dotados de una fuerza hercúlea y eran hábiles gimnastas, El primero recibió el título de conductor, y los otros dos el de ayudantes, debiendo el navegante aéreo desempeñar en persona las funciones de capitán de su buque.

Cuando estuvo todo preparado, el conductor y los ayudantes se ejercitaron en sus nuevas funciones, principalmente durante la noche, en el cercado que estaba oculto a todas las miradas. La maniobra, en la parte que les correspondía, era a decir verdad, casi nula, utilidad real se reducía en cierto modo a inspirar con su presencia bastante confianza a los pasajeros, para que éstos no se dejaran sobrecoger por vanos temores. No se les reveló absolutamente nada respecto a los procedimientos y a la persona del inventor, al cual no vieron nunca sino con la cara tapada, yendo y viniendo sobre la parte superior del aparato, que se ponía y quitaba cuando bien le parecía. Esta parte del aparato contenía los órganos de locomoción, y sin ella el buque permanecía en tierra como una masa inerte. El conductor y sus ayudantes se adiestraron principalmente en ajustar y desmontar los engarces y en navegar a algunos metros del suelo para familiarizarse con aquel género de locomoción.

Todo esto duró quince *o veinte días más de lo que se deseaba*, y hasta el 29 de agosto no publicó *El Universal* el siguiente anuncio:

El domingo 3 de septiembre, un buque aéreo navegará encima de París, desde las ocho de la mañana hasta las cinco de la tarde.

Este buque se halla dispuesto a recibir unos cincuenta pasajeros. Pero esta vez no llevará más que el navegante aéreo, un conductor y dos ayudantes, pues sus evoluciones no tienen más objeto que demostrar la posibilidad de la navegación aérea a las personas que deseen participar del viaje sucesivo, que se verificará el domingo 10 de septiembre.

Desde el 4 al 9 de septiembre el buque, si bien destituido de sus órganos de locomoción, estará expuesto en un local dependiente de las oficinas de *El Universal*. Las personas que gusten visitarlo pagarán dos francos de entrada.

El experimento del 10 de septiembre está organizado como sigue:

Se ponen a disposición del publico treinta y cuatro asientos del buque, al precio de 1.200 francos cada uno.

Los que deseen embarcarse deberán inscribirse antes del 8

de septiembre, en las oficinas de *El Universal* y dejar el importe de un asiento en manos del administrador del periódico, que les entregará el correspondiente recibo, y depositará diariamente los fondos en la caja pública que tenga a bien designar la autoridad.

Para la distribución definitiva de los billetes, el navegante aéreo dará la preferencia a las categorías siguientes:

Al gobierno, en la persona de cualquiera de sus miembros revestido de las funciones más elevadas. Si se presentan varios individuos de la misma clase, por ejemplo, varios ministros, decidirá la suerte;

Al ejército, en la persona del militar de más alta graduación, teniendo la preferencia un mariscal de Francia sobre un general de división, y así sucesivamente,

La marina del Estado, siguiendo el mismo orden de preferencia;

Los principales ramos de la ciencia, siendo los preferidos los miembros del Instituto, representados por:

Un físico

Un químico

Un astrónomo

Un geógrafo

Un estadista

Un economista

Un medico

La literatura, con preferencia para un miembro de la Academia francesa;

El periodismo, representado por un redactor de un periódico que no sea *El Universal* al que está reservado un asiento;

Las artes, representadas por un pintor, siendo preferido un miembro del Instituto;

La industria, representada por:

Un constructor de buques;

Un constructor de máquinas;

Un administrador o director de alguna compañía de ferrocarril;

Un aeronauta.

Diez y siete asientos, o un numero mayor si no se hallan representadas todas las categorías que se han indicado, serán distribuidos por la suerte entre las personas que se hayan inscrito en *El Universal*.

Se reservarán doce asientos gratuitos a músicos organizados en orquesta, dando la preferencia a una banda militar, si se presenta.

Otros dos asientos gratuitos se reservarán a dos simples trabajadores que designen por votación los peritos de los oficios.

En la mañana del 9 se dirigirán billetes definitivos a las personas admitidas, con instrucciones útiles para el embarque y el viaje. Las cantidades entregadas por los que no hayan podido tener asiento les serán inmediatamente devueltas con solo presentar sus recibos.

El viaje se verificará conforme al itinerario siguiente:

El día 10, a las nueve en punto de la mañana, embarque. Evoluciones encima de París y de sus afueras, y partida para Estrasburgo, de modo que se desembarque en dicha ciudad a las seis.

El 11 a las nueve de la mañana, embarque en Estrasburgo, evoluciones encima de la ciudad y partida para Lila, donde se desembarcará a las seis. Del mismo modo continuará el viaje por Lila, Rouen, Nantes, Burdeos, Bayona, Toulouse, Marsella, Lyon y París, donde se estará de vuelta el miércoles 19 de septiembre a las seis de la tarde.

Este anuncio suscitó inmediatamente un paro general, diciéndose en todas partes que no habían visto nunca una fatuidad semejante. Las preferencias con tanta soberbia otorgadas a ministros, mariscales de Francia y almirantes como si los más encopetados personajes debiesen disputarse el favor de entregarse con los ojos cerrados a un aventurero cuyo incógnito nada bueno anunciaba; el precio de 1.200 francos por asiento, lo que daba un total de 40.800 francos por un viaje de diez días, corriendo por cuenta de los embarcados los gastos de comida y alojamiento durante la noche; aquella música reclamada para conferirse el aeronauta a sí mismo un triunfo estrepitoso, todo demostraba tanto

orgullo como codicia. X. Nagrien creyó de su deber contestar en *El Universal* a estas censuras, diciendo que no por orgullo, sino por deferencia, manifestaba, antes de divulgar su descubrimiento, una predilección marcada a la autoridad, al ejército, a la marina, a la ciencia, a la industria, a la literatura, a las artes, para que estudiasen los efectos adquiridos y las consecuencias probables. Respecto al precio de los asientos, dijo que no cometería la bajeza de justificarse del cargo de avaricioso que se le hacía sacando a relucir los centenares de miles de francos que le habían costado sus experimentos y la práctica de un descubrimiento, del cual podría sacar millones siempre que quisiera. Los que creían que era caro un viaje semejante llevado a cabo por primera vez atravesando los aires, que no lo hicieran sino querían hacerlo, y lo mismo los que no abrigaban una confianza absoluta.

Catorce días mediaron desde el anuncio al primer experimento anunciado y veintiún días desde el anuncio al principio del experimento segundo. Este intervalo permitía llegar a París y a los demás puntos donde debía presentarse el buque, no sólo a los que residían en Francia, sino también a los habitantes de varios países extranjeros. Dondequiera se había resuelto desde mucho tiempo partir al primer anuncio de una exhibición nueva. No había quien a últimos de agosto no estuviese en disposición de tomar el portante, muchos, sobre todo en los países lejanos y particularmente los Estados Unidos, creyeron que lo más seguro era ponerse en marcha antes de aguardar la señal. Al darse, ésta se apodero de todo el mundo un verdadero frenesí. Organizáronse en todas partes trenes extraordinarios. El material móvil de los ferrocarriles llegó a ser insuficiente. Las compañías no bajaron sus precios, y ya que se hallaban tal vez en vísperas de su ruina, pudieron al menos realizar beneficios bastante notables. Se agitaron todos los medios de locomoción, siendo sobre todo notable, la afluencia de los ingleses.

El 3 de septiembre la curiosidad publica no presentaba el mismo carácter que el 1º de junio. No se hallaba ya mezclada de duda, de incertidumbre y de la inflexible ansiedad con que se espera siempre lo desconocido. Era más tranquila, pero no menos ardiente. Se sabía lo que se iba a ver, mas no por eso se deseaba menos de verlo. La multitud, engrosada por una enorme concurrencia de extranjeros, era más numerosa, pero no convergía hacia un centro determinado.

Estaba diseminada por todas partes, dirigiéndose muchas personas con preferencia a los puntos en que se les figuraba que sería menos considerable. La autoridad había tomado medidas de precaución, pero como no temía ningún complot, no puso la tropa sobre las armas.

A las ocho se vio avanzar majestuosamente el buque aéreo por la avenida de los Campos Elíseos, a una altura que permitía observarle bastante exactamente. Presentaba el aspecto general de la tienda prolongada cuyo lienzo se hubiera levantado hasta las dos terceras partes de su altura, temiendo las cuerdas muy tirantes. Era el piso de forma elipsoidal, angosto hacia delante y ancho en su porción posterior. Hallábase rodeado de una balaustrada en que se veían unos cincuenta asientos vacíos, separados por intervalos de más de un metro y que parecían sumamente cómodos. Delante de cada asiento había una mesita, y encima estantes, perchas y lámparas de globos esmerilados. El vértice del aparato reproducía en menor escala su forma general, y terminaba en una esfera de metal bruñido, que parecía cobre, debajo de la esfera, en una reducida plataforma rodeada también de una balaustrada, de la cual partían cuerdas y barras de metal que tenían al parecer suspendida la parte inferior del buque, había una especie de sillón, de la forma llamada a la Bonaparte, que daba vueltas alrededor de un eje como un taburete de pianista. Allí estaba sentado el navegante aéreo, vestido como el día de su primera aparición. Dos palancas encorvadas, que arrancaban de debajo de su asiento, remataban en manubrios al alcance de sus manos. Otra palanca bajaba de la esfera superior y terminaba lo mismo que las otras. La pequeña plataforma tenía anterior y posteriormente dos grandes lentes que podían girar en todos los sentidos en torno de sus sustentáculos fijos. El aeronauta además, tenía en la mano un catalejo. Una mesa en forma de herradura, que parecía provista de cajones, estaba colocada delante de él, con la escotadura hacia atrás. Fijos en la parte anterior de la mesa se veían cuatro objetos en que los espectadores provistos de anteojos o gemelos de teatro creyeron reconocer un cronómetro, un barómetro, un termómetro y una brújula.

En el piso inferior había colocados tres hombres, dos en la parte anterior, en una especie de estrado, y otro en la posterior, en otro estrado más alto. Todos tenían a su alcance una gran lente giratoria

y un anteojo en la mano, un asiento detrás y al lado una escala de cuerda tendida, enganchada en los bordes de la plataforma superior. El que estaba detrás tenía además una mesa de herradura igual a la de arriba y provista de los mismos objetos. Tubos acústicos, con sus correspondientes pabellones de portavoz, ponían en comunicación la parte superior con la inferior y ésta con aquélla.

Se distinguían delante del piso inferior dos cañones de pequeño calibre, con la boca dirigida al espacio en ángulo de cuarenta y cinco grados. Cuando hubo llegado el buque encima del obelisco, los que estaban en la parte anterior se acercaron a las piezas y se oyeron dos cañonazos, que se repitieron de media en media hora mientras duraron las evoluciones. El buque aéreo, que a primera vista no era más que un vehículo, podía convertirse en una terrible máquina de guerra.

Las evoluciones fueron a poca diferencia iguales a las que el navegante aéreo había practicado solo el 1º de junio. La más notable particularidad que ofrecieron fue la siguiente: El aeronauta se levanto varias veces de su asiento después de imprimir al buque una marcha lenta y regular, para describir alrededor mil evoluciones aéreas, adelantándose, quedándose atrás, uniéndose a él, dando vueltas por encima y por debajo. Se observó que el buque, si bien adquiría de cuando en cuando una velocidad considerable, no llegaba ésta nunca a la mayor con que se había visto al navegante aéreo moverse solo. Notóse también que los varios movimientos del buque dependían de la acción de las palancas con manubrio.

El aparato estuvo expuesto desde el día siguiente en un local desocupado, que era como un accesorio de la casa en que se hallaban situadas las oficinas de *El Universal*. Dicho local recibía la luz de lo alto por una grande abertura en que había una vidriera que se quitó expresamente para introducir el buque. Pareció muy pequeño a la multitud que se agolpó a la puerta para verle. Fue necesario establecer en el interior una corriente regular, gracias a la cual pudieron entrar diariamente de diez a doce mil personas a las que se dejaba tiempo suficiente para verlo. Durante los seis días que duro la exhibición, se recaudaron unos 140.000 francos.

La curiosidad de los visitantes no quedó satisfecha más que a medias, si bien no se puede decir que hubiese habido engaño

después de lo que se había anunciado explícitamente. La parte superior del buque se reducía a una balaustrada circular, a la cual podían adaptarse, siguiendo un sencillo sistema que se explicó al público, los órganos de locomoción, el piso superior, el asiento del capitán, su mesa, etc. El conductor y los dos dependientes eran por lo común los encargados de la maniobra. Pero el capitán, si quería, podía hacer funcionar el buque por sí solo y sin ayuda de nadie. De su voluntad dependía desprenderse de todo y quedarse solo en el aire, sin que en los despojos del buque, hecho pedazos en su caída, se pudiese encontrar el más mínimo indicio de los procedimientos de locomoción. Tan formidable poder, en manos de un desconocido, hizo vacilar a muchos que estaban dispuestos a pedir asiento para el viaje anunciado.

En cuanto a los pormenores de instalación, se consideraron generalmente cómodos y bien entendidos. El piso, muy bien alfombrado, se componía de un metal que parecía hierro, lo que daba al aparato un peso considerable y le mantenía perfectamente equilibrado. También era de metal las barras de suspensión, en número de doce, y en cada extremo terminaban en argollas que se introducían en otras fijas en los bordes de los dos pisos. Grandes y tupidas telas, con agujeros guarnecidos de cristales, podían envolver todo el aparato y convertirlo en una tienda impermeable, con independencia de las cortinas elegantemente pintadas que cada pasajero tenía a su disposición para resguardarse del sol. Los sillones, girando sobre ejes, podían transformarse en verdaderas camas.

Los cañones se habían quitado de las cureñas, y éstas eran análogas a las de los cañones de marina. No había dos cureñas sino seis, cuatro en la proa y dos en la popa.

## Capítulo IX

### LA PRUEBA DECISIVA

LA primera persona que soltó sus 1.200 francos, pidiendo asiento, pertenecía al bello sexo. El sexo no estaba previsto. La viajera pertenecía a la alta sociedad, y se había hecho célebre por sus extravagancias, por la exageración de su tocado, por sus trajes de colores chillones, por sus maneras demasiado libres y desenvueltas y por su lenguaje salpicado de palabras no muy escogidas, que hasta impropias hubieran sido de la gente de medio pelo, pero todo sin consecuencias. De buen fondo, y no destituida de talento, se la aceptaba tal como era, y formaba escuela. No eran pocas las que querían imitarla. A la mañana siguiente el administrador tuvo que recibir la solicitud y el dinero de sesenta elegantes, más o menos autorizadas por sus maridos. El administrador les manifestó que había consultado al navegante aéreo, cuya respuesta esperaba. Al mismo tiempo afluían peticiones de todos los *sportemen*, miembros de club y sociedades jóvenes que en el mundo elegante llevaban o tenían la pretensión de llevar la batuta. El ejemplo femenino fue de mucha importancia. Los de la juventud dorada se hubieran creído deshonrados, o hubieran temido pasar por pobretones que no tenían 1.200 francos, o por cobardes que temían romperse la crisma, si no hubieran hecho como todo el mundo. Muchos extranjeros tomaron billete. Habiéndose ya puesto en camino, que era lo principal, no era justo que no procurasen sacar de su viaje el mayor partido posible. Muy pronto no hubo una sola persona que, pudiendo disponer de 1.200 francos, no quisiera correr la aventura. En el cuartel latino y en los talleres hubo la idea de formar grupos de cincuenta, ciento y hasta quinientos individuos, contribuyendo cada uno con una corta cantidad para suscribirse en nombre del grupo, y

sortear el billete en el caso de obtenerlo. El primer día, la administración no recibió más que 80.000 francos. En el segundo recibió 900.000 y la progresión fue aumentando en todos los días sucesivos. Cuando se cerró la suscripción, una suma total de 65.308.800 francos, entregados por 54484 suscriptores, se hallaba depositada en la caja de las consignaciones, que el gobierno designó con bastante condescendencia.

Esta condescendencia no resultaba precisamente de una simpatía ciega favorable a la invención y al inventor desconocido, sin ninguna segunda intención. El gobierno no se había dado aún exacta cuenta de todas las consecuencias que podía producir tan trascendental descubrimiento. Sin duda hubiera querido apoderarse de él, pero no sabía cómo salir airoso de su empeño. El peor de los medios hubiera sido una hostilidad más o menos abierta, con la cual se hubiera expuesto a que el inventor desapareciese de la noche a la mañana, y pusiese a disposición de los extranjeros su talento y su secreto, o a que tal vez se sirviese de éste para fomentar movimientos revolucionarios, o a que tal vez, pues se ignoraba de lo que era capaz, organizase una partida de filibusteros y de piratas aéreos con que hubiera puesto en jaque todas las fuerzas que la organización social hubiera podido oponerle. Importaba, pues, no precipitarse, antes de conocerle, a tratarle como enemigo. Gran cosa hubiera sido saber de qué pie cojeaba el inventor, ¿pero cómo? Se acarició la idea de reanudar la información que se había abierto con motivo de la distribución nocturna, pudiéndose añadir para justificarla un nuevo cargo a los anteriores, cual era la detención de armas y municiones de guerra denunciada por los cañonazos que habían acompañado las evoluciones del buque aéreo.

También podía el gobierno sacar partido de los artículos firmados simplemente con la calificación de el navegante aéreo, que había insertado *El Universal*, y perseguirlos por contravención a la ley de las firmas, Pero volviendo a la información, el gobierno hubiera ejercido un acto de verdadera hostilidad, expuesto a ser muy mal acogido. El primer interrogatorio del redactor principal o del administrador de *El Universal* podía convertir al navegante aéreo en un enemigo declarado. Además, era probable que la información no condujera a nada, porque se habían al parecer tomado las debidas precauciones, y todo inducía a creer que los hombres de *El*

*Universal* eran sinceros cuando declaraban que no sabían una palabra acerca de la individualidad de su corresponsal misterioso. Procurar apoderarse de su persona por medio de una emboscada, cuando iba por la noche a tomar o dejar sus comunicaciones escritas en lo alto de una chimenea, era materialmente imposible y moralmente odioso. Lo único que pareció practicable fue ordenar que por los más sagaces esbirros y agentes de policía se practicasen asiduas pesquisas, y entre tanto no poner mala cara al descubridor hasta nueva orden. El navegante aéreo seguía al parecer un plan cuidadosamente meditado. Lo poco que había dicho acerca de su propósito de que de su descubrimiento se aprovecharse principalmente Francia, y acerca también del sentimiento de deferencia que le había inducido a reservar asientos a la autoridad y a las sociedades sabias, no anunciaba ninguna actitud hostil, si bien el gobierno se sentía herido en su amor propio por haberse prescindido de él, sin haber solicitado directamente su poderoso apoyo y alta benevolencia. Se tomó definitivamente la resolución de seguir esperando, hasta que nuevas circunstancias diesen algunos indicios acerca del mejor partido que podía tomarse. Era posible que el viaje anunciado derramase alguna luz, y convenía aprovechar la ocasión.

Adoptada esta resolución, se aceptaron los acontecimientos, si no sin repugnancia, al menos con una buena voluntad aparente. Se tuvo la galantería de poner a disposición de las corporaciones sabias el precio de los asientos que les estaban reservados. Habiéndose ofrecido todos los ministros a emprender el viaje, fueron designados el de Obras publicas, el de la Guerra en su calidad de mariscal de Francia, y el de Marina, como almirante. Se organizó una pequeña banda militar que se compuso de doce músicos, la más ruidosa y la mejor posible, que ensayo trozos de música de carácter de triunfo. *El Moniteur* publicó una nota para dar a conocer estas disposiciones. La misma nota anunciaba que el gobierno pagaría los gastos, en las localidades en que la municipalidad no se brindase a sufragarlos, de una comida ofrecida a todos los viajeros al llegar a las ciudades indicadas como estaciones, de su alojamiento durante la noche y de su almuerzo al día siguiente.

Pero no fueron simples comidas lo que organizaron las municipalidades, sino verdaderas fiestas. Banquetes ofrecidos al

navegante aéreo, a sus compañeros de viaje y a las principales notabilidades de cada ciudad, seguida de bailes, iluminaciones, fuegos artificiales, hospedaje espléndido a los viajeros, nada se omitía en los programas. *El Universal* publicó un artículo en que el navegante aéreo declinaba los honores que se le ofrecían, dando por ellos las más expresivas gracias. Creería faltar a todos los respetos presentándose enmascarado en los banquetes y fiestas. Pero importaba mucho a la libertad de sus actos, al porvenir de su descubrimiento y a su país, que debía ser el primero que de él se aprovechara, guardar un riguroso incógnito hasta haber combinado, de acuerdo con el gobierno, importantes medidas. Creía, además, no exponerse a que sus compañeros de viaje desaprobasen su conducta, aceptando los agasajos en su nombre, y prefería mil veces los brindis que su persona había de ser objeto, los que se hicieran por el porvenir de su invención y la prosperidad de Francia que encontraría en su descubrimiento un nuevo manantial de prosperidad y grandeza.

En el mismo artículo, publicado el 8 de septiembre, se acusaba de no admitir mujeres para aquel primer viaje, al devolverles su dinero con gran sentimiento de todas ellas. Al mismo tiempo que tributaba el debido homenaje a la intrepidez con que se habían ofrecido a tomar parte en un experimento que si bien no presentaba ningún peligro, era una provocación a elementos desconocidos que nadie reta sin ser muy audaz, no quería exponerlas a las conmociones de un viaje tan rápido llevado a cabo por primera vez en el espacio. Quería que antes, por las relaciones de testigos oculares, supiesen lo que era semejante travesía. Tendría mucho gusto en admitir a las señoras que le honrasen con su presencia para el viaje siguiente que debía verificarse dentro de seis u ocho meses, pues todo este tiempo se necesitaba para construir un buque que pudiera contener quinientos pasajeros. Este sería un viaje al extranjero y probablemente alrededor del mundo.

El 10 de septiembre, a las nueve en punto, el buque aéreo con todos sus pasajeros se levantó lentamente por encima del cobertizo abierto del local en que había estado expuesto a la curiosidad pública. El capitán, montado en el pequeño aparato que servía al grande de complemento, había llegado, para enlazarlo con éste, diez minutos antes. Al llegar a unos cincuenta metros más arriba de

los tejados más altos, resonaron sucesivamente seis cañonazos. Después navegó el buque por encima de París con una lentitud majestuosa, poblando los aires de armonía la música militar a que contestaban los bravos de la muchedumbre. Los pasajeros contemplaban con admiración el espléndido espectáculo que se desplegaba bajo sus pies, extendiéndose por el horizonte dilatado. Pocos había entre ellos que hubiesen practicado ascensiones aerostáticas. Se navegaba lentamente, La rapidez no aumentó hasta que se dirigió el buque a diversos puntos de las afueras de París, pero por grande que fuese, era casi insensible para los viajeros. Cuando éstos contemplaban el espacio, veían al parecer moverse lentamente los objetos, a excepción de los que se hallaban muy cercanos. Además, el navegante aéreo procuraba variar todo lo posible la posición del buque para favorecer todas las observaciones. Ni un solo instante abandono su puesto para volar aisladamente, de lo que en su interior se alegraron totalmente, pues estando él allí se sentían más tranquilizados hasta los más intrépidos. Se sabía que el secreto no era conocido ni del conductor ni de sus dependientes. Cuando emprendió su marcha hacia Estrasburgo, se elevó considerablemente. Los viajeros experimentaron una viva sensación de frío, y pareció que el viento se desencadenaba furioso, pero que no se adelantaba nada. El imperceptible mecimiento causado al buque por su método de suspensión en la parte superior no tenía ni la más remota semejanza con el movimiento de un carruaje de muelles o ballestas ni con los balances de un buque en el mar, ni con la trepidación de los vagones en los ferrocarriles. Era casi la inmovilidad de una butaca en un gabinete. Al llegar a Estrasburgo, nadie sabía hacerse cargo de que se hubieran andado más de 2 kilómetros por minuto.

Eran las seis en punto. Se dispararon seis cañonazos. La banda militar tocó algunas marchas durante las evoluciones que se practicaron encima de la gente, de que parecía rebosar la gente que cubría todo el pavimento. Se descendió a los jardines de la prefectura. Apenas el buque tocó la tierra, los dos dependientes se dirigieron a las escalas de cuerda y desataron las amarras que sujetaban el pequeño aparato superior, el cual subió rápidamente por los aires llevándose al capitán. No se sabe qué disposiciones había tomado para comer y hospedarse, y no se le volvió a ver hasta

el día siguiente, diez minutos antes del embarque.

En todas partes las fiestas fueron brillantes y el entusiasmo llegó a su colmo. La multitud se agolpaba alrededor de los viajeros, y se consideraba dichoso el que podía oír de su boca algunos pormenores de sus observaciones. En Estrasburgo, después del banquete, los ministros de la Guerra y de Marina tomaban café con el prefecto en medio de un grupo:

—Mi querido almirante, —dijo el primero al segundo—, podemos felicitarnos de que este acontecimiento no sobreviniese veinte años antes, pues de otra suerte ni vos ni yo tendríamos el bastón de mando.

—En cuanto a mí, tal vez, —respondió el almirante—, porque voy viendo que dentro de poco nuestras cáscaras de nuez sólo servirán para hacer leña y nuestras velas se destinarán a envolver fardos. Pero si la marina ha muerto, la artillería sigue viviendo.

—¿Quién sabe? —replicó el mariscal—. Además yo no soy artillero, sino ingeniero. Fortificad plazas de guerra contra aparatos que os enviarán los proyectiles en forma de granizo. Desafío al mismo Vauban a que haga ahora una demostración de la plaza ideal ¿Que opina acerca del particular el señor ingeniero en jefe?

La interpelación se dirigía a uno de los pasajeros, director de una compañía de ferrocarriles.

—Soy de parecer, —respondió—, que nuestros accionistas están arruinados.

—Y los directores de los ferrocarriles van a ser tan inútiles como los capitanes de viajes transatlánticos.

—¡Oh! eso me tiene sin cuidado. Necesidad habrá siempre de alguno para fabricar y gobernar estas máquinas, como la hay ahora de fabricar locomotoras y gobernar buques. ¿Sabéis cuál es la gente de la cual en lo sucesivo no se sabrá qué hacer?

—Los gendarmes, —respondió el prefecto.

—A no ser, —observó el académico—, que se les envíe por los aires a perseguir malhechores, como Geronte quería que se hiciese justicia en el mar.

—Los ladrones volarán y los gendarmes también, —se permitió decir un estudiante bohemio que había ganado su billete a la suerte, gracias a 5 francos que puso con otros en la rifa que se abrió al efecto.

—Otros habrá más inútiles que los gendarmes, —replico el ingeniero jefe.

—¿Quiénes son esos otros? —pregunto el prefecto.

—Preguntádselo a uno de vuestros convidados, a un inspector de aduanas que está, según creo, en la pieza inmediata.

—Pues bien, —exclamó el economista—, ¡viva el libre cambio!

A eso de las cinco se desencadenó entre Nantes y Burdeos un huracán espantoso. Los ánimos estaban intranquilos, sobre todo después de una observación del físico, miembro del Instituto, sobre la materia con que se había construido el buque, casi todo de metal. Mucho riesgo se corría de atraer algún rayo en medio de las nubes cargadas de electricidad, parecidas a densas nieblas, que envolvían a los pasajeros. El conductor dio a éstos aviso de que se colocasen alrededor del portavoz para oír una explicación del capitán. Este les manifestó que no debía la tempestad inspirarles la menor zozobra, en atención a que el aparato había recibido una especie de cimentación, cuyo secreto él sólo poseía, que le daba tanta energía para rechazar la electricidad como la que tiene el hierro ordinario para atraerla. Más adelante debía revelar este secreto al mismo tiempo que los procedimientos de locomoción. Poco comprendieron de aquella explicación los viajeros, y a pesar de la fe que tenían en un hombre que tantas maravillas había producido, estuvieron todos muy contentos de verse una hora después guarecidos en Burdeos en la casa del ayuntamiento.

Las observaciones particulares de los pasajeros no les permitieron formar conjetura alguna acerca de los procedimientos de locomoción y de la persona del inventor. Se calculó exactamente la velocidad media, que era de treinta y cinco leguas por hora, un poco más de la mitad de la que había podido alcanzar el navegante aéreo en su primera vuelta alrededor de Francia y el doble próximamente de la gran velocidad ordinaria de los ferrocarriles. Era una velocidad enorme, y, sin embargo, no era el máximo de lo que podía obtenerse.

*El Universal*, cuyo principal redactor y cuyo administrador habían obtenido gratuitamente dos asientos que tenían muy merecidos, publicó una serie de artículos cuyo conjunto venía a ser una memoria circunstanciada de aquel viaje, que se podía considerar como un experimento decisivo. La prueba estaba hecha

de la manera más irrecusable, Sólo faltaba estudiar las consecuencias probables de aquel descubrimiento, y *El Universal* anunció que iba a emprender este estudio por su cuenta y sin la intervención del navegante aéreo. Solicitó con ahínco de la autoridad, de las corporaciones sabias y de todos los pasajeros que publicasen sus observaciones, y suplicó a todos los publicistas que procurasen profundizar la cuestión durante los seis u ocho meses que debía transcurrir antes del gran viaje anunciado. El inventor aguardaba, para poner al publico en aptitud de sacar partido de su descubrimiento, que se hubiese calculado las consecuencias que de él debían resultar, y que el gobierno le diese a conocer las medidas que se le ocurriese adoptar para impedir que un gran bien se transformase en un gran mal, y para que la Francia hallase en la nueva invención un nuevo manantial de superioridad sobre todas las naciones rivales.

Para facilitar estos estudios, *El Universal* sugirió algunos datos transmitidos por el inventor. Los órganos de locomoción de que se valía para viajar aisladamente por los aires, le habían costado 5.000 francos, pero calculaba que podrían llegar a fabricarse con 1.000 o con 1.200 francos. Su eficacia debía durar un centenar de años, sin ningún gasto de conservación.

El buque aéreo le había costado 42.000 francos y los órganos de locomoción 20.000 francos, lo que formaba una suma total de 62.000 francos, que se reduciría a menos de 40.000, cuando, haciéndose usual, la fabricación se hubiese perfeccionado. La duración del aparato podía considerarse como indefinida, sin necesitar más gastos que algunos de conservación muy insignificantes. Estas ganancias aumentarían con las dimensiones del buque, aunque en una proporción menor.

La locomoción, propiamente dicha, no costaba absolutamente nada, porque el aparato funcionaba en virtud de una eficacia propia.

La velocidad podía exceder en mucho a todas las velocidades de vehículos conocidos. Pudiera decirse que no tenía más límite que las exigencias de la organización humana, a lo cual no es dado traspasar cierto grado de velocidad en la atmósfera. A la medicina y a la experiencia correspondía fijar con exactitud este grado. Admitiendo que un buque aéreo construido para quinientos

pasajeros cuesta 100.000 francos, nada más fácil que hacerle recorrer 1.200 kilómetros por día sin contar las noches. Con sólo hacer pagar a cada viajero un céntimo por kilómetro, resulta, sin contar los transportes de bagajes y mercaderías, una ganancia de 5.500 francos diarios o 2.000.000 de francos anuales. Con un personal pródigamente retribuido, señalando, por ejemplo, 40.000 francos al capitán, 20.000 al conductor y 50.000 a cinco dependientes, queda un beneficio neto de 20.000 anuales, después de separar 80.000 francos para gastos de conservación, contabilidad y embarcadero, y para pagar los intereses del capital y amortizarlo. El propietario de diez buques se embolsaría anualmente 2.000.000, y los viajeros pagarían ocho o diez veces menos que en ferrocarril, para ir dos, tres o cuatro veces más deprisa, sin ningún peligro de descarrilamiento, naufragios u otros accidentes.

Por último, el procedimiento podría aplicarse, como motor, a todas las máquinas posibles y hacerlas mover, sin más gastos que los de instalación, resultando una revolución industrial que aumentaría el bienestar general con la disminución del precio de fábrica de todo, sin hablar de los centenares de millones de beneficios que podría procurar al inventor.

## Capítulo X

### POLÉMICA

NO había necesidad de las excitaciones de *El Universal* para que se publicasen sendas reflexiones sobre el inaudito descubrimiento. Los comentarios abundaron desde la manifestación primera, y se multiplicaron, como era natural, a cada nuevo experimento. Con ello se mezcló la poesía. El obelisco de Luxor, monumento único en el mundo, simbolizando a la vez el pasado más remoto y el porvenir con su más magníficas perspectivas, se convirtió en un tema clásico de odas y de himnos. Se organizó una especie de agitación para exigir que su pedestal fuese reemplazado por otro, en que se grabase la memoria del inmortal acontecimiento del 1º de junio, fecha desde entonces la más memorable. Se publicaron sobre la cuestión del día algunas obras notables y muchas insoportables estupideces. Los folletos y los periódicos reflejaban generalmente el entusiasmo y la admiración del público, con que, sin embargo, se mezclaba una especie de oposición sorda que la reflexión acrecía y que los poderosos intereses que se sentían comprometidos fomentaban bajo mano.

La ruina de los ferrocarriles era un hecho realizado. Los millones de millones invertidos en tan gigantescas empresas se desvanecían como por encanto, arruinaban a los accionistas, dejaban sin pan ejércitos de empleados, escalaban las posesiones de sus altos funcionarios, ponían fuera de combate un inmenso material y envolvían en la atmósfera cien industrias accesorias.

Otro tanto puede decirse de la marina mercante y de todas las artes que a ella se refieren. No había un armador ni un constructor de buques que no presintiese su ruina. Análogos temores experimentaban todas las empresas de transporte, terrestres

fluviales y marítimas. También la marina del Estado iba a quedar repentinamente anclada, y sus oficiales y marineros, perdiendo su razón de ser, se quedaban sin carrera. No les quedaba otro recurso que dedicarse ellos también a la navegación aérea, que requería un personal mucho más restringido, o recibir del Estado un sueldo parecido a una limosna, sin esperanza de ascensos, en lo sucesivo imposibles. Tampoco se construirían más carreteras ni puentes, bastando unas cuantas sendas de mala muerte para los peatones; ni se abrirían canales, como no fuesen de riego; ni habría puertos de mar, puesto que no había marina. Se abolirían completamente los ingenieros de puentes y calzadas, y los vigilantes, y los peones camineros, y los destajistas y contratistas. El carbón de piedra no se usaría ya más que para combustible, y la industria carbonífera desaparecería. Veríanse seriamente amenazados los cocheros, los caleseros, los carreteros y hasta los traficantes y domadores de caballos.

El comercio del mundo iba a experimentar una transformación brutal. Tal vez a la larga el inmenso desarrollo que tomase sería un beneficio. Pero entretanto, se iban a alterar todas las relaciones, a deshacerse todos los centros mercantiles, a abolirse de hecho todas las aduanas y portazgos, lo que, de paso, mataba una infinidad de industrias, incapaces de resistir una exageración semejante del libre cambio, comprometía las rentas de los Estados y de las ciudades y suprimía los medios de subsistencia de numerosos empleados, sin hablar de otra revolución industrial que produciría el uso para las máquinas de una nueva fuerza motriz que arruinaría todas las fábricas existentes. En resumen, el comercio y la industria, tales como estaban constituidos, quedarían desde luego completamente arruinados para mayor bien de la posteridad, a menos que no fuese para su mayor mal.

Y no era solamente los intereses materiales los que tendían a coaligarse contra la invención. Los partidos políticos la miraban con malos ojos. En un principio los liberales la aplaudieron con entusiasmo. ¿No traía acaso al mundo aquella invención la libertad, toda la libertad la libertad absoluta, sin cortapisas posibles? Pero no tardaron en preguntarse si eso podría ser también un instrumento de tiranía. Los pueblos no pueden pasar la vida en el aire para sustraerse a los desmanes de los déspotas, los cuales podrían

organizar ejércitos aéreos y absorber en su provecho, por medio de leyes rigurosas sancionadas por penas severas, el monopolio del nuevo género de locomoción. La actitud tomada por el inventor contribuía a hacer prevalecer sobre la simpatía la antipatía y la desconfianza. No había hablado de la autoridad sino con deferencia de mal agüero. Parecía estar pronto a entregar su secreto al gobierno luego que éste hubiese tornado las medidas necesarias para asegurarse el monopolio. No se veía que se preocupase mucho de volver su invención favorable a la libertad del mundo.

Temores en sentido opuesto mantenían perplejos a los gubernamentalistas y al gobierno. Pero entre los partidarios del principio de autoridad, los había que no titubeaban en considerar la invención como una inspiración satánica, próxima a desencadenar en el mundo el mayor desorden, y que merecía, por lo tanto, se fulminase contra ella toda la reprobación divina y humana.

Compréndese que se trata de cierto catolicismo, tal como en aquella época lejana lo comprendieron algunos. Podía admitirse en rigor que los gobiernos y las sociedades hallarían, aunque con grandes dificultades, medios de ponerse a cubierto de la anarquía material del desorden exterior. Pero las sanas doctrinas serían de todo punto impotentes para librarse de una anarquía intelectual mucho más temible. La libertad de pensar, la libertad de escribir, la libertad de propaganda y todas las libertades, diabólicas a cual más, tenían un instrumento invencible. La imprenta no había hecho la décima parte del mal que iba a producir la locomoción aérea. Bien o mal, había sido posible defenderse contra la imprenta, en tanto que subsistieron fronteras y la policía fue posible. ¿Cómo defenderse contra el libre cambio de ideas funcionando en el espacio con más holgura aún que el libre cambio de mercancías? La congregación del Índice, la Inquisición, la represión de los delitos de imprenta, los reglamentos contra la metralla. ¿De qué servirá anatematizar las libertades vomitadas por el infierno? Tanto valiera anatematizar la libertad de andar, teniendo el hombre piernas. La fuerza de las cosas prevalecería sobre las excomuniones más solemnes, y la religión estaba perdida, a no ser que el navegante aéreo fuese el Anticristo en persona y que su invención anunciase el fin del mundo, lo que no hubiera sorprendido a nadie.

Los clericales estaban tanto más dispuestos a abandonarse a la

idea de que el inventor anónimo era un descreído, cuanto que habían observado ciertas circunstancias extraordinarias al trasluz del prisma de la prevención. Sin ninguna necesidad había escogido siempre el domingo para sus ensayos públicos, lo que era una prueba evidente de que no sólo dejaba él de cumplir los deberes religiosos, sino que inducía a la multitud a que tampoco los cumpliera. Y precisamente en aquel año cayó el primero de junio, que era el día de la manifestación, en fiesta de Pentecostés, a la cual ni siquiera hizo alusión en su anuncio. No había solicitado para su buque las bendiciones de la Iglesia, ni reservado asiento alguno a sus dignatarios, como los había reservado para la autoridad, la ciencia y hasta al periodismo. Era mal interpretada hasta la franqueza y falta de aprensión, consideradas irrespetuosas para un lugar santo, con que se había sentado, fumando un cigarro, en uno de los pararrayos de Nuestra Señora. Evidentemente aquel hombre era un librepensador, y no se debía vacilar en condenarle como un enemigo y en ver en su descubrimiento un azote.

A todo lo dicho se añadían ciertos sentimientos que no era decente confesar y que no se confesaban, pero que sordamente contribuían no poco a las diferentes causas de antipatía y recelo. La generalidad se resentía del incógnito guardado por el inventor. Decíase de él que coqueteaba con la gloria como una mujer hermosa con el amor, y que regateaba demasiado sus revelaciones. Odiábasele porque no se había podido sorprender su secreto, no obstante las encarnizadas investigaciones a que se dedicaban con más o menos misterio los sabios, los inventores y los más prácticos industriales. Humillaba a todos la insoportable superioridad de aquel desconocido. Tanto poder en un hombre, que tenía solo en sus manos los destinos del mundo, pasaba como una usurpación. No había en la tierra un solo personaje cuya importancia no fuese eclipsada por la suya, él sólo absorbía la atención del universo entero.

A pesar de todo, no hubo bastante audacia para retar abiertamente el sentimiento del público, cuya admiración se sobreponía a todas las consideraciones. Los espectáculos de que había sido testigo le habían causado una impresión demasiado profunda. Se procedió por insinuaciones. Las consecuencias probables de la invención se estudiaron bajo todos los aspectos, y

no fue posible desconocer su grandeza. Hubo que limitarse a acumular los sí y los pero, las objeciones y las reticencias. Con la admiración pública se mezcló un verdadero terror. Cuando más se reflexionaba en aquella maravilla, más imposible parecía adivinar por qué nuevas vías iba a precipitarse el mundo. ¿No correría a su pérdida? ¿No iba a empezar de nuevo el reinado de la violencia, cien veces peor que en los peores días de la edad media? ¿No se hallaba la humanidad en vísperas de zozobrar en el caos?

El navegante aéreo no tomó parte alguna en la polémica. Pero *El Universal*, cuyos redactores se hallaban animados de una fe profunda, hizo frente con la mayor resolución a los adversarios más o menos declarados del gran descubrimiento. Descubrió los intereses ocultos que intentaban batirlo en brecha. Atrajo a su causa la mayor parte de liberales, demostrándoles que de la nueva invención no podía resultar más que el progreso y que no había poder en el mundo capaz de confiscarla en su provecho cuando se habría divulgado. Obligo a los ultraclericales a declararse abiertamente sus adversarios y a exponer sus razones, que fueron acogidas con un favor muy mediano. Probó que la guerra se haría imposible; que las naciones penetrarían la una en la otra hasta el punto de no formar más que un solo pueblo; que repartiéndose las riquezas propias de cada país por toda la superficie del globo, la facilidad de emigrar a vastos territorios incultos y fecundos extinguiría el pauperismo y aumentaría el bienestar general, al mismo tiempo que la difusión de las luces, el comercio de ideas, suprimiría en todas partes la ignorancia y la barbarie. Contra todos proclamó, sostuvo y defendió a brazo partido el siguiente axioma: El mal no ha salido nunca del bien, ni un desastre de un progreso, ni una catástrofe de una invención. Por el solo hecho, decía, de haber Dios inspirado al hombre la idea de un gran descubrimiento, debemos aceptarla con tanta fe como gratitud, bien persuadidos de que está en los destinos de la humanidad y de que todo progreso es para ella un nuevo manantial de prosperidad y bienandanza.

Uno de sus artículos recibió una respuesta de las más extrañas que puedan imaginarse. Emanaba de un periódico que tenía por redactor principal el hombre más excéntrico de toda la prensa parisiense; trataba todas las cuestiones por el lado paradójico, y sostenía, con gran contentamiento del público, las tesis más

absurdas. Verdad es que nunca se conquistó un adepto, pero se deslizaba con tal destreza por debajo de la refutación, que era siempre el que cerraba las polémicas y tenía siempre a su favor la gente que ríe. He aquí el artículo que publicó sobre la locomoción aérea:

## Capítulo XI

### PARADOJA

LA locomoción aérea no existe.

No existe, porque es imposible que exista.

No se me diga que se ha visto al navegante aéreo y su buque. No es ésta la cuestión.

Yo también los he visto. Pero esto no es más que un hecho, ¿y que es un hecho?

NADA.

¿Qué es la lógica?

TODO.

Y la lógica va siempre de un punto de partida a un punto de llegada.

El punto de partida es que el hombre, no teniendo alas, no ha sido creado para volar.

El punto de llegada es que la locomoción aérea NO EXISTE.

Cuanto han buscado medios para dirigir los globos han sido unos insensatos, o al menos gentes que no raciocinaban.

Si hubiesen raciocinado, no se hubieran devanado los sesos buscando una cosa que se puede demostrar *a priori* que no se ha de encontrar.

Y para esto no se necesitan siquiera demostraciones científicas.

La ciencia dice, y repite con ella el más simple buen sentido mecánico, que la impulsión que se ha de dar a los vehículos aéreos necesita una fuerza que no guarda proporción con la que el hombre puede llevar a los aires.

Matemáticamente se puede decir:

La fuerza motriz debe ser al vehículo, llámese globo o como se quiera, lo que es la fuerza reunida de las dos alas al pájaro, el cual

no volaría con una sola.

La fuerza dinámica del pájaro se ha medido: se halla en la proporción de la de un caballo de vapor por cada 5 kilogramos de peso.

Calcúlese el número de fuerzas de caballo que debería producir la máquina para mover remontándose un vehículo en el aire y el peso y la resistencia del medio en que se agita, tanto mayor ésta cuanto más el vehículo haya ganado en superficie lo que haya perdido en peso.

Se llega a lo imposible.

Y aumenta este imposible la necesidad de dar al vehículo dimensiones suficientes para llevar la máquina con su provisión de agua y de combustible.

En cuanto a suprimir el motor y a buscarlo en la acción del aire mismo, en el cual no hay punto de apoyo, es simplemente una majadería.

Pero éstas son demostraciones de la ciencia y del buen sentido. Ni necesidad tengo de ellas.

Se me dirá que se aplican A las globos y a las máquinas de vapor y que el navegante aéreo se mueve sin máquina de vapor ni globo.

Respondo que *a priori* esta demostrado que la locomoción aérea es imposible.

El hombre se halla sujeto a la tierra por su conformación. Puede inventar procedimientos de locomoción que no le hagan dejar la tierra, pero no otros.

Si tiene buques, se debe a que está conformado de modo que puede nadar.

En cuanto a moverse en el aire, no está en su conformación, y por consiguiente no está en su destino.

La prueba está en que si la locomoción aérea existiese, las condiciones de la existencia humana serían necesariamente distintas de lo que son.

Y estas condiciones no pueden variar.

De consiguiente la locomoción aérea NO EXISTE.

Se ha demostrado que con ella no habría fronteras. Las fronteras son tal vez un mal, pero un mal necesario. El hombre, siendo sociable, tiene necesidad de agruparse. De aquí las naciones. Sin naciones no hay humanidad.

Ni habría tampoco gobierno. Y preciso es que el hombre sea gobernado. La ley es tal vez sensible, pero es una ley esencial y constitutiva de la humanidad civilizada.

Tampoco habría policía. Vendría el absoluto reinado de la violencia. Todo sería del más fuerte.

La fuga sería el único recurso del débil. ¿Pero qué sería entonces del trabajo? El trabajo es incompatible con la fuga perpetua.

Y sin trabajo no es posible la existencia humana, así como sin policía no es posible la existencia social.

Ni el débil ni el fuerte trabajarían porque vendría siempre otro más fuerte para arrebatárles el fruto de su trabajo.

El hombre se convertirla en ave de rapiña.

Faltarían, pues, las condiciones más esenciales de toda existencia social: EL TRABAJO Y LA PROTECCIÓN.

Diga *El Universal*: ¿cómo nos defenderíamos del bandolerismo? Nos va a presentar el cuadro de una gendarmería por los aires y casas con ventanas enrejadas, guarnecidas con una formidable artillería, a no ser que se abran a cincuenta pies bajo tierra.

¿Semejante género de arquitectura está en el destino humano?

Y aún así, difícil será a la gendarmería volante y a la fortificación de las haciendas impedir que se robe un buey en Normandía para ir a asarlo en América.

La policía de los mares no es ya una cosa fácil.

Se han necesitado siglos para hacer frente a la piratería y a la trata de negros.

Y no se ha conseguido completamente el objeto.

Y la policía de los mares no es, sin embargo más que difícil.

La policía de los aires sería absolutamente imposible.

¿Cómo impediría *El Universal* que una bandada de filibusteros llegase una noche de la China o de la Plata e impusiese a la primera ciudad que se le antojase una contribución onerosa, so pena de bombardeo inmediato?

¿Cómo impediría que los traficantes de esclavos arrebatasen negros en las costas de África y blancos en las costas de Provenza?

Con la locomoción aérea habría necesidad de un monstruoso baturrillo de leyes draconianas y de una organización de fuerzas públicas de que no es posible formarse idea, y aún así serían impotentes.

No habría, pues, libertad. Y la libertad es también una condición esencial de la existencia humana.

¿*El Universal* sería capaz de creer que con una facilidad de locomoción tan disolvente, subsistiría mucho tiempo algún vestigio de matrimonio, de familia, de hogar, y de las pocas virtudes domésticas que nos quedan?

Bien pronto el hombre no sería más que un macho y la mujer no sería más que una hembra, y la especie humana, impotente para echar raíces en tierra, sin familia, sin propiedad, sin más ley que la fuerza, retrogradaría a paso de carga hacia la BESTIALIDAD.

Otros han enumerado todas las consecuencias, ciertas o probables, de la locomoción aérea, y de ellas han concluido que se nos preparaba un porvenir espléndido según unos, temible según otros, y que, en concepto de todos, debe transformar el mundo.

Las premisas son exactas. No lo es la conclusión.

Este porvenir, espléndido si se quiere, traspasaría los destinos del hombre, a quien le es tan posible transformar las condiciones de su existencia como robar el fuego del cielo.

Este porvenir, terrible en mi opinión, acarrearía el cataclismo final de la humanidad.

Todas las consecuencias de la locomoción aérea, que están previstas o es posible prever, se hallan en contradicción manifiesta con las condiciones fundamentales de toda civilización, y la CREACIÓN no sufre CONTRADICCIONES.

Admite el progreso, pero en el sentido del desarrollo de lo que ella ha creado.

No admite el progreso en un sentido contradictorio.

La conclusión que hay que sacar de las premisas no está, pues, en la investigación de las consecuencias que produciría la locomoción aérea.

La conclusión es que la locomoción NO EXISTE.

El destino humano tiene límites que el hombre no puede traspasar.

Hay un punto en que las condiciones de la existencia humana dicen al genio del hombre: *Non plus ultra*.

Convengo en que este punto está indeterminado.

Pero sostengo que la locomoción aérea está colocada más allá.

Conozco la objeción vulgar:

«¿Que hubiera dicho un ateniense, aún en el siglo de Pericles, a quien hubiesen afirmado que había de llegar un día en que andarían coches sin caballos, con una velocidad de veinte leguas por hora?

»¿Qué habría dicho un sabio de la Edad Media, a quien hubiera afirmado que había de llegar un día en que los hombres en unos cuantos minutos se pondrían en correspondencia del uno al otro extremo del mundo?

»¿Qué habría dicho Rafael o Andrés del Sarto, si se les hubiese afirmado que había de llegar un día en que se ejecutarían por si solos retratos y paisajes, siendo el pintor nuestro astro sol?».

Respondo a los que así se expresan tratándose de la locomoción aérea, que no se han dado cuenta de la distancia INFINITA que separa la importancia de este descubrimiento de la de todos juntos los descubrimientos precedentes, incluidos el de la pólvora, el de la imprenta, el de la brújula, el del vapor, el de la electricidad, y hasta el de los Montgolfier.

Creo en los progresos, hasta en los indefinidos, de la ciencia médica.

No creo sin embargo que lleguen nunca a hacer al hombre inmortal.

Creo en los progresos, hasta en los indefinidos, de las ciencias industriales.

No creo que lleguen jamás a hacer de un hombre un pájaro.

Los antiguos habían instintivamente comprendido y poéticamente expresado esta imposibilidad por medio de la fábula de Ícaro.

Pero yo predigo que no se volverá a hablar más del navegante aéreo, porque no ha hecho más que SOÑAR, y todo el mundo ha soñado como él.

Si se atreve a reaparecer, será arrastrado al espacio con su secreto, sin que nadie vuelva a encontrarlo porque no puede existir y, por consiguiente, no existe.

EL HECHO NO ES NADA.

LA LÓGICA LO ES TODO.

## Capítulo XII

### EL VIAJE ALREDEDOR DEL MUNDO

EL precedente artículo presenta, como se ve, la más extraña amalgama de absurdos, de buen sentido, de lógica, de paradoja, de errores, de verdades y de contradicciones. Tal como es, sin la ridícula negación de un hecho que todo el mundo había presenciado, habría podido pasar como todos los salidos de la misma pluma, y hasta dar qué reflexionar a muchas gentes, que no habrían tal vez encontrado su tesis enteramente fuera de razón. Pero estaban tan patentemente desmentido por el hecho, que resultaba ser todo él un absurdo, y *El Universal* ni siquiera se tomó la molestia de hacerle caso. No contestó nada. En cuanto al gobierno, no había tomado la menor parte en la polémica y la dejó desenvolverse libremente, comprendiendo que se aclararía tanto más cuanto mayor fuese la libertad con que se discutiese.

En el fondo estaba muy perplejo.

A la sazón se hallaba a su frente, sin que sea necesario decir que le daba su forma, un hombre a quien no embriagaba su posición, pues no había ambicionado el poder, que, por la sencillez de sus gustos, era para él una carga de que de buena gana se hubiera desprendido. Pero, aunque liberal por temperamento, se había formado del poder una idea que le era propia. Lo consideraba como un depósito que no le era lícito amenguar ni aun en provecho de las ideas que le eran más simpáticas. Simple ciudadano, habría podido reclamar con más o menos insistencia tales o cuales concesiones. Jefe del Estado, sus ideas eran inmutables, y el ejercicio de la autoridad no tenía para él nada de seductor. Pero creía que en conciencia su responsabilidad estaba empeñada en no ceder en lo más mínimo. Figurémonos un Washington, depositario del poder

del Gran Turco, que hubiese jurado transmitirlo intacto a los que vinieron tras él. Liberal por sentimiento y por ideas, trataba casi a la libertad como si fuera su enemiga.

Y se preguntaba lo que sería para el poder la invención nueva.

Era evidente que si se vulgarizaba, sin tomar de antemano ninguna precaución, el poder no solamente quedaba debilitado, sino suprimido.

Ni había que pensar tampoco en que la invención dejase de adquirir todo su desarrollo. Por de pronto, no tenía en sus manos al inventor, y aunque se hubiera apoderado de él, no podía asesinarle para matar con él su secreto. Demasiado habría tomado el mismo inventor sus precauciones para que, si le sorprendía la muerte, su secreto no se encerrase en su tumba.

No quedaba más que un partido: comprar el secreto, y reservarse su monopolio.

Pero no era la cosa de fácil ejecución.

En la hipótesis, muy arbitraria por cierto, de que el gobierno llegara a entenderse con el inventor acerca de las condiciones de la cesión, fuerza era que entrasen en la confidencia cierto número de personas. Se necesitaba al menos dar a conocer el procedimiento a cualquiera a quien se confiriese el mando del buque aérea. Por más que se escogiesen hombres probos, exigiéndoles los más solemnes juramentos, un secreto de Estado que tuviese cierto número de confidentes había de ser necesariamente divulgado a pesar suyo.

¿No era además probable que algún nuevo inventor hallase al fin lo que había hallado el primero?

La vulgarización parecía inevitable, a no ser que se imprimiese el descubrimiento mismo, lo que se reconoció imposible. Y la vulgarización era el trastorno de toda organización social y la supresión de todo gobierno.

¿Se podría siquiera combinar una serie de leyes bastante eficaces para evitar las terribles consecuencias que todo el mundo había indicado? No era fácil. Las leyes no alcanzarían fácilmente a hombres provistos de un medio de evasión tan poderosos.

¿Y cómo librarse de las invasiones de extranjeros que podían llegar inopinadamente de los países más lejanos para conquistar la nación francesa, o al menos saquearla y desaparecer en seguida? ¿Habría precisión de crear innumerables ejércitos aéreos para

defenderse, y volver a los países extranjeros los males que de ellos se hubiesen recibido.

No se veían más que imposibilidades en todas partes.

Se concluyó por donde tal vez se habría debido empezar. Se resolvió ponerse en relación con el navegante aéreo e informarse de las medidas que él tendría probablemente que proponer para que su descubrimiento no llegase a ser una calamidad publica, sino que, al contrario, fuese un beneficio para el mundo y en particular para Francia.

No detenía al gobierno más que una cuestión de fórmula y de dignidad gubernativa. Le repugnaba dar el primer paso y sobre todo entrar en tratos con un desconocido. Escribió a éste, por conducto de las oficinas de *El Universal*, diciéndole que en el caso de quererse dar a conocer al gobierno, el cual le prometía el secreto, se recibirían las comunicaciones que tuviese a bien dirigirle.

El inventor contesto inmediatamente en una carta sumamente atenta en la forma, pero que en el fondo, no obstante los más hábiles circunloquios epistolares, era activa y hasta impertinente. No había llegado aún el momento de darse a conocer, pero estaba dispuesto, ya que el gobierno lo deseaba, a ponerse en comunicación con él conservando el incógnito. Ofreció prestarse a enviar y recibir correspondencias por conducto de *El Universal*, o por un buzón análogo, adaptado a la chimenea que el gobierno mandase preparar al efecto en alguno de los edificios del Estado. Creía que la autoridad estaba sumamente interesada en combinar las medidas que se le hubiesen ocurrido para proporcionárselas, y él se obligaba a examinarlas con toda la asiduidad que mereciesen, deseoso de que redundara en beneficio del público el incalculable poder que se hallaba en sus manos, y de probar al gobierno toda su deferencia y su respeto.

Estaban trocados los papeles. El desconocido se erigió en protector, dejando al gobierno el papel de protegido. No había que hacerse ilusiones acerca de su pretensión de tratar de potencia a potencia, y hasta de potencia superior a potencia inferior. Afortunadamente, eran sus formas, como se ha dicho, tan políticas que, sin sacrificar las apariencias de la dignidad, el gobierno se pudo someter a su ley afectando imponérsela. Hubo que resignarse a una situación impuesta por la fuerza de las circunstancias,

dominando todos los resentimientos del amor propio. El gobierno le escribió que consentía en otorgarle el modo de correspondencia que solicitaba, y que estaba pronto a examinar las peticiones de indemnización que formulase para la comunicación de sus procedimientos.

X. Nagrien respondió que no era la cuestión de indemnización la más urgente, y suplicaba que se la examinase más adelante, limitándose a dar sobre este punto algunas indicaciones de que sería fácil hacerse cargo en ocasión oportuna. Su invención, si le convenía explotarla, podía procurarle beneficios casi indefinidos. Podía establecer un comercio inmenso y lucrativo con las partes inexploradas de África, con el Oriente, con las regiones auríferas y con otros países lejanos. Podía dedicarse al contrabando. Podía transportar viajeros y mercancías. Los 65.000.000 a que subió en algunos días la suscripción de los que pidieron asiento para el viaje alrededor de Francia, mostraban cuanto podrían producir otros viajes análogos o al extranjero. Dando a su invención otras aplicaciones, podía arrendar a los industriales fuerzas motrices. Le era fácil ganar centenares de millones. Ya por el buzón de *El Universal* le habían llegado ofrecimientos considerables. Una casa de banca, al pedirle que fijase una cantidad que sirviese de tipo, declaró que, sin comprometerse de antemano a aceptarla, la tomaría en consideración y la discutiría, aunque pasase de 100 o 150 millones. Su invención, explotándola él mismo, representaba 800 o 900 millones, y tal vez millares de millones. Estaba seguro de que, cuando él quisiera, Inglaterra o los Estados Unidos le darían 500 o 600 millones. Pero no tenía prisa alguna por recoger los beneficios que podía realizar cuando bien le pareciese. Su principal deseo era que Francia se enriqueciese con su descubrimiento, y se consideraría suficientemente indemnizado con una recompensa nacional reducida a proporciones mucho más modestas, 150 o 200 millones. No era, pues, la ganancia lo que le preocupaba. Lo principal era examinar las medidas que podrían adoptarse para la práctica de su descubrimiento, y suplicaba al gobierno que acerca del particular le comunicase sus combinaciones.

Al pronto causaron sorpresa las cantidades indicadas por el navegante aéreo. Pero luego, reflexionando acerca de ellas, no parecieron exageradas. Por lo demás, el gobierno se veía muy

apurado para emitir ideas de que carecía respecto a la solución del insoluble problema. Costábale mucho insistir por obtener inspiraciones del inventor de que éste tal vez carecía también, puesto que no tomaba la iniciativa como era de esperar. El gobierno le escribió que la cuestión estaba en estudio y que le comunicaría las resoluciones que se adoptasen. Tomóse en efecto el partido de estudiar formalmente la cuestión, con la esperanza de llegar a descubrir al fin alguna combinación practicable.

X. Nagrien respondió que, siendo así, iba a emprender su gran viaje, cuya duración no sería muy larga, y que a su regreso podrían proseguirse las comunicaciones. Para los estudios que se iban a empezar indicó un elemento útil. Era posible formar capitanes hábiles para la maniobra del buque sin iniciarles en el secreto de los procedimientos de locomoción. Así pensaba el proceder en el caso de que, no consiguiendo el gobierno proporcionarle medidas convenientes para poner en práctica su descubrimiento, se decidiese a explotarlo por si mismo.

Habían llegado los últimos días de mayo. La partida para el viaje alrededor del mundo estaba fijada para el 1º de junio, primer aniversario de la manifestación con que el inventor había asombrado al publico. Los viajeros, prevenidos con mucha anticipación, habían llegado de todos los puntos del universo. Un nuevo buque con almacenes, salones, cámaras y dependencias de todo género, se había construido a poca diferencia sobre el plano del primero, en proporciones suficientes para transportar quinientos pasajeros, rodeándolos ingeniosamente de todas las comodidades. No faltaban provisiones, ni armas, ni instrumentos para las observaciones científicas, ni precauciones contra la intemperie. Tratábase nada menos que de visitar todas las capitales de Europa, atravesar los mares, penetrar en las regiones inexploradas, presentarse a las tribus salvajes, que quedarían mucho más atónitas ante aquella aparición que los indios al aspecto de los primeros buques que vieron llegar de Europa.

Se había organizado una fiesta nacional para el gran día de la partida, habiéndose puesto para el embarque a disposición del navegante aéreo el patio reservado de los Inválidos. Al mediodía se elevó el buque empavesado, al son de músicas y entre las aclamaciones de los pasajeros, estrepitosamente contestadas por la

muchedumbre, y entre los estampidos de su artillería que respondía al cañón de los Inválidos. Atravesó la explanada remontó el curso del Sena hasta el puente de Austerlitz, a igual distancia de los dos muelles, se elevó más y más alejándose hacia el Oriente, y se le distinguió mucho tiempo como un punto negro antes de desvanecerse en el espacio.

Entre las cartas que la administración de correos tenía separadas para inutilizarlas, por no haber ido nadie a recogerlas, se encontró un día una dirigida al redactor principal de *El Universal*, periódico que no existía. Dicha carta, cuya firma omitiremos por discreción, estaba concebida en los siguientes términos:

«Sólo vos podréis y querréis burlar el abominable complot de que soy víctima. La prueba de que no estoy loco está en que comprendo perfectamente que quieren hacerme pasar por tal las compañías de ferrocarril. Me hallo aquí rodeado de infelices dementes, cuyo estado, que me causa piedad, conozco perfectamente.

»Venid a visitarme, evitando sobre todo tropezar con algún empleado de ferrocarriles, que se han ligado todos con terribles juramentos, prometiendo no retroceder ante ningún crimen para ahogar mi descubrimiento. Haré echar esta carta al correo por un individuo cuya adhesión me ha costado muy cara. Le he dado las instrucciones necesarias para que no le interceptasen los enemigos conjurados contra mí. Le he descrito las señas por las cuales reconocerá con toda seguridad a los empleados de ferrocarril, monstruos horribles que toman los más variados disfraces para espiar mis más insignificantes acciones. He reconocido a un guarda agujas en la persona de un supuesto medico que ha venido a verme algunas veces, so pretexto de hallarse enfermo el médico ordinario del establecimiento.

»No puedo atribuir más que a un narcótico, propinado por manos pérfidas, el irresistible sueño que se apodero de mí al llegar a la vista de Viena. Muy profundo debió ser mi letargo para que se me pudiese trasladar a mi cama, donde, al despertar, tanto me ha sorprendido el encontrarme. Las compañías de ferrocarriles habían complicado sin duda en su

odiosa conjuración a todos mis dependientes, los cuales se han aprovechado de mi insistencia en pedir noticias de mi buque para conducirme aquí bajo el pretexto de que aquí lo encontraría. Muy pronto se quitaron la máscara, atreviéndose a decir que el negopos, el buque aéreo, vuestro periódico mismo y todos los prodigios que ha contemplado el mundo no han existido nunca más que en mi imaginación. Pero yo, con vuestra ayuda, sabré invalidar tan pérfidas maniobras, y puesto que el gobierno ha cometido la bajeza de favorecerlas, no le guardaré ya ninguna consideración. Él sabrá que el hombre que tiene en su mano los destinos del mundo tiene el poder de castigar. Vos sabréis también que tiene el poder de recompensar, porque seréis el primero, y durante mucho tiempo el único, a quien revelaré el secreto de mi prodigioso descubrimiento.

**FIN**

# UN DRAMA EN LOS AIRES

*Un drame dans les airs* (1851)

Traducción: Manuel Aranda y Sanjuán

En el mes de septiembre de 185... llegué a Francfort. Mi paso por las principales ciudades de Alemania se había distinguido esplendorosamente por varias ascensiones aerostáticas; pero hasta aquel día ningún habitante de la confederación me había acompañado en mi barquilla, y las hermosas experiencias hechas en París por los señores Green, Eugene Godard y Poitevin no habían logrado decidir todavía a los serios alemanes a ensayar las rutas aéreas.

Sin embargo, apenas se hubo difundido en Francfort la noticia de mi próxima ascensión, tres notables solicitaron el favor de partir conmigo. Dos días después debíamos elevarnos desde la plaza de la Comedia. Me ocupé, por tanto, de preparar inmediatamente mi globo. Era de seda preparada con gutapercha, sustancia inatacable por los ácidos y por los gases, pues es de una impermeabilidad absoluta; su volumen —tres mil metros cúbicos— le permitía elevarse a las mayores alturas.

El día señalado para la ascensión era el de la gran feria de septiembre, que tanta gente lleva a Francfort. El gas de alumbrado, de calidad perfecta y de gran fuerza ascensional, me había sido proporcionado en condiciones excelentes, y hacia las once de la mañana el globo estaba lleno hasta sus tres cuartas partes. Esto era una precaución indispensable porque, a medida que uno se eleva, las capas atmosféricas disminuyen de densidad, y el fluido, encerrado bajo las cintas del aerostato, al adquirir mayor elasticidad podría hacer estallar sus paredes. Mis cálculos me habían proporcionado exactamente la cantidad de gas necesario para cargar con mis compañeros y conmigo.

Debíamos partir a las doce. Constituía un paisaje magnífico el espectáculo de aquella multitud impaciente que se apiñaba alrededor del recinto reservado, inundaba la plaza entera, se

desbordaba por las calles circundantes y tapizaba las casas de la plaza desde la primera planta hasta los aguilonos de pizarra. Los fuertes vientos de los días pasados habían amainado. Ningún soplo animaba la atmósfera. Con un tiempo semejante se podía descender en el lugar mismo del que se había partido.

Llevaba trescientas libras de lastre, repartidas en sacos; la barquilla, completamente redonda, de cuatro pies de diámetro por tres de profundidad, estaba cómodamente instalada: la red de cáñamo que la sostenía se extendía de forma simétrica sobre el hemisferio superior del aerostato; la brújula se hallaba en su sitio, el barómetro colgaba en el círculo que reunía los cordajes de sostén y el ancla aparecía cuidadosamente engalanada. Podíamos partir.

Entre las personas que se apiñaban alrededor del recinto, observé a un joven de rostro pálido y rasgos agitados. Su vista me sorprendió. Era un espectador asiduo de mis ascensiones, al que ya había encontrado en varias ciudades de Alemania. Con aire inquieto, contemplaba ávidamente la curiosa máquina que permanecía inmóvil a varios pies del suelo, y estaba callado entre todos sus vecinos.

Sonaron las doce. Era el momento. Mis compañeros de viaje no aparecían.

Envié mensajeros al domicilio de cada uno de ellos, y supe que uno había partido hacia Hamburgo, el otro hacia Viena y el tercero para Londres. Les había faltado el ánimo en el momento de emprender una de esas excursiones que gracias a la habilidad de los aeronautas actuales están desprovistas de cualquier peligro. Como en cierto modo ellos formaban parte del programa de la fiesta, les había dominado el temor de que les obligasen a cumplirlo con exactitud y decidieron huir lejos del teatro en el instante en que el telón se levantaba. Su valor se encontraba evidentemente en razón inversa del cuadrado de su velocidad... para largarse.

Medio decepcionada, la multitud dio señales de muy mal humor. No vacilé en partir solo.

A fin de restablecer el equilibrio entre la gravedad específica del globo y el peso que hubiera debido llevar, reemplacé a mis compañeros por nuevos sacos de arena y subí a la barquilla.

Los doce hombres que retenían el aerostato por doce cuerdas fijadas al círculo ecuatorial las dejaron deslizarse un poco entre sus

dedos, y el globo se elevó varios pies más de tierra. No había ni un soplo de viento, y la atmósfera, de una pesadez de plomo, parecía infranqueable.

—¿Está todo preparado? —grité.

Los hombres se dispusieron. Una última ojeada me indicó que podía partir.

—¡Atención!

Entre la multitud se produjo cierto movimiento y me pareció que invadían el recinto reservado.

—¡Suelten todo!

El globo se elevó lentamente, pero sentí una conmoción que me derribó en el fondo de la barquilla. Cuando me levanté, me encontré cara a cara con un viajero imprevisto: el joven pálido.

—Caballero, le saludo —me dijo con la mayor flemma.

—Con qué derecho?...

—¿Estoy aquí?... Con el derecho que me da la imposibilidad en que está para despedirme.

Yo permanecía estupefacto. Aquel aplomo me desarmaba, y no tenía nada que responder.

—¿Mi peso perjudica su equilibrio, señor? —preguntó él—. ¿Me permite usted?...

Y sin aguardar mi consentimiento, deslastró el globo de dos sacos que arrojó al espacio.

—Señor —dije yo entonces tomando el único partido posible—, ya que ha venido..., puede quedarse... de acuerdo, pero sólo a mí me corresponde la dirección del aerostato...

—Señor —respondió él—, su urbanidad es completamente francesa. ¡Pertenece usted al mismo país que yo! Le estrecho moralmente la mano que me niega. ¡Tome sus medidas y actúe como bien le parezca! Yo esperaré a que usted haya terminado...

—¿Para qué?

—Para hablar con usted.

El barómetro había bajado hasta veintiséis pulgadas. Estábamos a unos seiscientos metros de altura por encima de la ciudad; pero nada indicaba el desplazamiento horizontal del globo, porque es la masa de aire en la que está encerrado la que camina con él. Una especie de calor turbio bañaba los objetos que se veían a nuestros pies y prestaba a sus contornos una indefinición lamentable.

Examiné de nuevo a mi compañero.

Era un hombre de unos treintena de años, vestido con sencillez. La ruda arista de sus rasgos dejaba al descubierto una energía indomable, y parecía muy musculoso.

Completamente entregado al asombro que le procuraba aquella ascensión silenciosa, permanecía inmóvil, tratando de distinguir los objetos que se confundían en un vago conjunto.

—¡Maldita bruma! —exclamó al cabo de unos instantes.

Yo no respondí.

—Me guarda rencor, ¿verdad? —prosiguió—. ¡Bah! No podía pagarme el viaje, tenía que subir por sorpresa.

—¿Nadie le pide que se baje, señor!

—¿No sabes acaso que algo parecido les ocurrió a los condes de Laurencin y de Dampierre cuando se elevaron en Lyon el 15 de enero de 1784? ¡Un joven comerciante, llamado Fonatine, escaló la barquilla con riesgo de hacer zozobrar la máquina!... ¡Realizó el viaje y no murió nadie!

—Una vez en tierra ya tendremos una explicación —respondí yo picado por el tono ligero con que me hablaba.

—¡Bah! No pensemos en la vuelta.

—¿Cree, pues, que tardaré en descender?

—¡Descender! —dijo sorprendido—. ¡Descender! Empecemos primero por subir.

Y antes de que yo pudiese impedirlo, dos sacos de arena habían sido arrojados por la borda de la barquilla, sin ser vaciados siquiera.

—¡Señor! —exclamé yo encolerizado.

—Conozco su habilidad —respondió tranquilamente el desconocido— y sus hermosas ascensiones han sido sonadas. Pero si la experiencia es hermana de la práctica, también es algo prima de la teoría, y yo he hecho largos estudios sobre el arte aerostático. ¡Y se me han subido a la cabeza! —añadió él tristemente cayendo en muda contemplación.

Tras haberse elevado de nuevo, el globo permanecía en situación estacionaria.

El desconocido consultó el barómetro y dijo:

—¡Ya hemos llegado a los ochocientos metros! Los hombres parecen insectos. ¡Mire! Creo que desde esta altura es de donde hay que considerarlos siempre para juzgar correctamente sus

proporciones. La plaza de la Comedia se ha transformado en un inmenso hormiguero. Mire la multitud que se amontona en los muelles y el Zeil que disminuye. Ya estamos encima de la iglesia del Dom. El Main no es ya más que una línea blancuzca que corta la ciudad, y ese puente, el Main Brucke, parece un hilo puesto entre las dos orillas del río.

La atmósfera había refrescado algo.

—No hay nada que yo no haga por usted, huésped mío —me dijo mi compañero—. Si tiene frío, me quitaré mis ropas y se las prestaré.

—Gracias —respondí yo con sequedad.

—¡Bah! La necesidad hace ley. Deme la mano, soy su compatriota, lo instruiré en mi compañía, y mi conversación le compensará del perjuicio que le he causado.

Sin responder me senté en el extremo opuesto de la barquilla. El joven había sacado de su hopalanda un voluminoso cuaderno. Era un trabajo sobre la aerostación.

—Poseo —me dijo— la colección más curiosa de grabados y caricaturas que se han hecho a propósito de nuestras manías aéreas. ¡Han admirado y ultrajado a la vez este precioso descubrimiento! Por suerte ya no estamos en la época en que los Montgolfier trataban de hacer nubes falsas con vapor de agua, y fabricar un gas que tuviera propiedades eléctricas que producían mediante la combustión de paja mojada y de lana picada.

—¿Quiere disminuir el mérito de los inventores acaso? —respondí yo, porque había tomado una decisión sobre aquella aventura—. ¿No ha sido hermoso haber demostrado con experiencias la posibilidad de elevarse en el aire?

—¡Eh!, señor, ¿quién niega la gloria de los primeros navegantes aéreos? ¡Se necesitaba un valor inmenso para elevarse con estas envolturas tan frágiles, que sólo contenían aire caliente! Pero quiero hacerle la siguiente pregunta: ¿la ciencia aerostática ha dado algún gran paso desde las ascensiones de Blanchard, es decir, desde hace casi un siglo? Mire señor.

El desconocido sacó un grabado de su cuaderno.

—Aquí tiene —me dijo— el primer viaje aéreo emprendido por Pilatre de Rozier y el marqués de Arlandes, cuatro meses después del descubrimiento de los globos. Luis XVI negaba su

consentimiento a este viaje y dos condenados a muerte debían intentar, los primeros, las rutas aéreas. Pilatre de Rozier se indigna ante esta injusticia, y a fuerza de intrigas, obtiene el permiso. Aún no se había inventado esta barquilla que hace fáciles las maniobras, y una galería circular ocupaba la parte inferior y estrechada de la montgolfiera. Los dos aeronautas tuvieron pues que permanecer sin moverse en cada extremo de aquella galería, porque la paja mojada que la llenaba les impedía todo movimiento. Un hornillo con fuego colgaba debajo del orificio del globo; cuando los viajeros querían elevarse, arrojaban paja sobre aquel brasero, con riesgo de incendiar la máquina, y el aire más caliente daba al globo nueva fuerza ascensional. Los dos audaces navegantes partieron, el 21 de noviembre de 1783, de los jardines de la Muette, que el delfín había puesto a su disposición. El aerostato se elevó majestuosamente, bordeó la isla de los Cisnes, pasó el Sena por la barrera de la Conference y, dirigiéndose entre el domo de los Inválidos y la Escuela Militar, se acercó a San Sulpicio. Entonces los aeronautas forzaron el fuego, franquearon el bulevar y descendieron al otro lado de la barrera de Enfer. Al tocar el suelo, el globo se desinfló y sepultó algunos instantes bajo sus pliegues a Pilatre de Rozier.

—¡Molesto presagio! —dije yo interesado por estos detalles que me tocaban muy de cerca.

—Presagio de la catástrofe que más tarde debía costar la vida al infortunado —respondió el desconocido con tristeza—. ¿No ha sufrido usted nada semejante?

—Nunca.

—Bah, las desgracias ocurren a veces sin presagios —añadió mi compañero.

Y se quedó en silencio.

Mientras tanto avanzábamos hacia el sur, y Francfort ya había huido bajo nuestros pies.

—Tal vez tengamos tormenta —dijo el joven.

—Antes descenderemos —respondí.

—¡Eso sí que no! Es mejor subir. Escaparemos de ella con mayor seguridad.

Y dos nuevos sacos de arena fueron al espacio.

El globo se elevó con rapidez y se detuvo a mil doscientos metros. Se dejó sentir un frío bastante vivo, y sin embargo los rayos

de sol que caían sobre la envoltura dilataban el gas interior y le daban mayor fuerza ascensional.

—No tema nada —me dijo el desconocido—. Tenemos tres mil quinientas toesas de aire respirable. Además, no se preocupe de lo que yo haga.

Quise levantarme, pero una mano vigorosa me clavó en mi banqueta.

—¿Cómo se llama? —pregunté.

—¿Cómo me llamo? ¿Qué le importa?

—Le exijo su nombre.

—Me llamo Eróstrato o Empédocles, como más le guste.

Esta respuesta no era nada tranquilizadora.

Por otra parte, el desconocido hablaba con una sangre fría tan singular que no sin inquietud me pregunté con quién tenía que habérmelas.

—Señor —continuó él—, desde el físico Charles no se ha imaginado nada nuevo. Cuatro meses después del descubrimiento de los aeróstatos, ese hábil hombre había inventado la válvula, que deja escapar el gas cuando el globo está demasiado lleno, o cuando se quiere descender; la barquilla, que facilita las maniobras de la máquina; la red, que contiene la envoltura del globo y reparte la carga sobre toda su superficie; el lastre, que permite subir y escoger el lugar de aterrizaje; el revestimiento de caucho, que vuelve impermeable el tejido; el barómetro, que indica la altura alcanzada. Por último, Charles empleaba el hidrógeno que, catorce veces menos pesado que el aire, permite alcanzar las capas atmosféricas más altas y no expone a los peligros de una combustión aérea. El primero de diciembre de 1783, trescientos mil espectadores se apiñaban alrededor de las Tullerías. Charles se elevó, y los soldados le presentaron armas. Hizo nueve leguas en el aire, guiando su globo con una habilidad que no han superado los aeronautas actuales. El rey le otorgó una pensión de dos mil libras, porque entonces se alentaban las nuevas invenciones.

En ese momento el desconocido me pareció presa de cierta agitación.

—Yo, señor —continuó—, he estudiado y me he convencido de que los primeros aeronautas dirigían sus globos. Para no hablar de Blanchard, cuyas afirmaciones pueden ser dudosas, Guyton de

Morveau, con la ayuda de remos y de gobernalle, imprimió a su máquina movimientos sensibles y de una dirección que podía notarse. Recientemente en París, un relojero, el señor Julien, hizo en el Hipódromo experiencias convincentes, porque, gracias a un mecanismo particular, su aparato aéreo, de forma oblonga, se dirigió de forma clara contra el viento. El señor Petin ha ideado unir cuatro globos de hidrógeno, y por medio de velas dispuestas horizontalmente y replegadas en parte espera obtener una ruptura de equilibrio que, inclinando el aparato, ha de imprimirle una dirección oblicua. Se habla también de motores destinados a superar la resistencia de las corrientes, por ejemplo, la hélice; pero la hélice, moviéndose en un medio móvil, no dará ningún resultado. ¡Yo, señor, he descubierto el único medio de dirigir los globos, y ninguna academia ha venido en mi ayuda, ninguna ciudad ha cubierto mis listas de suscripción, ningún gobierno ha querido escucharme! ¡Es infame! El desconocido se debatía gesticulando, y la barquilla experimentaba violentas oscilaciones. Me costó mucho contenerle.

Mientras tanto, el globo había encontrado una corriente más rápida, y avanzábamos hacia el sur, a mil quinientos metros de altura.

—Ahí está Darmstadt —dijo mi compañero, asomándose por fuera de la barquilla.

¿Divisa usted su castillo? Con poca nitidez, ¿no es cierto? ¿Qué quiere? Este calor de tormenta hace oscilar la forma de los objetos y se necesita una vista experta para reconocer las localidades.

—¿Esta seguro de que es Darmstadt? —pregunté yo.

—Sin duda, y estamos a seis leguas de Francfort.

—¡Entonces hay que bajar!

—¡Descender! No pretenderá descender sobre los campanarios —dijo el desconocido burlándose.

—No, sino en los alrededores de la ciudad.

—Bueno, evitemos los campanarios.

Al hablar de este modo, mi compañero se apoderó de unos sacos de lastre. Me precipité sobre él; pero con una mano me derribó, y el globo deslastrado alcanzó los dos mil metros.

—Quédese tranquilo —dijo él— y no olvide que Brioschi, Biot, Gay-Lussac, Bixio y Barral fueron a las mayores alturas para hacer

sus experimentos científicos.

—Señor, hay que descender —continué yo tratando de dominarle mediante la dulzura.

La tormenta se está formando a nuestro alrededor. No sería prudente...

—¡Bah! ¡Subiremos encima de ella y ya no tendremos que temerla! —exclamó mi compañero—. ¿Qué hay más hermoso que dominar esas nubes que aplastan la tierra? ¿No es un reto navegar de esta forma sobre las olas aéreas? Los mayores personajes han viajado como nosotros. La marquesa y la condesa de Montalembert, la condesa de Podenas, la señorita de La Garde, el marqués de Montalambert, partieron del barrio de Saint-Antoine hacia esas orillas desconocidas, y el duque de Chartres desplegó mucha habilidad y presencia de ánimo en su ascensión del 15 de julio de 1784. En Lyon, los condes de Laurencin y de Dampierre; en Nantes, el señor de Luynes; en Burdeos, d'Arbelet des Granges; en Italia, el caballero Andreani y en nuestros días el duque de Bunswick, han dejado en los aires los rastros de su gloria. Para igualar a esos grandes personajes hay que subir más alto que ellos en las profundidades celestes. ¡Acercarse al infinito es comprenderlo!

La rarefacción del aire dilataba considerablemente el hidrógeno del globo, y yo veía su parte inferior, dejada vacía a propósito, inflarse y hacer indispensable la apertura de la válvula; pero mi compañero no parecía decidido a dejarme maniobrar a mi gusto. Decidí, pues, tirar en secreto de la cuerda de la válvula mientras él hablaba animado, porque yo temía adivinar con quién tenía que habérmelas.

¡Hubiera sido demasiado horrible! Era aproximadamente la una menos cuarto.

Habíamos dejado Francfort hacía cuarenta minutos y por el lado sur llegaban espesas nubes dispuestas a chocar contra nosotros.

—¿Ha perdido usted toda esperanza de ver coronadas por el éxito sus combinaciones? —pregunté yo con un interés... muy interesado.

—¡Toda esperanza! —respondió sordamente el desconocido—. ¡Herido por las negativas y las caricaturas, las patadas en el trasero han acabado conmigo! ¡Es el eterno suplicio reservado a los innovadores! Vea estas caricaturas de todas las épocas que llenan

mi carpeta.

Mientras mi compañero hojeaba sus papeles, yo había agarrado la cuerda de la válvula sin que él se hubiera dado cuenta. Podía temer, sin embargo, que percibiera ese silbido semejante a una caída de agua que produce el gas al escaparse.

—¡Cuántas burlas contra el abate Miolan! —dijo—. Debía elevarse con Janninet y Bredin. Durante la operación, se declaró fuego en su montgolfiera, y un populacho ignorante la despedazó. Luego la caricatura de los animales curiosos los llamó Miaulant, Jean Miné y Gredin<sup>[1]</sup>.

Tiré de la cuerda de la válvula y el barómetro empezó a subir. ¡Justo a tiempo! Algunos truenos lejanos gruñían por el sur.

—Vea este otro grabado —continuó el desconocido sin sospechar mis maniobras—. Es un inmenso globo elevando un navío, fortalezas, casas, etc. Los caricaturistas no pensaban que un día sus estupideces se convertirían en verdades. Este gran navío está completo; a la izquierda su gobernalle, con el alojamiento para los pilotos; en la proa, casas de recreo, órgano gigantesco y cañón para llamar la atención de los habitantes de la tierra o de la luna; encima de la popa, el observatorio y el globo-chalupa; en el círculo ecuatorial, el alojamiento del ejército; a la izquierda, el fanal, luego las galerías superiores para los paseos, las velas, los alerones; debajo, los cafés y el almacén general de víveres. Admire este magnífico anuncio:

«Inventado para la felicidad del género humano, este globo partirá sin cesar a las Escalas del levante, y a su regreso anunciará sus viajes tanto a los dos polos como a los extremos de Occidente. No hay que preocuparse por nada, todo está previsto, todo irá bien. Habrá una tarifa exacta para cada lugar de paso, pero los precios serán los mismos para las comarcas más alejadas de nuestro hemisferio; a saber, mil luises para cualquiera de esos viajes. Y puede decirse que esta suma es muy módica si tenemos en cuenta la celeridad, la comodidad y los encantos que se gozarán en el citado aerostato, encantos que no se encuentran en este suelo, dado que en ese globo cada cual encontrará las cosas que imagine. Esto es tan cierto que, en el mismo lugar, unos estarán bailando, otros descansando; los unos se darán opíparas comidas, otros ayunarán; quien quiera hablar con personas de ingenio encontrará con quien

charlar; quien sea bruto no dejará de encontrar otros iguales. ¡De este modo, el placer será el alma de la sociedad aérea!...».

Todos estos inventos producen risa... Pero dentro de poco, si mis días no estuvieran contados, se vería que estos proyectos en el aire son realidades.

Estábamos descendiendo a ojos vista. Él seguía sin darse cuenta.

Vea también esta especie de juego de globos —continuó extendiendo ante mí algunos de aquellos grabados de los que tenía una importante colección—. Este juego contiene toda la historia del arte aerostático. Es para uso de espíritus elevados, y se juega con dados y fichas sobre cuyo valor se ponen previamente de acuerdo, y que se pagan o se reciben según la casilla a la que se llega.

—Pero parece haber estudiado en profundidad la ciencia de la aerostación —dije yo.

—Sí, señor, sí, desde Faetón, desde Icaro, desde Arquitas, he investigado todo, he consultado todo, lo he aprendido todo. Gracias a mí el arte aerostático rendiría inmensos servicios al mundo si Dios me diese vida. Pero no podrá ser.

—¿Por qué?

—Porque me llamo Empédocles o Eróstrato.

Mientras tanto, por fortuna, el globo se acercaba a tierra, pero cuando se cae, el peligro es tan grave a cien pies como a cinco mil.

—¿Se acuerda de la batalla de Fleurus? —continuó mi compañero, cuyo rostro se animaba cada vez más—. Fue en esa batalla donde Coutelle, por orden del gobernador, organizó una compañía de aerostatistas. En el sitio de Maubeuge, el general Jourdan sacó tales servicios de este nuevo modo de observación que dos veces al día, y con el general mismo, Coutelle se elevaba en el aire. La correspondencia entre el aeronauta y los aerostatistas que retenían el globo se realizaba por medio de pequeñas banderas blancas, rojas y amarillas. Con frecuencia se hicieron disparos de carabina y de cañón sobre el aparato en el instante en que se elevaba, pero sin resultado. Cuando Jourdan se preparó para invadir Charleroi, Coutelle se dirigió a las cercanías de esta última plaza, se elevó desde la llanura de Jumet, y permaneció siete u ocho horas en observación con el general Morlot, lo que contribuyó sin duda a darnos la victoria de Fleurus. Y en efecto, el general Jourdan proclamó en voz alta la ayuda que había sacado de las

observaciones aeronáuticas. Pues bien, a pesar de los servicios rendidos en esa ocasión y durante la campaña de Bélgica, el año que había visto comenzar la carrera militar de los globos la vio terminar también. Y la escuela de Meudon, fundada por el gobierno, fue cerrada por Bonaparte a su regreso de Egipto. Y sin embargo, ¿qué esperar del niño que acaba de nacer?, había dicho Franklin. El niño había nacido viable, no había que ahogarlo. El desconocido inclinó su frente sobre las manos, se puso a reflexionar unos instantes. Luego, sin levantar la cabeza me dijo:

—A pesar de mi prohibición, señor, ha abierto la válvula.

Yo solté la cuerda.

—Por suerte —continuó él—, todavía tenemos trescientas libras de lastre.

—Cuáles son sus proyectos? —pregunté yo entonces.

—¿No ha cruzado nunca los mares? —me preguntó a su vez.

Yo me sentí palidecer.

—Es desagradable —añadió—que nos veamos impulsados hacia el mar Adriático. No es más que un riachuelo. Pero más arriba quizá encontremos otras corrientes.

Y sin mirarme deslastró el globo de varios sacos de arena. Luego, con voz amenazadora, dijo:

—Le he permitido abrir la válvula porque la dilatación del gas amenazaba con hacer reventar el globo. Pero no se le ocurra volver a repetirlo.

Y continuó en estos términos:

—¿Conoce la travesía de Dover a Calais hecha por Blanchard y Jefferies? ¡Fue magnífica!

El 7 de enero de 1785, con viento del noroeste, su globo fue hinchado con gas en la costa de Dover. Un error de equilibrio, apenas se hubieron elevado, les obligó a echar su lastre para no caer, y no conservaron más que treinta libras. Era demasiado poco porque el viento no refrescaba y avanzaban con mucha lentitud hacia las costas de Francia. Además, la permeabilidad del tejido hacía que el aerostato se fuera desinflando poco a poco, y al cabo de hora y media los viajeros se dieron cuenta de que descendían.

—¿Qué hacer? —preguntó Jefferies.

—Sólo hemos cubierto tres cuartas partes del camino —respondió Blanchard—, y estamos a poca altura. Subiendo quizá

encontremos vientos más favorables.

—Tiremos el resto de la arena.

El globo recuperó alguna fuerza ascensional, pero no tardó en descender de nuevo.

Hacia la mitad del viaje, los aeronautas se desembarazaban de libros y herramientas. Un cuarto de hora después, Blanchard le dijo a Jefferies:

—¿El barómetro?

—¡Está subiendo! ¡Estamos perdidos, y sin embargo ahí tiene usted las costas de Francia!

Se dejó oír un gran ruido.

—¿Se ha desgarrado el globo? —preguntó Jefferies.

—¡No! ¡La pérdida del gas ha desinflado la parte inferior del globo! ¡Pero seguimos descendiendo! ¡Estamos perdidos! Abajo con todas las cosas inútiles.

Las provisiones de boca, los remos y el gobernalle fueron arrojados al mar. Los aeronautas sólo se encontraban ya a cien metros de altura.

—Estamos subiendo —dijo el doctor.

—¡No, es el impulso causado por la disminución del peso! Y no hay ningún navío a la vista, ni una barca en el horizonte. ¡Arrojemos al mar nuestras ropas.

Los infortunados se despojaron de sus ropas, pero el globo seguía descendiendo.

—Blanchard —dijo Jefferies—, usted debía hacer solo este viaje; ha consentido en llevarme con usted; yo me sacrificaré. Voy a tirarme al agua y el globo ascenderá.

—¡No, no! ¡Es horrible!

El globo se desinflaba cada vez más, y su concavidad, haciendo de paracaídas, empujaba el gas contra las paredes y aumentaba su escape.

—¡Adiós, amigo mío! —dijo el doctor—. ¡Que Dios le conserve la vida!

Iba a lanzarse cuando Blanchard le retuvo.

—¡Todavía nos queda un recurso! —dijo—. ¡Podemos cortar las cuerdas que retienen la barquilla y agarrarnos a la red! Tal vez el globo se eleve. ¡Preparémonos! ¡Pero... el barómetro sigue bajando! Estamos elevándonos... ¡El viento refresca! Estamos salvados.

Los viajeros divisaban ya Calais. Su alegría llegó al delirio. Algunos instantes más tarde, caían en el bosque de Guines.

—No dudo —añadió el desconocido— que en semejante circunstancia usted seguiría el ejemplo del doctor Jefferies.

Las nubes se desplegaban bajo nuestros ojos en masas resplandecientes. El globo lanzaba grandes sombras sobre aquel amontonamiento de nubes y se envolvía como una aureola. El trueno rugía debajo de la barquilla. Todo aquello era horroroso.

—¡Descendamos! —exclamé.

—¡Descender cuando el sol que nos espera está ahí! ¡Abajo con los sacos!

¡Y el globo fue deslastrado de más de cincuenta libras!

Permanecíamos a tres mil quinientos metros. El desconocido hablaba sin cesar. Yo me hallaba en una postración completa mientras él parecía vivir en su elemento.

—¡Con buen viento iríamos lejos! —exclamó—. En las Antillas hay corrientes de aire que hacen cien leguas a la hora. Durante la coronación de Napoleón, Garnerin lanzó un globo iluminado con cristales de color a las once de la noche. El viento soplaba del noroeste. Al día siguiente, al alba, los habitantes de Roma saludaban su paso por encima del domo de San Pedro. ¡Nosotros iríamos más lejos... y más alto!

Yo apenas oía. ¡Todo zumbaba a mi alrededor! Entre las nubes se hizo una fisura.

—¡Ve esa ciudad! —dijo el desconocido—. ¡Es Spire!

Me asomé fuera de la barquilla y divisé un pequeño conjunto negruzco. Era Spire. El Rhin, tan ancho, parecía una cinta desenrollada. Encima de nuestra cabeza el cielo era de un azul profundo. Los pájaros nos habían abandonado hacía tiempo porque en aquel aire rarificado su vuelo habría sido imposible. Estábamos solos en el espacio, y yo en presencia de aquel desconocido.

—Es inútil que sepa dónde le llevo —me dijo entonces, y lanzó la brújula a las nubes—. ¡Ah, qué cosa tan hermosa es una caída! ¿Sabe que son muy pocas las víctimas de la aerostación desde Pilatre de Rozier hasta el teniente Gale, y que todas las desgracias se han debido siempre a imprudencias? Pilatre de Rozier partió con Romain, de Boulogne, el 13 de junio de 1785. De su globo a gas había colgado una montgolfiera de aire caliente, sin duda para no

tener necesidad de perder gas o arrojar lastre. Aquello era poner un hornillo debajo de un barril de pólvora. Los imprudentes llegaron a cuatrocientos metros y fueron arrastrados por vientos opuestos que los lanzaron a alta mar. Para descender, Pilatre quiso abrir la válvula del aerostato, pero la cuerda de la válvula se encontraba metida en el globo y lo desgarró de tal forma que el globo se vació en un instante. Cayó sobre la montgolfiera, la hizo girar y arrastró a los infortunados, que se estrellaron en pocos segundos. ¿Es espantoso, verdad?

Yo no pude responder más que estas palabras:

—¡Por piedad, descendamos!

Las nubes nos oprimían por todas partes y espantosas detonaciones que repercutían en la cavidad del aerostato se cruzaban a nuestro alrededor.

—¡Me está hartando! —exclamó el desconocido—. Ahora no sabrá si subimos o bajamos.

Y el barómetro fue a reunirse con la brújula, a lo que unió también sacos de tierra.

Debíamos estar a cinco mil metros de altura. Algunos hielos se pegaban ya a las paredes de la barquilla y una especie de nieve fina me penetraba hasta los huesos. Sin embargo, una espantosa tormenta estallaba a nuestros pies, porque estábamos por encima.

—No tenga miedo —me dijo el desconocido—. Sólo los imprudentes se convierten en víctimas. Olivari, que pereció en Orleáns, se elevaba en una montgolfiera de papel: su barquilla, suspendida debajo del hornillo y lastrada con materias combustibles, se convirtió en pasto de las llamas; Olivari cayó y se mató. Mosment se elevaba en Lille sobre un tablado ligero: una oscilación le hizo perder el equilibrio; Mosment cayó y se mató. Bittorf, en Mannheim, vio incendiarse en el aire su globo de papel; Bittorf cayó y se mató. Harris se elevó en un globo mal construido, cuya válvula demasiado grande no pudo cerrarse; Harris cayó y se mató. Sadler, privado de lastre por su larga permanencia en el aire, fue arrastrado sobre la ciudad de Boston y chocó contra las chimeneas; Sadler cayó y se mató. Coking descendió con un paracaídas convexo que él pretendía haber perfeccionado; Coking cayó y se mató. Pues bien, yo amo a esas víctimas de su imprudencia y moriré como ellas. ¡Más arriba, más arriba!

¡Todos los fantasmas de esa necrología pasaban ante mis ojos! La rarefacción del aire y los rayos de sol aumentaban la dilatación del gas, y el globo continuaba subiendo. Intenté maquinalmente abrir la válvula, pero el desconocido cortó la cuerda algunos pies por encima de mi cabeza... ¡Estaba perdido!

—¿Vio usted caer a la señora Blanchard? —me dijo—. Yo sí la vi. Sí, yo la vi. Estaba en el Tívoli el 6 de julio de 1819. La señora Blanchard se elevaba en un globo de pequeño tamaño para ahorrarse los gastos del relleno, y se veía obligada a inflarlo por completo. Pero el gas se escapaba por el apéndice inferior, dejando en su ruta una auténtica estela de hidrógeno.

Colgada de la parte superior de su barquilla por un alambre, llevaba una especie de aureola de artificio que tenía que encender. Había repetido muchas veces la experiencia. Aquel día, llevaba además un pequeño paracaídas lastrado por un artificio terminado en una bola de lluvia de plata. Debía lanzar aquel aparato después de encenderlo con una lanza de fuego preparada a ese efecto. Partió. La noche estaba sombría. En el momento de encender su artificio, cometió la imprudencia de pasar la lanza de fuego por debajo de la columna de hidrógeno que salía fuera del globo. Yo tenía los ojos fijos en ella. De pronto una luminosidad inesperada alumbró las tinieblas. Creí en una sorpresa de la hábil aeronauta. La luminosidad creció, desapareció de pronto y volvió a reaparecer en la cima del aerostato en forma de un inmenso chorro de gas inflamado. Aquella siniestra claridad se proyectaba en el bulevar y en todo el barrio de Montmartre. Entonces vi a la desventurada levantarse, tratar por dos veces de comprimir el apéndice del globo para apagar el fuego, luego sentarse en la barquilla y tratar de dirigir su descenso, porque no caía. La combustión del gas duró varios minutos. El globo se empequeñecía cada vez más; continuaba bajando, pero no era una caída. El viento soplaba del noroeste y la lanzó sobre París. Entonces, en las cercanías de la casa número 16 de la calle de Provence había unos jardines inmensos. La aeronauta podía caer en ellos sin peligro. Pero, ¡qué fatalidad! El globo y la barquilla se precipitaron sobre el techo de la casa. El golpe fue ligero: ¡Socorro!, grita la infortunada. Yo llegaba a la calle en ese momento. La barquilla resbaló por el tejado y encontró una escarpia de hierro. Con esta sacudida, la señora Blanchard fue lanzada fuera

de la barquilla y se estrelló contra la acera. La señora Blanchard se mató.

¡Estas historias me helaban de horror! El desconocido estaba de pie, con la cabeza destocada, el pelo erizado, los ojos despavoridos.

¡No había equivocación posible! ¡Por fin veía yo la terrible verdad! ¡Tenía frente a mí a un loco!

Lanzó el resto del lastre y debimos ser arrastrados por lo menos a nueve mil metros de altura. Me salía sangre por la nariz y por la boca.

—¿Hay algo más hermoso que los mártires de la ciencia? —exclamaba entonces el insensato—. Los canoniza la posteridad.

Pero yo ya no oía. El loco miró a su alrededor y se arrodilló para susurrar a mi oído:

—¿Y la catástrofe de Zambecarri, se ha olvidado de ella? Escuche. El 7 de octubre de 1804 el tiempo pareció mejorar un poco. El viento y la lluvia de los días anteriores aún no había cesado, pero la ascensión anunciada por Zambecarri no podía posponerse. Sus enemigos le criticaban ya. Tenía que partir para salvar de la burla pública tanto a la ciencia como a él.

Estaba en Bolonia. Nadie le ayudó a llenar su globo.

Fue a medianoche cuando se elevó, acompañado por Andreoli y por Grossetti. El globo subió lentamente, porque lo había agujereado la lluvia y el gas se escapaba. Los tres intrépidos viajeros sólo podían observar el estado del barómetro con la ayuda de una linterna sorda. Zambecarri no había comido hacía veinticuatro horas. Grossetti también estaba en ayunas.

—Amigos míos —dijo Zambecarri—, el frío me mata. Estoy agotado. ¡Voy a morir!

Cayó inanimado en el suelo de la barquilla. Ocurrió lo mismo con Grossetti. Sólo Andreoli permanecía despierto. Después de largos esfuerzos consiguió sacar a Zambecarri de su desvanecimiento.

—¿Qué hay de nuevo? ¿Dónde estamos? ¿De dónde viene el viento? ¿Qué hora es?

—Son las dos.

—¿Dónde está la brújula?

—Se ha caído.

—¡Dios mío! ¡La bujía de la linterna se apaga!

—No puede seguir ardiendo en este aire rarificado —dijo Zambecarri.

La luna no se había levantado y la atmósfera estaba sumida en horribles tinieblas.

—¡Tengo frío, tengo frío! Andreoli, ¿qué hacer?

Los infortunados bajaron lentamente a través de una capa de nubes blancuzcas.

—¡Chist! —dijo Andreoli—. ¿Oyes?

—¿Qué? —respondió Zambecarri.

—¡Un ruido singular!

—¡Te equivocas!

—¡No!

Ve a esos viajeros en medio de la noche escuchando ese ruido incomprensible. ¿Van a chocar contra una torre? ¿Van a precipitarse contra los tejados?

—¿Oyes? Parece el ruido del mar.

—¡Imposible!

—¡Es el rugido de las olas!

—¡Es verdad!

—¡Luz, luz!

Después de cinco tentativas infructuosas, Andreoli lo consiguió. Eran las tres. El ruido de las olas se dejó oír con violencia. ¡Casi tocaban la superficie del mar!

—Estamos perdidos —gritó Zambecarri, y se apoderó de un grueso saco de lastre.

—¡Ayuda! —gritó Andreoli.

La barquilla estaba tocando el agua y las olas les cubrían el pecho.

—¡Tiremos al mar las herramientas, las ropas, el dinero!

Los aeronautas se despojaron de toda su ropa. El globo deslastrado se elevó con rapidez vertiginosa. Zambecarri se sintió dominado por un vómito espantoso. Grossetti sangró en abundancia. Los desventurados no podían hablar porque sus respiraciones se tornaban cada vez más dificultosas. El frío se apoderó de ellos y al cabo de un momento los tres estaban cubiertos por una capa de hielo. La luna les pareció de un color rojo como la sangre.

Después de haber recorrido aquellas altas regiones durante

media hora, la máquina volvió a caer al mar. Eran las cuatro de la mañana. Los naufragos tenían la mitad del cuerpo en el agua, y el globo, sirviendo de vela, los arrastró durante varias horas.

Cuando amaneció se encontraron frente a Pesaro, a cuatro millas de la costa. Iban a atracar en ella cuando un golpe viento los lanzó a alta mar.

¡Estaban perdidos! Los barcos, asustados, huían cuando ellos se acercaban... Por fortuna, un navegante más instruido los abordó, los izó a cubierta y los desembarcó en Ferrada.

Viaje espantoso, ¿no le parece? Pero Zambecarri era un hombre enérgico y valiente.

Apenas se repuso de sus sufrimientos, volvió a iniciar las ascensiones. Durante una de ellas chocó contra un árbol, su lámpara de alcohol se derramó sobre sus ropas; ¡se vio cubierto de fuego y su máquina empezaba a abrasarse cuando él pudo volver a descender medio quemado!

Por último, el 21 de septiembre de 1812, hizo otra ascensión en Bolonia. Su globo quedó enganchado en un árbol y su lámpara volvió a incendiarlo. Zambecarri cayó y se mató.

—Y ante estos hechos, ¿todavía vacilamos? ¡No! ¡Cuanto más alto vayamos, más gloriosa será la muerte!

Completamente deslastrado el globo de todos los objetos que contenía, fuimos arrastrados a alturas que no pude apreciar. El aerostato vibraba en la atmósfera. El menor ruido hacía estallar las bóvedas celestes. Nuestro globo, el único objeto que sorprendía mi vista en la inmensidad, parecía estar a punto de aniquilarse. Por encima de nosotros las alturas del cielo estrellado se perdían en las tinieblas profundas.

¡Vi al individuo que se ponía en pie delante de mí!

—Ha llegado la hora —me dijo—. Hay que morir. Los hombres nos rechazan. Nos desprecian. Aplastémoslos.

—Gracias —le dije.

—¡Cortemos estas cuerdas! ¡Abandonemos esta barquilla en el espacio! ¡La fuerza de atracción cambiará de dirección, y nosotros llegaremos hasta el sol!

La desesperación me galvanizó. Me precipité sobre el loco. Comenzamos a combatir cuerpo a cuerpo, en una lucha espantosa. Pero fui derribado, y mientras mantenía la rodilla sobre mi pecho,

el loco iba cortando las cuerdas de la barquilla.

—¡Una! —dijo.

—¡Dios mío!

—¡Dos!... ¡Tres!...

Yo hice un esfuerzo sobrehumano, me levanté y empujé violentamente al insensato.

—¡Cuatro! —dijo.

La barquilla cayó, pero instintivamente me aferré a los cordajes y trepé por las mallas de la red.

El loco había desaparecido en el espacio.

El globo fue elevado a una altura inconmensurable. Se dejó oír un crujido espantoso... El gas, demasiado dilatado, había reventado la envoltura. Yo cerré los ojos.

Algunos instantes después, me sentí reanimado por un calor húmedo. Me hallaba en medio de nubes que ardían. El globo daba vueltas produciéndome un vértigo espantoso.

Impulsado por el viento, hacía cien leguas a la hora en una carrera horizontal, y a su alrededor los relámpagos iban y venían.

Sin embargo, mi caída no era muy rápida. Cuando volví a abrir los ojos, divisé tierra. Me encontraba a dos millas del mar, y el huracán me empujaba hacia él con fuerza cuando una brusca sacudida me hizo soltarme. Mis manos se abrieron, una cuerda se deslizó rápidamente entre mis dedos y me encontré en tierra.

Era la cuerda del ancla que, barriendo la superficie del suelo, se había enganchado en una grieta, y mi globo, deslastrado por última vez, iba a perderse más allá de los mares.

Cuando recuperé el conocimiento estaba tumbado en casa de un campesino, en Harderwick, pequeña aldea de la Gueldre, a quince leguas de Amsterdam, a orillas del Zuyderzee.

Un milagro me había salvado la vida, pero mi viaje no fue más que una serie de imprudencias efectuadas por un loco al que yo no conseguí detener.

Que este terrible relato, al instruir a los que me leen, no desaliente a los exploradores de las rutas del aire.

**FIN**

# UN EXPERIMENTO DEL DOCTOR OX

*Une fantaisie du Docteur Ox* (1875)

Traducción: Vicente Guimerá

## Capítulo 1

### **De cómo es inútil buscar, aun en los mejores mapas, la pequeña población de Quiquendone**

SI buscan en un mapa de Flandes, antiguo o moderno, la pequeña población de Quiquendone, es probable que no la encuentren. ¿Es acaso una ciudad desaparecida? No. ¿Es una ciudad futura? Tampoco. Hace, sin embargo, que existe, a pesar de las geografías, de ochocientos a novecientos años.

Y hasta cuenta dos mil trescientas noventa y tres almas, admitiendo un alma por habitante. Se encuentra situada a trece kilómetros y medio al Noroeste de Audenarde, y a quince kilómetros y cuarto al Suroeste de Brujas, en plena Flandes. El Vaar, pequeño afluente del Escala, pasa por debajo de sus tres puentes, cubiertos todavía por una antigua techumbre de la Edad Media, como en Tournai. Se admira allí un vetusto castillo, cuya primera piedra fue colocada en 1197 por el conde Balduino, futuro emperador de Constantinopla, y un apuntamiento con semiventanas góticas, coronadas por un rosario de almenas a las cuales domina un campanario de torrecillas que se eleva a trescientos cincuenta y siete pies sobre el suelo. Tienen sus campanas un repique de música de cinco octavas que suena todas las horas, verdadero piano aéreo que sobrepuja en fama al célebre campanario armónico de Brujas. Los extranjeros, si es que alguna vez han pasado por Quinquendone, no salen de esta curiosa población sin haber visitado la sala de los estatuders<sup>[2]</sup>, adornada con el retrato de cuerpo entero de Guillermo de Nassau, por Brandon; el antecoro de la iglesia de San Maglori, obra maestra de la arquitectura del siglo xvi; el pozo de

hierro forjado cuyo admirable ornato es debido al pintor-herrero Quintín Metsys<sup>[3]</sup>; el sepulcro antiguamente erigido a María de Borgoña, hija de Carlos el Temerario, que descansa ahora en la iglesia de Nuestra Señora de Brujas, etc. Por último, la principal industria de Quinquendone es la fabricación de merengues y de alfeñiques<sup>[4]</sup>, en grande escala. Es administrada de padre en hijo por la familia van Tricasse. ¡Y sin embargo, Quinquendone no figura en el mapa de Flandes! ¿Es olvido de los geógrafos u omisión voluntaria? No lo puedo decir, pero Quinquendone existe realmente con sus calles estrechas, su recinto fortificado, sus casas españolas, su mercado y su burgomaestre<sup>[5]</sup>, y por más señas, ha sido reciente teatro de fenómenos sorprendentes, extraordinarios, tan inverosímiles como verídicos, y que van a ser fielmente consignados en la presente relación.

Ciertamente que nada hay de malo que decir ni pensar de los flamencos del Flandes occidental. Son honrados, sensatos, parsimoniosos, sociales, de buen humor, hospitalarios, tal vez algo pesados de habla y de entendimiento; pero esto no explica por qué una de las más interesantes poblaciones de su territorio no figura en la cartografía moderna.

Esta omisión es sensible seguramente. ¡Por fin, si la historia, o a falta de ésta las crónicas, o a falta de éstas la tradición del país, hicieran mención de Quiquendone! Más no; ni los atlas, ni las guías, ni los itinerarios, hablan de ella. El mismo señor Joanne, el perspicaz investigador de villorrios, no dice una sola palabra de tal pueblo. Fácil es comprender cuánto debe de perjudicar este silencio al comercio y a la industria de Quiquendone, pero carece de industria y de comercio, y se pasa sin ello del mejor modo del mundo, bastándole sus caramelos y merengues que se consumen allí mismo, sin exportarse.

Sus habitantes no necesitan de nadie. Tienen apetitos muy limitados y su existencia es modestísima; son calmosos, moderados, fríos, flemáticos; en una palabra, flamencos, como los que todavía se encuentran entre el Escalda y el mar del Norte.

## Capítulo II

### En el que el burgomaestre van Tricasse y el consejero Niklausse se entretienen con los asuntos de la villa

—¿LO cree usted así? —preguntó el burgomaestre.

—Así lo creo —respondió el consejero después de algunos minutos de silencio.

—Es que no debe obrarse a la ligera —repuso aquél.

—Ya hace diez años que nos ocupamos de tan grave asunto —replicó el consejero Niklausse—, y le declaro, mi buen van Tricasse, que todavía no me atrevo a adoptar una resolución.

—Comprendo sus vacilaciones —repuso el burgomaestre después de un largo cuarto de hora de meditación—, comprendo sus vacilaciones y participo de ellas. Haremos muy bien en no decidir nada antes de un examen más amplio de la cuestión.

—Cierto es —respondió Niklausse— que esa plaza de comisario civil es inútil en una población tan pacífica como Quiquendone.

—Nuestro predecesor —respondió van Tricasse con tono grave —, nuestro predecesor nunca decía, ni se hubiera atrevido a decir, que una cosa era cierta. Toda afirmación está sujeta a desagradables enmiendas.

El consejero hizo con la cabeza una señal de asentimiento, y luego permaneció silencioso por media hora durante la cual el burgomaestre y el consejero no movieron siquiera un dedo, y transcurrido ese tiempo, Niklausse preguntó a van Tricasse si su predecesor, unos veinte años antes, no había tenido también el pensamiento de suprimir el empleo de comisario civil que gravaba todos los años el presupuesto de Quiquendone con la suma de mil

trescientos setenta y cinco francos y algunos céntimos.

—En efecto —respondió el burgomaestre, llevando con majestuosa lentitud la mano a su limpia frente—, en efecto, pero aquel hombre digno se murió antes de haberse atrevido a tomar una determinación, ni respecto de eso, ni respecto de ninguna otra medida administrativa. Era todo un sabio. ¿Por qué no he de hacer lo mismo que él?

El consejero Niklausse hubiera sido incapaz de imaginar una razón que contradijera la opinión del burgomaestre.

—El hombre que se muere sin haberse decidido a nada en toda su vida —añadió gravemente van Tricasse—, está muy cerca de haber alcanzado la perfección en este mundo.

Dicho esto, el burgomaestre oprimió con la punta del dedo meñique un timbre de toque velado, que dejó oír un sonido menor que un suspiro, y casi al punto, unos pasos ligeros se deslizaron suavemente por las baldosas del corredor. Un ratoncillo no hubiera hecho menos ruido al corretear sobre una tupida moqueta<sup>[6]</sup>.

Apareció una joven rubia de largas trenzas. Era Suzel van Tricasse, hija única del burgomaestre. Entregó a su padre, con la pipa henchida de tabaco, una escalfeta de latón, no pronunció una sola palabra y desapareció al punto sin que su salida hubiera producido más ruido que su entrada.

El honorable burgomaestre encendió el enorme hornillo de su instrumento, y no tardó en cubrirse con una nube de humo azulado, dejando al consejero Niklausse sumido en las más absortas reflexiones.

El aposento en que así departían esos dos notables personajes encargados de la administración de Quiquendone, era un gabinete ricamente adornado de esculturas en madera sombría. Una alta chimenea, vasto hogar en el cual se hubiera podido quemar una encina o asar una vaca ocupaba todo un lienzo del cuarto y daba frente a una ventana de enrejado, cuyos vidrios pintarrajeados tamizaban apaciblemente la claridad del día. En un cuadro antiguo aparecía sobre la chimenea el retrato de un personaje cualquiera, atribuido a Hemling, y que debía representar un antepasado de los van Tricasse, cuya genealogía se remonta auténticamente al siglo XIV, época en que los flamencos y Guy de Dampierre tuvieron que luchar con el emperador Rodolfo de Habsburgo<sup>[7]</sup>.

Ese cuarto formaba parte de la casa del burgomaestre, una de las más agradables de Quiquendone. Construida con gusto flamenco y con todo lo improvisado, caprichoso, pintoresco y fantástico que encierra la arquitectura ojival, se la citaba entre los demás curiosos monumentos de la población. Un convento de cartujos o un establecimiento de sordomudos no hubieran sido más silenciosos que aquella habitación.

Allí no existía el ruido. No se andaba, sino que se procedía por deslizamiento; no se hablaba, sino que se susurraba. Y, sin embargo, no faltaban mujeres en la casa, que sin contar al burgomaestre, abrigaba a su mujer Brígida van Tricasse, a su hija Suzel van Tricasse y a su criada Lotche Janshen. Conviene citar también a la hermana del burgomaestre, la tía Hemancia, vieja solterona que aún respondía al nombre de Tatanemancia, que antiguamente le daba su sobrina Suzel cuando era niña. Pues bien, a pesar de todos estos elementos de discordia, ruido y charla, la casa del burgomaestre era tranquila como el desierto.

El burgomaestre era un personaje de cincuenta años, ni gordo ni flaco, ni bajo ni alto, ni viejo ni joven, ni subido de color ni pálido, ni alegre ni triste, ni contento ni aburrido, ni enérgico ni blando, ni engreído ni humilde, ni bueno ni malo, ni generoso ni avaro, ni valiente ni cobarde, ni mucho ni poco —*ne quid nimis*—, hombre moderado en todo; mas por la invariable lentitud de sus movimientos, por su mandíbula inferior algo colgante, su párpado superior inmutablemente levantado, su frente, lisa como una chapa de latón y sin ninguna arruga, sus músculos poco pronunciados, un fisonomista hubiera reconocido sin esfuerzo que el burgomaestre van Tricasse era la apatía personificada. Nunca, ni por la cólera ni por la pasión, habían acelerado las emociones los movimientos del corazón de aquel hombre, ni encendido su rostro; nunca sus pupilas se habían contraído bajo la influencia de un enfado, por pasajero que se pudiera suponer. Iba vestido invariablemente con buena ropa ni holgada ni estrecha, y que no conseguía deteriorar. Iba calzado con gruesos zapatos cuadrados, de triple suela y hebillas de plata, que por su duración desesperaban al zapatero. Iba cubierto con un estrecho sombrero que databa de la época en que Flandes quedó decididamente separada de Holanda, lo cual atribuía a ese venerable cubrecabezas una vida de cuarenta años. Pero, ¿qué

quieren? Las pasiones son las que gastan el cuerpo, y nuestro burgomaestre, apático, indolente e indiferente, no se apasionaba por nada. Ni usaba ni se usaba, y por eso mismo era precisamente el hombre necesario para administrar la vida de Quiquendone y a sus tranquilos habitantes.

La población, en efecto, no era menos sosegada que la casa de van Tricasse en cuya pacífica morada esperaba el burgomaestre alcanzar los límites más lejanos de la existencia humana, después de ver a la buena Brígida van Tricasse, su mujer, precederle al sepulcro donde no hallaría descanso más profundo que el disfrutado por ella durante sesenta años en la tierra.

Esto merece explicación.

La familia van Tricasse bien pudiera llamarse con razón «la familia Jeannot», y veamos por qué: Todos saben que la navaja de este personaje típico es tan célebre como su propietario, y no menos perenne que él, gracias a esa doble operación incesantemente renovada, que consiste en poner mango nuevo cuando se gasta, y hoja nueva cuando ya no vale nada. Tal era la operación absolutamente idéntica, practicada desde tiempo inmemorial en la familia van Tricasse, y a la cual se había prestado la naturaleza con extraordinaria complacencia. Desde 1340 se había visto invariablemente a un van Tricasse, viudo, casarse con una van Tricasse más joven que él, la cual enviudando a su vez, se unía a otro van Tricasse más joven que ella, quien al enviudar, etc., sin solución de continuidad. Cada cual moría a su vez con una regularidad mecánica. Ahora bien, la digna Brígida van Tricasse llevaba ya su segundo marido, y a no faltar a sus deberes, debía preceder en el otro mundo a su esposo, diez años más joven que ella, para hacer lugar a otra van Tricasse. Y con esto contaba el honorable burgomaestre absolutamente, a fin de no romper las tradiciones de la familia.

Tal era aquella casa, pacífica y silenciosa, cuyas puertas no sonaban, cuyas vidrieras no retemblaban, cuyos suelos no crujían, cuyas chimeneas no zumbaban, cuyas veletas no rechinaban, cuyos muebles no crepitaban, cuyas cerraduras no cascabeleaban, y cuyos habitantes no hacían más ruido que su propia sombra. El divino Harpócrates la hubiera seguramente escogido para templo del silencio...

## Capítulo III

### Donde el comisario Passauf hace una entrada tan ruidosa como inesperada

CUANDO la interesante conversación que más arriba hemos referido entre el consejero y el burgomaestre había comenzado, eran las tres menos cuarto de la tarde. A las tres y cuarenta y cinco minutos fue cuando van Tricasse encendió su ancha pipa que podía contener un cuarterón de tabaco y a las cinco y treinta y cinco minutos cuando acabó de fumar.

Durante todo este tiempo, ambos interlocutores no hablaron una sola palabra.

A las seis, el consejero, que siempre procedía por *pretermisión*<sup>[8]</sup>, o *aposiopesis*, manifestó:

—¿Conque nos decidimos?

—A no decidir nada —replicó el burgomaestre.

—Creo, en suma, que tiene usted razón, van Tricasse.

—También lo creo, Niklausse. Tomaremos una resolución respecto del comisario civil cuando estemos mejor enterados; más tarde... No llevamos un mes apenas...

—Ni siquiera un año respondió Niklausse desdoblado su pañuelo del cual se servía, por otra parte, con perfecta discreción.

Se estableció otro silencio que duró todavía una hora larga, sin que nada turbase esta nueva parada en la conversación, ni aun la aparición del perro de la casa, el honrado Lento, que, no menos flemático que su amo, vino a dar con mucha suavidad una vuelta al aposento.

¡Digno perro! ¡Modelo para todos los de su especie! De cartón fuera, con ruedecillas en las patas, que no hubiera hecho menos ruido en su visita.

A eso de las ocho, después que Lotche trajo la lámpara antigua de vidrio deslustrado, el burgomaestre dijo al consejero:

—¿No tenemos otro asunto urgente que despachar, Niklausse?

—No, van Tricasse, ninguno que yo sepa.

—¿No me ha dicho, sin embargo —preguntó el burgomaestre— que la torre de la puerta de Audenarde amenaza ruina?

—En efecto —respondió el consejero—, y ciertamente que no me llevaría chasco si algún día aplastase a un transeúnte.

—¡Oh! Antes que suceda tal desgracia, espero que habremos tomado una decisión respecto de esa torre.

—Así lo espero, van Tricasse.

—Hay cuestiones más urgentes que resolver.

—Sin duda —respondió el consejero—; por ejemplo, la cuestión del mercado de cueros.

—¿Todavía sigue ardiendo? —preguntó el burgomaestre.

—Así sigue hace tres semanas.

—¿No hemos decidido en consejo dejarlo arder?

—Sí, van Tricasse, y eso a propuesta suya.

—¿No era el medio más seguro y sencillo de acabar con el incendio?

—Sin duda alguna.

—Pues bien, esperemos. ¿No hay más?

—No hay más —respondió el consejero, rascándose la frente, como para asegurarse de que no olvidaba algún asunto importante.

—¡Ah! —dijo el burgomaestre—. ¿No ha oído hablar también de un escape de agua que amenazaba inundar el barrio de Santiago?

—Efectivamente —respondió el consejero—. Y es de sentir que el escape no se haya declarado encima del mercado de cueros, porque hubiera naturalmente combatido el incendio, lo cual nos ahorraría los gastos de discusión.

—¿Qué quiere usted, Niklausse? No hay cosa que menos lógica tenga que los accidentes.

No tienen enlace alguno entre sí y no es posible, como se quisiera, aprovechar el uno para atenuar el otro.

Esta aguda observación de van Tricasse exigió algún tiempo para que la saborease plenamente su interlocutor y amigo.

—Pero —repuso algunos instantes después el consejero Niklausse—, ni siquiera hablamos de nuestro gran negocio.

—¿Cuál? ¿Conque tenemos un gran negocio?

—¡Sin duda! Se trata del alumbrado de la población.

—¡Ah, sí! —respondió el burgomaestre—. Si mi memoria es fiel, me quiere usted hablar del alumbrado del doctor Ox.

—Precisamente.

—¿Y bien?

—La cosa marcha, Niklausse. Se está procediendo a la colocación de los tubos y la fábrica se encuentra del todo concluida.

—Quizá nos hemos precipitado mucho en ese negocio —dijo el consejero, torciendo la cabeza.

—Quizá; pero nos sirve de excusa que el doctor Ox hace todos los gastos del experimento y que no nos cuenta un céntimo.

—Esa es, en efecto, nuestra excusa. Además, es menester ir con el siglo. Si el experimento sale bien, Quiquendone será la primera población de Flandes que se alumbre con gas ox... ¿Cómo se llama ese gas?

—El gas oxhídrico.

—Vaya, pues, con el gas oxhídrico.

En aquel momento se abrió la puerta y Lotche vino a anunciar a su amo que la cena estaba lista.

El consejero Niklausse se levantó para despedirse de van Tricasse, a quien tantas decisiones adoptadas y tantos negocios tratados habían dado apetito. Después convinieron en reunir dentro de un plazo bastante largo el consejo de notables, a fin de resolver si se tomaría una medida provisional sobre la cuestión realmente urgente de la torre de Audenarde.

Los dos dignos administradores se dirigieron entonces hacia la puerta que daba a la calle, acompañando el uno al otro. El consejero, al llegar al último descansillo, encendió una pequeña linterna que debía guiarle por las calles oscuras de Quiquendone, no alumbradas todavía por el sistema del doctor Ox. La noche estaba oscura, era el mes de octubre, y una ligera neblina tendía su sombra sobre la población.

Los preparativos de la salida del consejero Niklausse exigieron un buen cuarto de hora, porque después de haber encendido la linterna, se calzó las almadreñas articuladas de becerro y se puso los espesos guantes de piel de carnero; después levantó el peludo cuello de su levita, abatió su visera sobre los ojos, aseguró en las

manos el enorme paraguas de puño encorvado y se dispuso a salir.

En el momento en que Lotche, alumbrando a su amo, iba a retirar la barra de la puerta, estalló por fuera un ruido inesperado. ¡Sí! Por inverosímil que esto pareciera, un ruido, un verdadero ruido, tal como no lo había oído la villa desde la toma del torreón por los españoles en 1513, un espantoso ruido despertó los adormecidos ecos de la antigua casa van Tricasse.

Llamaban a la puerta, virgen hasta entonces de todo brutal tocamiento. Se daban aldabonazos con un instrumento contundente que debía ser un palo nudoso o manejado por robusta mano.

A los golpes se añadían gritos como llamando, y se oían claramente estas palabras:

—Señor van Tricasse, señor burgomaestre, abran, abran pronto.

El burgomaestre y el consejero, absolutamente atolondrados, se miraron sin decir palabra, porque lo que pasaba era superior a lo que su imaginación podía concebir. Si se hubiese disparado la vieja culebrina del castillo, que no funcionaba desde el año 1385, no quedarían más estropeados, permítasenos esta palabra y sea excusable su trivialidad, en gracia de su expresión.

Entretanto, los golpes, los gritos, los llamamientos redoblaban, y Lotche, recobrando su serenidad, se atrevió a hablar.

—¿Quién está ahí? —preguntó ella.

—Soy yo, yo, yo.

—¿Y quién es yo?

—El comisario Passauf.

¡El comisario Passauf! Aquel mismo cuyo cargo se trataba de suprimir hacía diez años.

¿Qué sucedía, pues? ¿Habían invadido los borgoñeses a Quinquendone como en el siglo XIV?

Nada menos que un acontecimiento de esa especie se necesitaba para conmover hasta ese punto al comisario Passauf, que en nada cedía al mismo burgomaestre en cuanto a calmoso y flemático.

A una seña de van Tricasse, porque el buen señor no hubiera podido articular una sola palabra, el barrote se apartó y se abrió la puerta.

El comisario Passauf se precipitó en el recibimiento cual si fuera un huracán.

—¿Qué hay, señor comisario? —preguntó Lotche, valiente chica

que no perdía la cabeza en las circunstancias más graves.

—¿Lo que hay? —dijo Passauf, cuyos ojos abultados expresaban una emoción real—. Hay, que vengo de casa del doctor Ox, donde había recepción y allí...

—¿Allí? —dijo el consejero.

Allí he sido testigo de un altercado tal que... señor burgomaestre, han hablado de política.

—¡Política! —repitió van Tricasse mesándose la peluca hasta erizarla.

—¡Política! —repuso el comisario Passauf—. Lo cual no ha sucedido quizá en cien años en Quiquendone. Entonces la discusión se acaloró. ¡El abogado Andrés Schut y el médico Domingo Custos han tenido tan violenta discusión que quizá se vean precisados a ir al terreno!

—¡Al terreno! —exclamó el consejero. ¡Un duelo en Quiquendone! ¿Pues qué se han dicho el abogado Schut y el médico Custos?

—Esto textualmente, «Señor abogado —ha dicho el médico a su adversario—, va usted un poco lejos me parece, y no piensa en modo alguno en medir sus palabras».

El burgomaestre van Tricasse juntó las manos. El consejero palideció y dejó caer su linterna. El comisario movió la cabeza.

¡Una frase tan provocadora pronunciada por dos notables del país!

—Ese médico Custos —susurró van Tricasse— es decididamente hombre peligroso, cabeza exaltada; ¡vengan, señores!

Y con esto, el consejero Niklausse y el comisario entraron en la casa con el burgomaestre van Tricasse...

## Capítulo IV

### **Donde el doctor Ox se revela como fisiólogo de primer orden y audaz experimentador**

¿QUIÉN es, pues, ese personaje conocido con el extraño nombre de doctor Ox?

Seguramente que un ser original, pero al propio tiempo un sabio audaz, un fisiólogo cuyos trabajos son conocidos y apreciados en toda la Europa científica, un rival afortunado de Davy<sup>[9]</sup>, Dalton, Bostock, Menzies, Godwin, Vierordt, ingenios todos que han elevado la fisiología al primer puesto entre las ciencias modernas.

El doctor Ox era hombre medianamente grueso, de estatura regular, de edad de..., no lo podemos precisar, como tampoco su nacionalidad; pero importa poco. Basta saber que era un personaje extraño, de sangre caliente e impetuosa, verdadero excéntrico escapado de un tomo de Hoffmann y que formaba singular contraste con los habitantes de Quiquendone. Tenía imperturbable confianza en sus doctrinas y en sí mismo. Siempre sonriendo y marchando con la cabeza erguida fácil y libremente, de hombros bien marcados, las ventanas de la nariz bien abiertas, gran boca que absorbía el aire con fuertes aspiraciones, su persona era de complaciente aspecto. Revelaba mucha vida, muchísima; estaba bien equilibrado en todas las partes de su máquina, andaba bien, cual si tuviera azogue en las venas y cien agujas en los pies. Así es que nunca podía estarse quieto, deshaciéndose en palabras precipitadas y en ademanes superabundantes.

¿Era rico aquel doctor Ox que emprendía a sus expensas la instalación del alumbrado de una población entera?

Probablemente, puesto que se permitía semejantes gastos y es la única respuesta que podemos dar a tan indiscreta pregunta.

Cinco meses hacía que el doctor Ox había llegado a Quiquendone en compañía de su ayudante que respondía al nombre de Gedeón Igeno, grande, seco, flaco, todo altura, pero no menos vivo que su amo.

¿Y por qué había tomado el doctor Ox por su cuenta el alumbrado de la villa? ¿Por qué había escogido precisamente a los apacibles quiquendoneses, flamencos entre los flamencos, y quería dotarlos con los beneficios de un alumbrado excepcional? ¿No pretendería, bajo este pretexto, ensayar algún gran experimento fisiológico, operando *in anima vili*? En una palabra, ¿qué iba a intentar este ser original? No lo sabemos, puesto que el doctor Ox no tenía otro confidente que su ayudante Igeno, que le obedecía ciegamente.

En apariencia al menos, el doctor Ox se había comprometido a alumbrar la población, que bien lo necesitaba, sobre todo de noche, como decía con cierta gracia el comisario Passauf. Así es que ya se había instalado una fábrica para la producción del gas, los gasómetros estaban dispuestos para funcionar, y la tubería, circulando debajo del empedrado de las calles, debía muy pronto derramarse y abrirse en forma de mecheros<sup>[10]</sup> por los edificios públicos y por las casas particulares de ciertos amigos del progreso.

En su calidad de burgomaestre, Tricasse, y en su calidad de consejero, Niklausse, y además otros notables habían creído deber autorizar en sus habitaciones la introducción del moderno alumbrado.

Si el lector no lo ha olvidado, durante la larga conversación del consejero y del burgomaestre se dijo que el alumbrado debía conseguirse no por la combustión del vulgar hidrógeno carbonado obtenido por la destilación del carbón mineral, sino por el empleo de un gas más moderno y veinte veces más brillante, el gas oxhídrico, que consiste en el oxígeno e hidrógeno mezclados.

Ahora bien, el doctor, químico hábil e ingeniero, sabía obtener ese gas en gran cantidad y barato, no empleando el manganato de sosa, según el procedimiento de Tessié de Motay, sino descomponiendo simplemente el agua ligeramente acidulada por medio de una pila con elementos nuevos e inventada por él. No se

usaban sustancias costosas, ni platino, ni retortas, ni combustibles, ni aparatos delicados para producir aisladamente los dos gases. Una corriente eléctrica atravesaba unas vastas tinas de agua, y el elemento líquido se descomponía en sus dos partes constitutivas, el oxígeno y el hidrógeno. El oxígeno se iba por un lado, y el hidrógeno, en doble volumen que su asociado, se marchaba por otro.

Los dos se recogían en receptáculos separados; precaución importante, porque su mezcla hubiera producido una espantosa explosión encendiéndose. Y luego los tubos debían conducirlos separadamente a los diversos mecheros, dispuestos de modo que se precaviese esa explosión. Se produciría entonces una llama cuyo brillo rivalizaría con la luz eléctrica, que según los experimentos de Casselmann, es igual a la de mil ciento setenta y una bujías, ni una más ni una menos.

Cierto es que la villa de Quiquendone obtendría con esta generosa combinación un alumbrado espléndido, pero de esto era de lo que menos se preocupaban el doctor Ox y su preparador, como más adelante lo veremos.

Precisamente, al día siguiente al del que el comisario Passauf había aparecido ruidosamente en el gabinete del burgomaestre, Gedeón Igeno y el doctor Ox hablaban ambos en el laboratorio que les era común en el piso bajo del principal cuerpo de la fábrica.

—¿Y bien, Igeno, y bien? —exclamó el doctor Ox restregándose las manos—. ¡Ya los ha visto ayer, a esos buenos quiquendoneses de sangre fría que ocupan en cuanto a la viveza de pasiones el término medio entre las esponjas y las excrecencias coralígenas! ¡Los ha visto disputando y provocándose con la voz y el ademán! ¡Ya están metamorfoseados moral y químicamente! Y ahora no hacemos más que empezar. Espere para contemplarlos cuando los tratemos a altas dosis.

—En efecto, maestro —respondió Gedeón Igeno, rascándose su nariz aguileña con la punta del índice—, el experimento comienza bien y si yo no hubiese cerrado con prudencia la llave de salida, no sé lo que hubiera acontecido.

—Ya ha oído usted a ese abogado Schut y al médico Custos. La frase en sí misma no era maliciosa, pero en la boca de un quinquendonense vale todas las series de injurias que los héroes de

Homero se echan a la cara antes de desenvainar. ¡Ah!, ¡qué flamencos! Ya verán qué haremos de ellos un día.

—Haremos de ellos unos ingratos —respondió Gedeón Igeno, con el tono de un hombre que aprecia la especie humana en su justo valor.

—¡Bah! Poco importa que lo agradezcan o no, con tal de que salga bien el experimento.

—Por otra parte —añadió el ayudante, sonriendo con malicia—, ¿no es de temer que al producir semejante excitación en su aparato respiratorio desorganicemos un poco los pulmones a esos honrados habitantes de Quiquendone?

—Peor para ellos. Esto se hace en interés de la ciencia. ¿Qué diría usted si los perros o las ranas se negasen a los experimentos de vivisección?

Es probable que si se consultase a las ranas y a los perros, estos animales harían algunas objeciones a las prácticas de los vivisectores; pero el doctor Ox creyó haber hallado un argumento irrefutable, porque exhaló un largo suspiro de satisfacción.

—En suma, tiene usted razón, maestro —respondió Gedeón Igeno con tono de convicción—. No podemos hallar cosa más a propósito que los habitantes de Quiquendone.

—Verdad es que no podíamos —dijo el doctor articulando cada sílaba.

—¿Les ha tomado el pulso a esos seres?

—Cien veces.

—¿Y cuál es el término medio de las pulsaciones observadas?

—Ni aun cincuenta por minuto. Fáciles comprenderlo. ¡Una población donde no ha habido en un siglo una sombra de discusión; donde los carreteros no blasfeman ni los cocheros se injurian, ni los caballos se desbocan, ni los perros muerden, ni los gatos arañan! ¡Una población donde el simple tribunal de policía descansa de un cabo al otro del año! ¡Una población donde nadie se apasiona por nada, ni por las artes ni por los negocios! ¡Una población donde los gendarmes se hallan en estado de mitos y en la cual no se ha formado sumario en cien años! ¡Una población, en fin, donde desde hace trescientos años no se ha dado un puñetazo ni un bofetón! Ya comprenderá usted, Igeno, que eso no puede durar más y que todo lo modificaremos.

—¡Perfectamente! ¡Perfectamente! —replicó el ayudante entusiasmado. ¿Y el aire de ese pueblo, lo ha analizado?

—No he dejado de hacerlo. Setenta y nueve partes de nitrógeno y veintiuna partes de oxígeno, ácido carbónico y vapor acuoso en cantidad variable. Son las proporciones ordinarias.

—Bien, doctor, bien —respondió maese Igeno—. El experimento se hará en grande y será sin duda decisivo.

—Y si es decisiva —añadió el doctor Ox con voz de triunfo—, reformaremos el mundo.

## Capítulo V

### Donde el burgomaestre y el consejero van a hacer una visita al Doctor Ox, y lo que sigue

EL consejero Niklausse y el burgomaestre van Tricasse supieron al fin lo que es una noche agitada. El grave acontecimiento ocurrido en casa del doctor Ox les causó un verdadero insomnio. ¿Qué consecuencia tendría la cosa? No podían imaginarlo. ¿Habría que adoptar alguna decisión? ¿Tendría que intervenir la autoridad municipal que ellos representaban? ¿Se publicarían edictos para que semejante escándalo no se renovase?

Estas dudas no podían menos que perturbar a tan blandas naturalezas. Por eso la víspera, antes de separarse, habían decidido volverse a ver al día siguiente.

Al día siguiente, pues, antes de comer, el burgomaestre van Tricasse se dirigió en persona a casa del consejero Niklausse, a quien encontró más tranquilizado. También él recobró la serenidad.

—¿No hay nada de nuevo? —preguntó van Tricasse.

—Nada de nuevo desde ayer —contestó Niklausse.

—¿Y el médico Domingo Custos?

—No he oído hablar de él ni más ni menos que del abogado Andrés Schut.

Después de una hora de conversación que ocuparía tres líneas y que es inútil referir, el consejero y el burgomaestre habían resuelto visitar al doctor Ox, a fin de obtener algunas aclaraciones, sin aparentarlo.

Tomada esta resolución contra sus hábitos, ambas notabilidades se decidieron a ejecutarla rápidamente. Abandonaron la casa y se

dirigieron a la fábrica del doctor Ox, situada fuera de la población, cerca de la puerta de Audenarde, la que amenazaba ruina.

El burgomaestre y el canciller no se daban el brazo pero andaban, *passibus oequis*, con el paso lento y solemne, que no les hacía adelantar sino tres pulgadas apenas por segundo.

Por lo demás, este era el paso mismo de sus administrados que desde memoria de hombre no habían visto a nadie correr por las calles de Quiquendone.

De vez en cuando, en una travesía sosegada y tranquila en la esquina de una calle pacífica las dos notabilidades se paraban para saludar a la gente.

—Buenos días, señor burgomaestre —decía uno.

—Buenos días, amigo mío —respondía van Tricasse.

—¿No hay nada nuevo, señor consejero? —preguntaba otro.

—Nada nuevo —respondía Niklausse.

Mas por ciertas cataduras atónitas y por ciertas miradas indagadoras, podía comprenderse que la reyerta de la víspera era conocida en la ciudad. Con sólo ver la dirección seguida por van Tricasse, el más obtuso de los quiquendoneses hubiera acertado que el burgomaestre iba a dar algún grave paso. El asunto de Custos y de Schut preocupaba todos los ánimos, pero nadie tomaba todavía partido por uno o por otro. El abogado y el médico eran, en suma, dos personas muy estimadas. El primero no había tenido ocasión nunca de informar en una ciudad donde los procuradores y alguaciles sólo existían por memoria, y, por consiguiente, no había perdido pleito alguno. En cuanto al segundo, era un práctico honroso que a ejemplo de sus colegas, curaba a los enfermos de todas sus enfermedades, menos de la que morían, hábito desagradable adquirido desgraciadamente por los miembros de todas las facultades en cualquier país que ejerzan su profesión.

Al llegar a la puerta de Audenarde, el consejero y el burgomaestre dieron prudentemente un ligero rodeo, a fin de no pasar por el radio de caída de la torre, y luego la consideraron con atención.

—Creo que se caerá —dijo van Tricasse.

—También lo creo —respondió Niklausse.

—A no ser que la apuntalen —añadió van Tricasse—. ¿Pero debe apuntalarse? Esa es la cuestión.

—Es, en efecto, la cuestión —respondió Niklausse.

Algunos instantes después se presentaban a la puerta de la fábrica.

—¿Está visible el doctor Ox? —preguntaron.

El doctor Ox estaba siempre visible para las primeras autoridades de la villa, y éstas fueron introducidas en el gabinete del célebre fisiólogo. Tal vez los dos notables aguardaron una hora larga, antes que el doctor apareciese. Al menos hay fundamento para creerlo, porque el burgomaestre, lo cual no le había sucedido en toda su vida, manifestó cierta impaciencia, de la cual tampoco se sintió exento su compañero.

El doctor Ox entró por fin y se excusó por haber hecho esperar a los señores; pero había tenido que aprobar un plano de gasómetro, y que rectificar una ramificación de tubería...

Por lo demás, todo marchaba bien. Los conductos destinados al oxígeno estaban ya colocados. Antes de algunos meses, la población estaría dotada de un espléndido alumbrado.

Las dos notabilidades podían ver ya los orificios de los tubos que daban sobre el gabinete del doctor.

Después de estas explicaciones, el doctor se informó del motivo que le proporcionaba la honra de recibir en su casa al burgomaestre y al consejero.

—Para verlo, doctor, para verlo —respondió van Tricasse—. Hace mucho tiempo que no habíamos tenido ese gusto. Salimos poco en nuestra villa de Quiquendone. Contamos nuestros pasos y nuestras andadas. Felices cuando nada viene a interrumpir nuestra uniformidad...

Niklausse miraba a su amigo. Este no había hablado nunca tanto, al menos sin tomarse tiempo ni espaciar sus frases con dilatadas pausas. Parecíale que van Tricasse se expresaba con cierta volubilidad que no le era natural. El mismo Niklausse sentía también como una irresistible comezón de hablar.

En cuanto al doctor Ox, miraba cuidadosamente al burgomaestre con cierta malicia.

Van Tricasse, que nunca discutía sino después de haberse instalado a sus anchas en un buen sillón, se había levantado esta vez. No sé qué sobreexcitación nerviosa, enteramente contraria a su temperatura, se había apoderado de él. Todavía no gesticulaba,

pero esto no podía tardar. En cuanto al consejero, se rascaba las pantorrillas y respiraba a lentas, pero anchas, bocanadas. Su mirada se animaba poco a poco y estaba decidido a sostener contra todo, en caso necesario, a su leal amigo el burgomaestre.

Van Tricasse se había levantado, y después de dar algunos pasos, vino a colocarse de nuevo enfrente del doctor.

—¿Y dentro de cuántos meses —preguntó con tono algo acentuado—, dentro de cuántos meses dice usted que estarán sus trabajos concluidos?

—Dentro de tres o cuatro meses, señor burgomaestre.

—¡Tres o cuatro meses! Muy largo es eso —dijo van Tricasse.

—¡Demasiado largo! —añadió Niklausse, que, no pudiendo aguantar más en su sitio, se había levantado también.

—Necesitamos ese tiempo para acabar nuestra instalación —respondió el doctor—. Los obreros que hemos escogido en la población de Quiquendone no son muy activos.

—¡Cómo que no! —exclamó el burgomaestre, que tomaba, al parecer, esas palabras como una ofensa personal.

—No, señor burgomaestre —respondió al doctor Ox insistiendo—. Un obrero francés haría en un día el trabajo de diez de sus administrados. Ya lo sabe usted, son flamencos puros.

—¡Flamencos! —exclamó el consejero Niklausse, cuyos puños se crisparon. ¿Qué sentido quiere usted dar a esa palabra, caballero?

—El sentido... amable que todo el mundo le da —respondió, sonriendo, el doctor.

—¡Cuidado, caballero! —dijo el burgomaestre, recorriendo a grandes pasos el gabinete de uno a otro lado—, no me gustan esas insinuaciones. Los obreros de Quiquendone valen tanto como los de cualquiera otra ciudad del mundo, entiende, y no es a París ni a Londres a donde iremos a buscar modelos. En cuanto a los trabajos que le conciernen, le ruego que acelere su ejecución. Las calles están desempedradas para la colocación de los tubos, y ésa es una traba de la circulación. El comercio acabará por quejarse, y yo, administrador responsable, no quiero incurrir en reconvenções harto legítimas.

¡El bravo burgomaestre! ¡Había hablado de comercio y de circulación, y estas palabras, a que no estaba acostumbrado, no le desollaban los labios! ¿Qué le pasaba, pues?

—Por otra parte —añadió Niklausse, la población no puede estar por más tiempo privada de luz.

—Sin embargo —dijo el doctor—, una población que lo espera hace ochocientos o novecientos años...

—Razón de más, caballero —repuso el burgomaestre acentuando las sílabas—. ¡Otro tiempo, otras costumbres! El progreso marcha y no queremos quedarnos atrás. Antes de un mes entenderemos que nuestras calles han de estar alumbradas, o bien pagará usted una indemnización considerable por cada día de retraso. ¿Qué sucedería si en medio de las tinieblas ocurriese alguna riña?

—Efectivamente —exclamó Niklausse—, basta una chispa para inflamar a un flamenco.

Flamenco, flama.

—Y a propósito —dijo el burgomaestre a las palabras de su amigo, el comisario Passauf, jefe de la policía municipal, nos ha dado parte de que una discusión se había entablado anoche en sus salones, señor doctor. ¿Se ha equivocado al decir que se trataba de una discusión política?

—En efecto, señor burgomaestre —respondió el doctor, que reprimía, no sin pena, un suspiro de satisfacción.

—¿Y no hubo un altercado entre el médico Domingo Custós y el abogado Andrés Schut?

—Sí, señor consejero, pero las expresiones que se cruzaron no tenían nada de grave.

—¡Nada de grave! —exclamó el burgomaestre.

—¿Nada grave cuando un hombre dice a otro que no mide el alcance de sus palabras?

Entonces, ¿con qué barro está usted amasado, caballero? ¿No sabe usted que en Quiquendone no se necesita más para acarrear consecuencias funestas? Y, caballero, si usted o cualquier otro se permitiese hablarme así...

—Y a mí —añadió el consejero Niklausse.

Y al pronunciar estas palabras, con tono amenazador, ambas notabilidades, cruzadas de brazos y con el pelo erizado, miraban de frente al doctor Ox, en disposición de jugarle una mala pasada, si un gesto, menos que un gesto, una mirada hubiera revelado en él la intención de contrariarles.

Pero el doctor no pestañeó.

—En todo caso, caballero —prosiguió el burgomaestre—, entiendo hacerle responsables de lo que pase en su casa. Garantizo la tranquilidad de la población y no quiero que se vea turbada. Los acontecimientos de anoche no se renovarán o cumpliré con mi deber, caballero.

¿Lo ha entendido? Pero responda, caballero.

Al hablar así, el burgomaestre, bajo el imperio de una sobreexcitación extraordinaria, elevaba la voz hasta el diapasón de la cólera. Estaba furioso aquel digno van Tricasse, y ciertamente que debieron oírle desde fuera. Por último, fuera de sí, y viendo que el doctor no respondía a sus provocaciones, dijo:

—Venga, Niklausse.

Y, cerrando la puerta con una violencia que conmovió la casa, el burgomaestre arrastró al consejero en pos de sí. Poco a poco, y después de andar unos veinte pasos por la campiña, los dignos notables se calmaron. Su marcha se amortiguó y su andar se modificó. El enrojecimiento de su rostro se apagó y de encarnado pasó a color de rosa. Y un cuarto de hora después de haber salido de la fábrica, van Tricasse decía con apacible tono al consejero Niklausse:

—¡Qué hombre tan amable es el doctor Ox! Le veré siempre con el mayor placer.

## Capítulo VI

### **En donde Frantz Niklausse y Suzel van Tricasse forman algunos proyectos para el porvenir**

NUESTROS lectores saben que el burgomaestre tenía una hija, la señorita Suzel; mas por perspicaces que sean no han podido adivinar que el consejero Niklausse tenía un hijo, el señor Frantz. Y aun cuando lo hubiesen adivinado, nada les permitiría imaginar que Frantz fuese el novio de Suzel. Añadiremos que estos dos jóvenes estaban hechos el uno para el otro, y que se amaban como se ama en Quiquendone.

No debemos creer que los corazones jóvenes dejasen de palpar en aquella población excepcional; sólo que latían con cierta lentitud. Se casaban como en cualquiera otra ciudad del mundo, pero se tomaban tiempo para ello. Los futuros, antes de enredarse en los terribles lazos, querían estudiarse, y los estudios duraban lo menos diez años, como en el colegio.

Raras veces se recibía nadie antes de ese tiempo.

Sí. ¡Diez años! ¡Durante diez años se cortejaban! ¿Es acaso demasiado cuando se trata de ligarse por toda la vida? ¿Se estudia diez años para ser ingeniero o médico, abogado o consejero de prefectura, y se pretende adquirir en menos tiempo los conocimientos necesarios para marido? Esto es inadmisibile, y sea por temperamento o por razón, los quiquendoneses están, a nuestro parecer, en lo cierto al prolongar así sus estudios. Cuando en otras poblaciones libres y ardientes se ven efectuar los casamientos en pocos meses, hay que encogerse de hombros y darse prisa en enviar a los muchachos al colegio y a las muchachas a la enseñanza de

Quiquendone.

No se citaba, en medio siglo, más que un matrimonio hecho en dos años y aún así por poco paró en mal. Frantz Niklausse quería, pues, a Suzel van Tricasse, pero apaciblemente, como se ama cuando se tienen diez años por delante para adquirir el objeto amado. Todas las semanas, una sola vez, y a la hora convenida, Frantz venía a buscar a Suzel y la conducía a la orilla del Vaar, cuidando de llevarse la caña de pescar, mientras que su amada no olvidada el cáñamo de tapicería, en el cual sus bonitos dedos casaban las flores más inverosímiles.

Conviene decir aquí que Frantz era un joven de veintidós años, en cuyo rostro apuntaba un ligero bozo de melocotón, y cuya voz apenas acababa de descender de una octava a otra.

En cuanto a Suzel, era rubia y sonrosada. Contaba diecisiete años, y no desdeñaba el pescar con caña. ¡Singular ocupación, sin embargo, que obliga a luchar en astucia con un barbito! Pero a Frantz le gustaba esto, y semejante pasatiempo cuadraba bien con su carácter.

Paciente cuanto se puede serlo, complaciéndose en seguir con meditabunda vista el tapón de corcho que se mecía al hilo del agua, sabía esperar, y cuando después de una sesión de seis horas un modesto barbo, compadeciéndose de él, consentía en dejarse pescar, era feliz, aunque sabía contener su emoción.

Aquel día los dos futuros, puede decirse que los dos prometidos, estaban sentados sobre la verde orilla. El límpido Vaar murmuraba a algunos pies debajo de ellos. Suzel impelía indolentemente su aguja por entre el cañamazo.

Frantz arrastraba automáticamente su sedal de izquierda a derecha, y luego le dejaba seguir la corriente de derecha a izquierda. Los barbitos trazaban en el agua redondeles caprichosos que se entrecruzaban alrededor del corcho, mientras que el anzuelo se paseaba vacío por las capas más inferiores.

De vez en cuando decía sin levantar siquiera los ojos sobre la niña:

—Creo que pica.

—¿Lo crees, Frantz? —respondía Suzel, que, abandonando un momento su labor, seguía con vista conmovida el cordel de su prometido.

—Pero no —añadía Frantz—. Había creído sentir un pequeño movimiento. Me he equivocado.

—Ya picará, Frantz —replicaba Suzel con pura y dulce voz—. Pero no olvide de tirar a tiempo. Siempre se retarda algunos segundos y el pececillo los aprovecha para escapar.

—¿Quiere usted tomar la caña, Suzel?

—Con mucho gusto, Frantz.

—Entonces deme el cañamazo. Veremos si soy más diestro con la aguja que con el anzuelo.

Y la joven tomaba la caña con trémula mano, mientras que el mozo hacía pasar la aguja por las mallas del cañamazo. Y durante horas enteras cruzaban así tiernas palabras, y sus corazones palpitaban cuando el corcho se estremecía sobre el agua. ¡Ah!, no olvidarán nunca aquellos encantadores momentos, en que, sentados el uno junto al otro, escuchaban el susurro de las aguas. Aquel día el sol estaba ya muy inclinado sobre el horizonte, y a pesar de los talentos combinados de Suzel y Frantz, nada había mordido. Los barbitos no se habían mostrado apiadados y se reían de los jóvenes, que eran demasiado buenos para guardarles rencor por eso.

—Seremos más afortunados otra vez, Frantz —dijo Suzel, cuando el joven pescador hincó su anzuelo, siempre virgen, en la planchuela de pino.

—Debemos esperarlo Suzel —respondió Frantz.

Y, después, caminando ambos uno junto a otro, emprendieron la vuelta a casa, sin cruzar una sola palabra, tan mudos como sus sombras, que se prolongaban delante de ellos.

Suzel se veía grande, muy grande, bajo los oblicuos rayos del sol poniente. Frantz parecía flaco, muy flaco como el largo cordel que tenía en la mano.

Llegaron a casa del burgomaestre. Unas verdes matas de hierbas adornaban las relucientes losas, y se hubieran guardado muy bien de arrancarlas, porque sirviendo de mullido a la calle, apagaban el ruido de los pasos.

En el momento en que iba a abrirse la puerta, Frantz creyó deber decir a su prometida.

—Ya lo sabe usted, Suzel, el gran día se acerca.

—Se acerca, en efecto, Frantz —respondió la niña entornando sus párpados.

—Sí —dijo Frantz—, dentro de cinco o seis años.

—Hasta la vista, Frantz —dijo Suzel.

—Hasta la vista, Suzel —respondió el joven Frantz.

Y después que la puerta se cerró, el joven tomó con paso igual y sosegado el camino de la casa del consejero Niklausse.

## Capítulo VII

### **Donde los andante se convierten en *allegro*, y los *allegro* en *vivace***

LA emoción causada por el incidente del abogado Schut y del médico Custos se había apaciguado, y el asunto no tuvo consecuencias. Podía, pues, esperarse que Quiquendone volvería a su apatía habitual, momentáneamente turbada por un acontecimiento inexplicable.

Entretanto, la colección de las tuberías destinadas a conducir el gas oxhídrico por los principales edificios de la población, se verificaba rápidamente. Los conductos y las ramificaciones se deslizaban poco a poco bajo el empedrado de Quiquendone. Pero los mecheros faltaban todavía, porque siendo su ejecución muy delicada, había sido necesario fabricarlos en el extranjero. El doctor Ox se multiplicaba; su ayudante Igeno y él no perdían un solo instante, dando prisa a los obreros, terminando los delicados órganos del gasómetro, alimentando día y noche las gigantescas pilas que descomponían el agua bajo la influencia de una poderosa corriente eléctrica. ¡Sí! El doctor fabricaba ya su gas, aunque la canalización no se hallaba terminada todavía lo cual, entre nosotros, hubiera parecido muy singular. Pero antes de poco tiempo, podía esperarse al menos, antes de poco, que el doctor Ox inauguraría en el teatro de la población los esplendores de su nuevo alumbrado.

Porque Quinquendone poseía un teatro, hermoso edificio a fe mía, cuya disposición interior y exterior recordaba todos los estilos. Era a la vez bizantino, románico, gótico, del renacimiento, con puertas de medio punto, ojivas, rosetones flamígeros, cimbalillos fantásticos, en una palabra, modelo de todos los géneros, mitad

Partenón, mitad Gran Café de París, lo cual no debe causar extrañeza, porque, comenzado en tiempo del burgomaestre Ludwig van Tricasse, en 1175, no se terminó hasta 1837, bajo el burgomaestre Natalis van Tricasse. Se habían empleado setecientos años en construirlo, y se había conformado sucesivamente con la moda arquitectónica de todas las épocas.

¡No importa! Era un hermoso edificio, cuyas pilastras romanas y bóvedas bizantinas no discreparían del alumbrado de gas oxhídrico.

Se representaba algo de todo en el teatro de Quiquendone, y especialmente la ópera seria y cómica; pero hay que decir que los compositores no hubieran podido reconocer sus obras, de tan cambiados como estaban los «movimientos».

En efecto, como nada se hacía aprisa en Quiquendone, las obras tenían que adaptarse al temperamento de los quiquendonenses. Aunque las puertas del teatro se abrían habitualmente a las cuatro y se cerraban a las diez, no había ejemplo de que durante esas seis horas se hubiesen representado más de dos actos. *Roberto el Diablo*, *Los Hugonotes* o *Guillermo Tell* ocupaban ordinariamente tres noches, de tan lenta como era la ejecución de estas óperas. Los *vivace*, en el teatro de Quiquendone, se convertían en verdaderos adagios. Los *allegros* se arrastraban larga, larguísima.

Las semifusas no valían las mínimas de cualquier otro país. Las tiradas más rápidas, ejecutadas según el gusto de los quiquendonenses, tomaban el andar de un himno de canto llano. Los indolentes trinos se prolongaban y acompañaban para no herir los oídos de los *dilettanti*.

Para decirlo, tomo como ejemplo el aire rápido de Fígaro que, a su entrada en el primer acto del Barbero de Sevilla, se llevaba al número treinta y tres del metrónomo y duraba cincuenta y ocho minutos, cuando el actor era muy vivaracho. Como es fácil colegirlo, los artistas que venían de fuera tenían que conformarse con esa moda, pero como les pagaban bien no se quejaban y obedecían fielmente la batuta del director de orquesta, que no marcaba nunca en los *allegros* más de ocho compases por minuto.

¡Pero, en cambio, qué de aplausos llovían sobre aquellos artistas que encantaban, sin fatigarlos nunca, a los espectadores de Quiquendone! Todas las manos daban una contra otra en intervalos bastantes separados, lo cual traducían los periódicos por «aplausos

frenéticos», y si una o dos veces el salón, entusiasmado, no se hundía bajo los bravos, es porque en el siglo duodécimo no se ahorra en los cimientos ni el mortero ni la piedra.

Por otra parte, para no exaltar las entusiastas naturalezas de los flamencos, el teatro sólo trabajaba una vez por semana, lo cual permitía a los actores estudiar con más profundidad sus papeles, y a los espectadores digerir por más tiempo las bellezas de las obras maestras del arte dramático.

Hacía mucho tiempo que las cosas marchaban así. Los artistas extranjeros tenían la costumbre de contratarse con el empresario de Quiquendone, cuando querían descansar de sus fatigas en otros teatros, y no parecía que nada debía modificar este inveterado hábito, cuando, quince días después del suceso Schut-Custos, un incidente inesperado vino a perturbar de nuevo la población.

Era sábado, día de ópera. No se trataba aún, como pudiera creerse, de inaugurar el nuevo alumbrado. No; los tubos bien llegaban hasta la sala, mas por el motivo arriba indicado, los mecheros no estaban todavía colocados y las bujías de la araña seguían proyectando su apacible luz sobre los espectadores que llenaban el teatro. Se habían abierto las puertas al público a la una de la tarde, y a las tres el salón estaba a medio llenar. Durante un momento había habido una cola que se desarrollaba hasta la extremidad de la plaza de San Ernulfo, delante de la tienda del farmacéutico José Liefrinck. Esta concurrencia permitía presagiar una buena representación.

—¿Irá esta noche al teatro? —había preguntado por la mañana el consejero al burgomaestre.

—No faltaré —había respondido van Tricasse—, y llevaré a mi mujer, a nuestra hija Suzel y a nuestra querida Tatanemancia, que se vuelven locas por la buena música.

—¿Vendrá la señorita Suzel? —dijo el consejero.

—Sin duda, Niklausse.

—Entonces mi hijo Frantz será uno de los primeros que acudirán —respondió Niklausse.

—¡Joven impulsivo, Niklausse! —repuso doctoralmente el burgomaestre—. ¡Cabeza atolondrada! Es necesario vigilar a ese muchacho.

—Ama, van Tricasse, ama a vuestra hermosa Suzel.

—Pues bien, Niklausse, se casará con ella. Una vez convenidos en ese matrimonio, ¿qué puede pedir más?

—No pide nada, van Tricasse, no reclama nada ese querido hijo. Pero, en fin, y no quiero decir más, no será el último en pedir su boleto en la taquilla.

—¡Ah! ¡Viva y ardiente juventud! —replicó el burgomaestre, sonriendo al recuerdo de su pasado—. ¡Así hemos sido nosotros, mi digno consejero! ¡También nosotros hemos amado!

¡También hemos cortejado en nuestros tiempos! Hasta la tarde, pues, hasta la tarde. A propósito, ¿sabe usted que ese Fioravanti es un gran artista? ¡Por eso la acogida que ha tenido entre nosotros! ¡No olvidará en mucho tiempo los aplausos de Quiquendone!

Se trataba, en efecto, del célebre tenor Fioravanti, que por su talento de cantante, su método perfecto, su voz simpática, provocaba entre los aficionados de la población un verdadero entusiasmo.

Tres semanas hacía que Fioravanti había obtenido, en *Los Hugonotes*, un éxito inmenso.

El primer acto, interpretado a gusto de los quiquendonenses, había ocupado una representación entera de la primera semana del mes. Otra función de la segunda semana, prolongada con andante infinitos, había valido al celebre artista una verdadera ovación. El triunfo se había acrecentado con el tercer acto de la obra maestra de Meyerbeer. Pero era en el cuarto donde esperaban ver a Fioravanti, y precisamente aquella tarde iba a ser cantado ante un público impaciente. ¡Ah! ¡Aquel dúo de Raúl y Valentina, aquel himno de amor a dos voces, tan suspirado, aquel momento en que se multiplican los *crescendo*, los *stringendo*, los *sforzando*, los *piu crescendo*, todo cantado lenta, compendiosa, interminablemente! ¡Oh! ¡Qué encanto!

Así que a las cuatro el teatro estaba lleno. Los palcos, la orquesta, el patio, estaban atestados. En primer término se hallaban el burgomaestre van Tricasse, la señorita van Tricasse, la señora de van Tricasse y la amable Tatanemancia, con gorro verde manzana; después, no lejos, el consejero Niklausse y su familia, sin olvidar al enamorado Frantz. Se veían también las familias del médico Custos, del abogado Schut, de Honorato Syntax, el gran juez, y a Soutman (Norberto), el director de la compañía de seguros, así como al

grueso banquero Collaert, loco por la música alemana, algo cantante él también, al preceptor Rupp, al director de la Academia, Jerónimo Resh, al comisario civil y a otras muchas notabilidades de la población que no pueden enumerarse sin abusar de la paciencia del lector.

Ordinariamente, esperando que el telón se levantase, los quiquendonenses tenían la costumbre de permanecer callados, leyendo los unos su periódico, cruzando otros algunas palabras en voz baja, yendo éstos a su asiento sin ruido ni atropelladamente, dirigiendo aquéllos una mirada semiapagada a las amables beldades que guarnecían las galerías.

Pero aquella noche, un observador hubiera reconocido que aún antes de alzarse el telón reinaba en el teatro una animación inusitada. Se estaban moviendo personas que nunca se agitaban. Los abanicos de las damas oscilaban con una rapidez anormal. Un aire más vivo parecía haber invadido todos los pechos y se respiraba con más holgura. Algunas miradas brillaban, puede decirse, tanto como las llamas de la lucerna, y parecían derramar un resplandor insólito.

Ciertamente que se veía más claro que de costumbre, aunque el alumbrado era el mismo. ¡Ah! ¡Si los nuevos aparatos del doctor Ox hubiesen funcionado! Pero no funcionaban todavía.

Por último, la orquesta está completa en su puesto. El primer violín pasa por entre los atriles para dar un modesto la a sus colegas. Los instrumentos de cuerda, los de viento y los de percusión están acordes. El maestro de orquesta no aguarda más que la campanilla para marcar el primer compás.

La campanilla suena y comienza el cuarto acto. El *allegro appassionato* de entrada se toca, según costumbre, con una grave lentitud que hubiera hecho dar un brinco al ilustre Meyerbeer, y cuya majestad toda sólo aprecian los diletantes quiquendonenses.

Pero muy pronto el director de orquesta comienza a perder el dominio sobre los ejecutantes. Le cuesta algún trabajo contenerlos, a ellos, tan obedientes y tan calmosos de ordinario. Los instrumentos de viento manifiestan tendencia a acelerar los movimientos, y hay que frenarlos con mano firme, porque adelantándose sobre los de cuerda producirían, desde el punto de vista armónico, un efecto desagradable. El mismo bajo, tocado por el hijo del farmacéutico José Liefrink, joven de muy buena

educación, propende a acalorarse.

Entretanto, Valentina ha principiado su recitado:

Estoy sola, mi casa... pero se acelera. El maestro de orquesta y todos los músicos la siguen, quizá inconscientemente, en su *cantabile*, que debería ser medido con pausa, como un doce por dieciocho que es.

Cuando Raúl aparece en la puerta del fondo, desde el momento en que Valentina le sale al encuentro, hasta al de esconderle en el cuarto de al lado, no se pasa un cuarto de hora, cuando antes, según la tradición del teatro de Quiquendone, ese recitado de treinta y siete compases duraba hasta treinta y siete minutos.

Saint Bris, Nevers, Cavannes y los señores católicos, han entrado en escena con alguna precipitación quizá.

Allegro pomposo ha marcado el compositor en la partitura. La orquesta y los señores andan efectivamente *allegro*, pero de ningún modo pomposo, y en el *tutti*, en esa página magistral de la conjuración y de la bendición de puñales, no se modera ya el *allegro* reglamentario. Cantores y músicos corren fogosamente. El director de orquesta ya no piensa en contenerlos. Por otra parte, el público no reclama, sino que, al contrario, se ve también arrastrado a un movimiento que responde a las aspiraciones del alma:

De incesantes disturbios y de una guerra impía.

¿Quiere usted librar como yo, la patria mía?

Esto se promete y se jura. Apenas tiene Nevers el tiempo de protestar y de cantar que

«entre sus abuelos cuenta soldados y no asesinos». Le prenden. Los alguaciles y corchetes llegan y juran rápidamente «herir a todos a la vez». Saint Bris recorre como un verdadero dos por cuatro callejero el recitado que llama a los católicos a la venganza. Los tres frailes, llevando canastillos con fajas blancas, se precipitan por la puerta del fondo de la habitación de Nevers, sin tener presente la exigencia de la escena que les recomienda adelantarse lentamente. Ya todos los asistentes han sacado sus espadas y sus puñales, los tres monjes echan su bendición en un abrir y

cerrar de ojos. Las sopranos, los tenores y bajos atacan con gritos encarnizados el *allegro* furioso, y de un seis por ocho dramático hacen un seis por ocho de rigodón.

Y luego salen aullando el canto de la cita a medianoche:

A medianoche  
¡No hay ruido!  
¡Dios lo quiera!  
Sí  
A medianoche

En aquel momento el público está de pie. Todos se agitan en los palcos, en las lunetas y en las galerías. Parece que todos los espectadores van a arrojar a la escena con el burgomaestre van Tricasse a la cabeza, a fin de reunirse con los conjurados y aniquilar a los hugonotes, de cuyas opiniones, sin embargo, participan. Aplauden, llaman a la escena y aclaman. Tatanemancia agita con mano febril su gorro verde manzana. Las lámparas del salón despiden un brillo ardiente.

Raúl, en vez de levantar lentamente la colgadura, la rasga con ademán soberbio y se encuentra frente a frente con Valentina.

Por último, ya ha llegado el gran dúo que se canta *allegro vivace*. Raúl no aguarda las preguntas de Valentina, ni Valentina las respuestas de Raúl. El pasaje adorable: El peligro se acerca

Y el tiempo vuela...

se convierte en uno de esos rápidos dos por cuatro que tanta fama han dado a Offenbach cuando hace bailar a los conjurados. El andante amoroso:

¡Tú lo has dicho!  
¡Sí, tú me amas!

ya no es más que un *vivace* furioso y el violonchelo de la orquesta no se ocupa en imitar las inflexiones de voz del cantor,

como lo indica la partitura del maestro. En vano Raúl exclama:

¡Sigue hablando y prolonga  
Del corazón el inefable sueño!

Valentina no puede prolongar, y se ve que a aquél le devora un fuego insólito. Cada si y cada do que lanza fuera del alcance natural ostentan un brillo tremendo. Se agita, gesticula y está abrasado.

Se oye la campana que resuena, pero ¡qué campana! El campanero no se duerme. Es un toque a rebato espantoso que lucha con ímpetu con los furores de la orquesta.

Por último, el movimiento que va a terminar tan magnífico acto:

¡No más amor sublime!  
¡Oh pesar que me oprime!

que el compositor indica *allegro con moto*, se lleva con un *prestissimo* desenfrenado, asemejándose a un tren que corre.

Vuelve la campana a sonar. Valentina cae desmayada y Raúl se tira por la ventana.

Ya era tiempo. La orquesta, realmente embriagada, no hubiera podido proseguir. La batuta del director ya no es más que un pedazo destrozado sobre la concha del apuntador. Las cuerdas de los violines están rotas y los mangos retorcidos. En su furor, el timbalero ha reventado los timbales. El contrabajo está montado sobre su instrumento sonoro. El primer clarinete se ha tragado la boquilla de su instrumento, y el segundo oboe mastica entre sus dientes la lengüeta de caña. La corredera del trombón está falseada, y, por último, el desgraciado trompa no puede retirar la mano, que ha hundido demasiado en el pabellón de su instrumento.

¿Y el público? El público, jadeante, inflamado, gesticula y aúlla. Todos los rostros están rojos, como si un incendio hubiera abrasado los cuerpos por dentro. La gente se aglomera y amontona para salir, los hombres sin sombrero, las mujeres sin manto. Se atropellan en los corredores, se estrellan en las puertas, disputan y se pegan. Ya no hay autoridades. Ya no hay burgomaestre. Todos son iguales ante la excitación infernal...

Y algunos instantes después, cuando cada cual está en la calle,

todos recobran su calma acostumbrada y entran pacíficamente en sus casas con el recuerdo confuso de lo que han experimentado.

El cuarto acto de *Los Hugonotes*, que duraba otras veces seis horas, principiado aquella tarde a las cuatro y media, estaba terminado a las cinco menos doce. ¡Había durado dieciocho minutos!

## Capítulo VIII

### En que el antiguo y solemne vals alemán se vuelve torbellino

PERO si los espectadores, después de salir del teatro, recobraron su calma acostumbrada; si se dirigieron pacíficamente a sus casas, sin conservar más que una especie de atolondramiento pasajero, no habían dejado de sufrir una exaltación extraordinaria; y anonadados, rendidos, como si hubieran cometido algún exceso en la comida, cayeron pesadamente en sus camas.

Al día siguiente tuvieron todos una especie de recuerdo de lo ocurrido la víspera. En efecto, al uno le faltaba el sombrero, perdido en la zambra, al otro un faldón de la levita rasgado en la pelea, a esta su fino zapato de *ruse*<sup>[11]</sup>, a aquella su manto de los días señalados.

Volvió la memoria a aquellos honrados ciudadanos y con la memoria cierto pudor de su incalificable efervescencia. Les aparecía todo como una orgía de la cual hubieran sido héroes inconscientes.

Ni lo mencionaban ni querían pensar en ello. Pero el personaje más aturdido de la población era el burgomaestre van Tricasse. Cuando al día siguiente se despertó, no pudo hallar su peluca. Lotche la había buscado por todas partes. Nada. La peluca se había quedado en el campo de batalla. En cuanto a hacerla reclamar por Juan Mistrol, el trompeta juramentado de la villa, no. Valía más sacrificarla que exhibirse a la vergüenza, teniendo la honra de ser el primer magistrado de la población.

El digno van Tricasse meditaba, tendido bajo sus mantas, molido el cuerpo, pesada la cabeza, tumefacta la lengua, ardiente el pecho. No sentía gana alguna de levantarse, al contrario, y su cerebro trabajó aquella mañana más que en cuarenta años.

El honorable magistrado coordinaba en su mente todos los incidentes de tan inexplicable representación. Los comparaba con los hechos acaecidos en casa del doctor Ox y buscaba las razones de esta singular excitabilidad que por dos veces acababa de declararse entre sus más recomendables administrados.

¿Pero qué ocurre? —decía para sí—. ¿Qué vértigo es ese que se ha apoderado de mi pacífica villa de Quiquendone? ¿Es que vamos a volvernos locos y habrá que convertir la población en un vasto manicomio? ¿Por qué, en fin, ayer estábamos todos allí, notables, consejeros, jueces, abogados, médicos, académicos, y todos, si la memoria me es fiel, hemos pasado por ese acceso de furiosa demencia? ¿Pero qué había pues, en aquella música infernal?

Es inexplicable. Sin embargo, yo no había comido ni bebido nada que pudiera producir en mí semejante excitación. No. Ayer en la comida, una tajada de ternera muy hecha, alguna cucharada de espinacas con azúcar, huevos batidos y dos vasos de cerveza floja cortada con agua pura, eso no puede subirse a la cabeza. No. Algo hay que no puedo explicarme, y como, en suma, soy responsable de los actos de mis administrados, mandaré instruir indagatoria.

Pero la indagatoria, decretada por el consejo municipal, no produjo resultado alguno. Si los hechos eran patentes, la búsqueda de los magistrados no dio con sus causas. Por otro lado, la calma se había restablecido en los ánimos y con la calma vino el olvido de los excesos. Los periódicos de la localidad se abstuvieron de hablar de ello, y la reseña de la representación, que apareció en el Memorial de Quiquendone, no hizo alusión alguna al desenfrenado entusiasmo de la concurrencia entera.

Pero si, entretanto, la población volvió a su habitual apatía, si tornó a ser, al menos en apariencia, flamenca como antes, se experimentaba que en el fondo el carácter y temperamento de sus habitantes se iba poco a poco modificando. Hubiera podido decirse con verdad, según la expresión del médico Domingo Custos, que les nacían los nervios.

Expliquémonos, sin embargo. Este cambio indudable, por nadie contradicho, sólo se presentaba con ciertas condiciones. Cuando los quiquendonenses iban por la calle, al aire libre, por las plazas y a lo largo del Vaar, seguían siendo aquellas buenas gentes frías y metódicas, de antiguo conocidas. Asimismo, cuando se confinaban

en su morada, unos trabajando de manos y otros de cabeza, ni los unos hacían nada, ni los otros discurrían en lo más mínimo. Su vida privada era silenciosa, fuerte, vegetativa como siempre. Ni había reyertas ni reconvenciones en las familias, ni aceleración de palpitaciones en el corazón, ni excitación alguna de la medula encefálica. El promedio de las pulsaciones seguía siendo el de los buenos tiempos, de cincuenta a cincuenta y dos por minuto<sup>[12]</sup>.

Pero, fenómeno absolutamente inexplicable; que hubiera dejado burlada la sagacidad de los fisiólogos más ingeniosos de la época, si los habitantes de Quiquendone no se modificaban en su vida privada, se transformaban visiblemente por el contrario en la vida común, con motivo de las relaciones que entre los individuos se establecen.

Así es que si se reunían en un edificio público, ya no andaba la cosa bien, como decía el comisario Passauf. En la Bolsa, en el Ayuntamiento, en el anfiteatro de la Academia, en las sesiones del consejo, en las reuniones de los doctos, se producía una especie de revivificación o sobreexcitación singular que se apoderaba de los asistentes. Al cabo de una hora las relaciones ya eran agrias. A las dos horas la discusión degeneraba en disputa. Las cabezas se calentaban y se acudía a las personalidades. En la iglesia misma, durante el sermón, los fieles no podían oír con sangre fría al ministro Stabel, que, agitándose en el púlpito, los amonestaba con más severidad que de costumbre. En fin, este estado de cosas trajo nuevos altercados, ¡ay!, más graves que el del médico Custos con el abogado Schut, y si no necesitaron nunca la intervención de la autoridad fue porque los pendencieros, una vez en su casa, hallaban allí con la calma el olvido de las ofensas hechas y recibidas.

Sin embargo, esa particularidad no había podido llamar la atención de unos entendimientos absolutamente impropios para reconocer lo que pasaba en ellos. Sólo un personaje de la población, aquel mismo cuyo cargo pensaba el consejo en suprimir, el comisario Miguel Passauf, había observado que la excitación, nula en las casas particulares, se revelaba pronto en los edificios públicos, y discurría no sin cierta ansiedad sobre lo que acontecería si algún día se propagase ese frenesí por las habitaciones, y si la epidemia, así la llamaba, se esparcía por las calles de Quiquendone. Entonces ya no habría olvido de injurias, ni intermitencias de

delirio, sino una excitación permanente que lanzaría indudablemente a los quiquendonenses unos contra otros.

—¿Y qué sucedería? —decía para sí, con espanto, el comisario Passauf—. ¿Cómo contener tan salvajes furores? ¿Cómo tener a raya los temperamentos aguijoneados? Entonces mi cargo ya no será una sinecura, y habría precisión de que el consejo duplique mi sueldo, a no ser que tenga que ser yo mismo preso por infracción y perturbación del orden público.

Ahora bien estos justísimos temores no tardaron en realizarse. De la Bolsa, del templo, del teatro, de la casa municipal, de la Academia, del mercado, el mal invadió las casas particulares, y esto menos de quince días después de la terrible representación de *Los Hugonotes*.

Los primeros síntomas de la epidemia se declararon en casa del banquero Collaert.

Este rico personaje daba un baile, o al menos un sarao a las notabilidades de la población. Había emitido, algunos meses antes, un empréstito de treinta mil francos, que se suscribió en sus tres cuartas partes, y satisfecho de este éxito financiero había abierto sus salones y dado una fiesta a sus compatriotas.

Sabido es lo que son esas reuniones flamencas, puras y tranquilas, en las cuales hacen todo el gasto la cerveza y los jarabes. Algunas conversaciones sobre el tiempo que hace, el aspecto de la cosecha, el buen estado de los jardines, el entretenimiento de las flores y, sobre todo, de los tulípanes; de cuando en cuando una danza lenta y acompasada como un minué; a veces un vals, pero uno de esos vales alemanes que no dan más de vuelta y media por minuto y durante los cuales los que bailan se hallan tan lejos uno de otro como los brazos lo permiten, tales eran las circunstancias ordinarias de los bailes a que concurría la alta sociedad de Quiquendone. Se había intentado aclimatar la polka después de ponerla a cuatro tiempos, pero las parejas siempre se quedaban atrás de la orquesta, por lento que fuese el compás, de modo que hubo necesidad de renunciar a ella.

Aquellas reuniones pacíficas en que los donceles y doncellas hallaban un placer virtuoso y moderado, nunca habían producido escándalos funestos. ¿Por qué, entonces, aquella noche, en casa del banquero Collaert, los jarabes parecieron transformarse en vinos

licorosos, en champaña chispeante y en incendiario ponche? ¿Por qué a mitad de la fiesta se apoderó de todos los convidados una especie de inexplicable embriaguez? ¿Por qué se convirtió el minué en tarantela? ¿Por qué los músicos de la orquesta apresuraron la medida? ¿Por qué las bujías alumbraron como en el teatro con brillo insólito? ¿Qué corriente eléctrica era la que invadía los salones del banquero? ¿De dónde provino que las parejas se acercaron, que las manos se estrecharon con más convulsivo apretón y que los caballeros en sus solos se distinguieron por algunos pasos atrevidos, durante aquella pastorela antes tan grave, tan solemne, tan modesta?

¡Ay! ¿Cuál sería el Edipo que pudiera responder a tan insolubles preguntas? El comisario Passauf, presente en la función, veía muy bien que la borrasca venía, más no podía dominarla sin huir, sintiendo como una embriaguez que le subía al cerebro. Todas sus facultades físicas e impulsivas de la pasión se desarrollaban y se le vio diferentes veces echarse sobre los dulces y desvalijar los platos, como si hubiera salido de una larga dieta.

Entretanto, la animación del baile se aumentaba. Un largo murmullo, como un zumbido sordo, se exhalaba de todos los pechos. Se bailaba de veras, agitándose los pies con creciente frenesí. Los rostros se encendían cual si fueran caras de Sileno. Los ojos brillaban como carbunclos. La fermentación general llegaba a todo su colmo.

Y cuando la orquesta entonó el vals de Freyschütz, cuando este vals tan alemán y de movimiento tan lento fue atacado con desenfrenado brazo por los músicos, ¡ay!, ya no fue un vals sino un torbellino insensato, una rotación vertiginosa, un giro digno de ser conducido por algún Mefistófeles, que llevase el compás con un tizón ardiendo. Después un galop<sup>[13]</sup>, un galope infernal, durante una hora, sin poder desviarlo ni suspenderlo, desatado en revueltas por entre salas, salones, antecámaras y escaleras, desde el sótano hasta el desván de la opulenta mansión, arrastró a los mozos y doncellas, padres, madres, individuos de toda edad, de todo peso y de todo sexo, y al grueso banquero Collaert y a la señora de Collaert, y a los consejeros y magistrados y al gran Juez, y a Niklausse y a la señora van Tricasse, y al burgomaestre van Tricasse y al mismo comisario Passauf, quien jamás pudo acordarse de quién

fue su pareja aquella noche.

Pero «ella» no lo olvidó. Y desde aquel día, «ella» vio en sueños al avasallador comisario.

¡Y «ella» era la amable Tatanemancia!

## **Capítulo IX**

### **Donde el doctor Ox y su ayudante Igeno cruzan algunas palabras**

—¿Y bien, Igeno?

—Pues bien, maestro, todo está dispuesto. La colocación de los tubos se halla completamente terminada.

—¡Por fin! Ahora vamos a proceder en grande y sobre las masas.

## Capítulo X

### **En el cual se verá que la epidemia invade la población entera y el efecto que produce**

DURANTE los meses que siguieron, el mal, en vez de disiparse, no hizo más que extenderse. De las casas particulares, pasó a las calles. La población de Quiquendone no era ya la misma.

Y, fenómeno más extraño aún que los observados hasta entonces, no solamente el reino animal, sino también el vegetal, estaban sometidos a esa influencia. Según el curso ordinario de las cosas, las epidemias son especiales. Las que atacan al hombre no se ceban en los animales, las que persiguen a éstos dejan libres a los vegetales. Jamás se ha visto a un caballo atacado de viruela, ni a un hombre de la peste bovina, así como los carneros no pescan la enfermedad de las patatas. Pero en Quiquendone todas las leyes de la naturaleza parecían trastornadas. No tan sólo se habían modificado el temperamento, el carácter y las ideas de los quiquendoneses, sino que los animales domésticos, perros o gatos, bueyes o caballos, asnos o cabras, sufrían aquella influencia epidémica, como si su medio habitual se hubiera cambiado.

Las mismas plantas se emancipaban, si se quiere perdonarnos esta expresión.

En efecto, en los jardines, en las huertas, en los vergeles, se manifestaban síntomas sumamente curiosos. Las plantas enredaderas trepaban con más audacia. Los arbustos se tornaban árboles. Las semillas apenas sembradas ostentaban su verde brote y en igual transcurso de tiempo alcanzaban en pulgadas lo que antes y en las circunstancias más favorables crecían en líneas. Los

espárragos llegaban a dos pies de altura; las alcachofas se hacían tan gruesas como melones, y éstos como calabazones, los cuales llegaban al tamaño de la campana mayor, que contaba nueve pies de diámetro. Las berzas se tornaban arbustos y las setas en paraguas.

Las frutas no tardaron en seguir el ejemplo de las verduras. Se necesitaban dos personas para comer una fresa y cuatro para una pera. Los racimos de uva eran todos iguales al pintado tan admirablemente por Poussin en su «Regreso de los enviados a la Tierra Prometida».

Lo mismo acontecía con las flores, las dilatadas violetas esparcían por el aire penetrantes perfumes; las rosas exageradas brillaban con los colores más vivos; las lilas formaban en pocos días impenetrables selvas; geranios, margaritas, dalias, camelias y magnolias invadiendo los paseos, se ahogaban las unas con las otras. Y los tulipanes, esas queridas liliáceas que son la delicia de los flamencos, causaron a los aficionados intensas emociones. El digno van Bistrom por poco cayó un día boca arriba al ver en su jardín una simple Tulipa gesneriana enorme, monstruosa, gigantesca, cuyo cáliz servía de nido a toda una familia de pitirrojos.

La población entera acudió para ver aquella flor fenomenal y le dio el nombre de Tulipa quiquendonia.

Mas, ¡ay!, si aquellas plantas, si aquellas frutas, si aquellas flores crecían a la vista, si todos los vegetales afectaban tomar proporciones gigantescas, si la viveza de sus colores y de los perfumes embriagaba la vista y el olfato, en cambio, se marchitaban muy aprisa. Aquel aire que absorbían las quemaba rápidamente y no tardaban en perecer agostadas, mustias y abrasadas.

Tal fue la suerte del famoso tulipán, que se marchitó después de algunos días de esplendor.

Pronto sucedió lo mismo con los animales domésticos, desde el perro de la casa, hasta el cerdo de la porquera, desde el canario enjaulado hasta el pavo del corral. Conviene decir que estos animales, en época ordinaria, eran tan flemáticos como sus amos. Perros o gatos vegetaban más bien que vivían, no descubriéndose en ellos nunca ni un estremecimiento de placer, ni un movimiento de cólera. Los rabos estaban tan quietos como si fuesen de bronce.

Desde tiempo inmemorial no se citaba ni mordedura ni arañazo. En cuanto a los perros rabiosos eran tenidos por bestias imaginarias, dignas de figurar entre los grifos y otros en la casa de fieras del Apocalipsis.

Mas durante aquellos sucesos cuyos menores accidentes tratamos de reproducir, ¡qué cambio! Perros y gatos comenzaron a enseñar dientes y zarpas, y hubo necesidad de algunas ejecuciones a consecuencia de ataques reiterados. Por vez primera se vio que un caballo se desbocaba por las calles de Quiquendone, que un buey acometía a uno de sus congéneres, que un asno se caía patas arriba en la plaza de San Ernulfo dando rebuznos que ya no tenían nada de animal, y que un carnero defendía valientemente contra la cuchilla del carnicero, las costillas que llevaba dentro.

El burgomaestre van Tricasse tuvo que promulgar edictos de policía concernientes a los animales domésticos, que, atacados de frenesí, daban poca seguridad a las calles de Quiquendone.

¡Pero ay! Si locos estaban los animales, no se mostraban más cuerdos los hombres.

Ninguna edad fue respetada por el azote.

Los niños se hicieron muy pronto insoportables, ellos, antes tan fáciles de criar, y, por la vez primera, el gran juez Honorato Syntax tuvo que dar azotes a su tierna primogénita.

En el colegio hubo una especie de motín, y los diccionarios trazaron deplorables trayectorias en las clases. Ya no podía tenerse a los alumnos encerrados, y, por otra parte, la sobreexcitación llegaba hasta los profesores mismos, que los abrumaban de castigos.

¡Otro fenómeno! Todos los quiquendonenses, tan sobrios hasta entonces y que hacían de las natillas y merengues su alimento principal, cometían verdaderos excesos de comida y bebida. Su régimen ordinario no bastaba. Cada estómago se cambiaba en sumidero, y era preciso llenarlo por los medios más enérgicos. El consumo se triplicó, y en vez de tres comidas se hacían seis. Hubo, por consiguiente, numerosas indigestiones. El consejero Niklausse no podía nunca acabar de saciar su hambre, ni el burgomaestre van Tricasse apagar de una vez su sed no saliendo ya de una especie de semiembriaguez encarnizada.

En fin, los síntomas más alarmantes se manifestaron y multiplicaron de día en día.

Se encontraron borrachos por las calles, y entre ellos, con frecuencia, notabilidades.

Las gastralgias dieron enorme ocupación al médico Domingo Custos, así como las neuritis y neuroflogosis, lo cual demostraba hasta qué grado de irritabilidad habían llegado los nervios de la población.

Hubo reyertas y altercados diarios en las calles, antes desiertas, de Quiquendone, hoy tan frecuentadas porque nadie se podía estar quieto en su casa.

Fue necesario crear una policía nueva para contener a los perturbadores del orden público.

Se instaló una prevención en el ayuntamiento, y se vio poblada día y noche. El comisario Passauf ya no podía más.

Se arregló un matrimonio en menos de dos meses, lo cual jamás se había visto. El hijo del preceptor Rupp se casó con la hija de la bella Agustina de Rovere, y esto nada más que cincuenta y siete días después de haberle pedido su mano.

Se decidieron otros casamientos que antiguamente hubieran estado en proyecto años enteros. El burgomaestre no se reponía de su asombro, y estaba viendo que su hija, la linda Suzel, se le iba a escapar de las manos.

En cuanto a la apreciable Tatanemancia, se había atrevido a pensar en el comisario Passauf, como esperanza de un enlace que le parecía reunir todos los elementos de felicidad, ¡fortuna, honra y juventud!

En fin, hubo, para colmo de abominación, un duelo. ¡Sí! ¡Un duelo! ¡Un desafío a pistola de arzón a setenta y cinco pasos y balas libres! ¿Y entre quienes? No lo creerán nuestros lectores.

Entre Frantz Niklausse, el apacible pescador, y el hijo del opulento banquero, el joven Simón Collaert.

Y la causa de este duelo era la hija del burgomaestre, hacia quien se sentía Simón perdido de amor, y que no quería ceder a las pretensiones de un rival audaz.

## Capítulo XI

### Donde los quiquendonenses toman una resolución heroica

YA vemos en cuán deplorable estado se encontraba la población de Quiquendone. Las fuerzas fermentaban. No se conocían ni reconocían unos a otros. Las gentes más pacíficas se tornaron pendencieras. Cuidado con mirarlas de reajo, porque pronto hubieran sido necesarios los padrinos. Algunos se dejaron crecer el bigote, y los más revoltosos se los retorcieron a modo de gancho.

En semejantes circunstancias, la administración de la villa y el mantenimiento del orden en calles y edificios públicos ofrecían gran dificultad, porque los servicios no se habían organizado para tal estado de cosas. El burgomaestre, aquel digno van Tricasse, a quien hemos conocido tan apacible, tan apocado, tan incapaz de adoptar decisiones, no cesaba de estar encolerizado. Su casa retumbaba con los estallidos de su voz. Dictaba veinte bandos al día, reconvenía a sus agentes y estaba siempre dispuesto a ejecutar por sí mismo los actos de su administración.

¡Ah! ¡Qué transformación! Amable y tranquila casa del burgomaestre, buena habitación flamenca, ¿dónde estaba su tranquila calma? ¡Qué escenas domésticas ocurrían ahora! La señora de van Tricasse se había vuelto adusta, caprichosa y gruñona. Su marido lograba cubrir su voz gritando más que ella, pero no podía hacerla callar. El humor irascible de la buena señora se descargaba sobre cuanto se le ponía delante. Nada iba bien. El servicio no se hacía.

Para todo se tardaba. Acusaba a Lotche y aun a su cuñada Tatanemancia, quien con no menos malhumor le respondía agriamente. Era natural que el señor van Tricasse defendiera a su

criada Lotche, como sucede en muchas familias. De aquí la exasperación permanente en la señora del burgomaestre, reprimendas y discusiones.

—Pero, ¿qué es lo que tenemos? —exclamaba el desgraciado burgomaestre—. ¿Cuál es ese fuego que nos devora? ¿Estamos acaso poseídos del demonio? ¡Ah! Señora van Tricasse, acabará por hacerme morir antes que usted, faltando así a las tradiciones de familia.

Porque el lector no habrá olvidado esa extraña particularidad de tener que enviudar el señor van Tricasse y volver a casarse para no romper el encadenamiento de las conveniencias.

Esta disposición de los ánimos produjo efectos bastante curiosos que importaba conocer.

Aquella sobreexcitación, cuya causa todavía desconocemos, ocasionó aceleraciones fisiológicas que nadie hubiera esperado. Brotaron de la multitud talentos hasta entonces ignorados. Se revelaron nuevas aptitudes. Aparecieron hombres lo mismo en la política que en las letras. Se formaron oradores en medio de las más arduas controversias, y en todas las cuestiones inflamaron a un auditorio perfectamente dispuesto, por lo demás, a inflamarse. De las sesiones del consejo, el movimiento se transmitió a las reuniones públicas, fundándose un club en Quiquendone, mientras que veinte periódicos, entre ellos El Vigía de Quiquendone, El Imparcial de Quiquendone, El Radical de Quiquendone, El Extremado de Quiquendone, escritos con encarnizamiento, suscitaban las más graves cuestiones sociales.

¿Pero a propósito de qué?, se dirá. A propósito de todo y de nada; a propósito de la torre de Audenarde, y que los unos querían derribar y otros enderezar; a propósito de los bandos de policía que promulgaba el consejo, y a los cuales pretendían resistir las malas cabezas; a propósito del aseo, de los arroyos y de las alcantarillas. ¡Y, por fin, si los fogosos oradores no la hubieran emprendido más que con la administración interior de la ciudad! Mas no; arrastrados por la corriente, debían ir más allá, y si la Providencia no intervenía, arrastrar, impelar, precipitar a sus semejantes en los azares de la guerra.

En efecto, hacía ochocientos o novecientos años que Quiquendone se había reservado un *casus belli* de suprema calidad,

pero lo guardaba precisamente como una reliquia y había probabilidades de que ya no sirviese para nada.

He aquí cómo se había producido ese *casus belli*.

Se ignora generalmente que Quiquendone está cerca, en aquel buen rincón de Flandes, de la pequeña población de Virgamen. Los territorios de ambos concejos confinan uno con otro.

Ahora bien, en 1185, algún tiempo antes de la partida del conde Balduino para las Cruzadas, una vaca de Virgamen, no la de un habitante, sino una vaca del concejo, fíjese bien la atención en ello, se fue a pastar al territorio de Quiquendone. Apenas había el desgraciado animal rozado la hierba con su lengua; pero el delito, el abuso quedó debidamente consignado por el sumario que se formó verbalmente, porque en aquella época los magistrados comenzaban apenas a saber escribir.

—Nos vengaremos cuando sea ocasión —dijo simplemente van Tricasse, el trigésimo segundo predecesor del burgomaestre actual —, y los virgamenses nada perderán por esperar.

Los virgamenses estaban prevenidos. Aguardaron, pensando, no sin razón, que el recuerdo de la injuria se debilitaría con el tiempo; y, en efecto, durante algunos siglos vivieron en buenas relaciones con sus semejantes de Quiquendone.

Pero no contaban con la nueva huésped, o, por mejor decir, con esa extraña epidemia que, cambiando radicalmente el carácter de sus vecinos, despertó en los corazones la adormecida venganza.

En el club de la calle de Mostrelet fue donde el fogoso abogado Schut, lanzando bruscamente la cuestión a la faz de sus oyentes, los apasionó empleando las expresiones y metáforas de costumbre en estas circunstancias. Recordó el delito y el agravio hecho a Quiquendone, y para el cual un pueblo celoso de sus derechos no podía admitir prescripción.

Mostró la injuria siempre viva, la llaga siempre sangrienta; habló de ciertos encogimientos de hombros peculiares de los habitantes de Virgamen, y que indicaban el desprecio en que tenían a los de Quiquendone; suplicó a sus compatriotas que, inconscientemente quizá, habían sufrido durante tantos siglos el mortal ultraje; rogó a los hijos de la vieja ciudad que ya no tuviesen otro objetivo que el de obtener una reparación solemne. En fin, hizo un llamamiento a todas las fuerzas vivas de la nación.

El entusiasmo con que estas palabras, tan nuevas para los oídos quiquendonenses, fueron acogidas, se siente, pero no se explica. Todos los oyentes se levantaron, y con los brazos extendidos pedían la guerra a voz en grito. Nunca había obtenido el abogado Schut tan notable triunfo, y es necesario confesar que fue brillantísimo.

El burgomaestre, el consejero, todos los notables que asistían a esa memorable sesión, hubieran inútilmente querido resistir al arrebató popular. Por otra parte, ni deseos tenían de ello, y si no más, al menos tan alto como los otros gritaban:

—¡A la frontera! ¡A la frontera!

Y como la frontera no estaba más que a tres kilómetros de los muros de Quiquendone, los virgamenses corrían verdadero peligro, puesto que podían ser invadidos antes de haber tenido tiempo de prepararse.

Entretanto, el honorable farmacéutico José Liefrink, que era el único en conservar su sangre fría en tan graves circunstancias, quiso hacer comprender que se carecía de fusiles, cañones y generales.

Le respondieron, no sin algunas invectivas, que esos generales, cañones y fusiles, se improvisarían; que el derecho y el amor patrio bastaban para hacer a un pueblo irresistible.

Sobre esto mismo el burgomaestre tomó la palabra, y en una improvisación sublime, increpó a esas gentes pusilánimes que disfrazan el miedo bajo el velo de la prudencia, velo que él rasgaba con patriótica mano.

En aquel momento se hubiera creído que el salón se iba a hundir bajo los aplausos.

Se pidió la votación.

Se procedió por aclamación, y los gritos redoblaron.

—¡A Virgamen! ¡A Virgamen!

El burgomaestre se comprometió a poner los ejércitos en movimiento, y en nombre de la villa prometió al futuro vencedor los honores del triunfo, como lo verificaban los romanos.

Entretanto, el farmacéutico José Liefrink, que era algo testarudo, y que no se daba por vencido, aunque ya lo estaba realmente, quiso presentar todavía una observación. Hizo recordar que en Roma no se concedía el triunfo a los generales vencedores sino después de haber matado a cinco mil enemigos.

—¡Y qué! ¡Y qué! —gritó delirante la concurrencia.

—Es que la población de Virgamen no asciende más que a tres mil quinientos setenta y cinco habitantes, y, por consiguiente, sería difícil, a no ser que se matase muchas veces a la misma persona...

Pero no dejaron que el desgraciado argumentador concluyese y le echaron del salón, confuso y completamente molido.

—Ciudadanos —dijo entonces el tendero de comestibles Pulmacher, que generalmente vendía especias al por menor—, ciudadanos, a pesar de lo dicho por ese cobarde boticario, me comprometo yo a matar cinco mil virgamenses, si quieren aceptar mis servicios...

—¡Cinco mil quinientos! —gritó un patriota más resuelto.

—¡Seis mil seiscientos! —repuso el tendero.

—¡Siete mil! —gritó el confitero de la calle de Hemling, Juan Orbideck, que estaba haciendo su fortuna con los merengues.

—¡Rematado! —exclamó el burgomaestre van Tricasse, viendo que nadie pujaba más.

Y fue de este modo que el confitero Juan Orbideck se hizo general en jefe de las tropas de Quiquendone.

## Capítulo XII

### En el cual el ayudante Igeno emite una opinión razonable que el doctor Ox rechaza con viveza

—¡Y bien, maestro! —decía al día siguiente el ayudante Igeno, echando cubos de ácido sulfúrico en la tina de sus enormes pilas.

—¡Y bien! —respondió el doctor Ox—. ¿No tenía yo razón? ¡Ve usted en qué consiste, no tan sólo el desarrollo físico de toda una nación, sino también su moralidad, su dignidad, sus talentos, su sentido político! ¡No es más que una cuestión de moléculas...!

—Sin duda, pero...

—¿Pero qué?

—¿No le parece que las cosas han llegado muy lejos y que no conviene excitar a esa pobre gente más de lo necesario?

—¡No! ¡No! —exclamó el doctor—. ¡No! Iré hasta el fin.

—Como guste, maestro; pero el experimento me parece concluyente, y creo que ya es tiempo de...

—¿De qué?

—De cerrar la llave.

—¡Cómo! —gritó el doctor Ox—. ¡Si hace usted semejante cosa lo estrangulo!

## Capítulo XIII

### **Donde se prueba una vez más que desde un lugar elevado se dominan todas las pequeñeces humanas**

—¿CONQUE dice usted...? —preguntó el burgomaestre van Tricasse al consejero Niklausse.

—Digo que esta guerra es necesaria —respondió el consejero con tono firme—, y que ya ha llegado el tiempo de vengar nuestra injuria.

—Pues bien, yo le repito —dijo con acritud el burgomaestre—, le repito que si la población de Quiquendone no se aprovecha de esta ocasión para reivindicar sus derechos, será indigna de su nombre.

—¡Y yo le sostengo que debemos reunir sin tardanza nuestras huestes y llevarlas adelante!

—¿De veras, de veras? ¿Y es a mí a quien usted habla así?

—A usted mismo, señor burgomaestre, y tiene que oír la verdad por dura que le parezca.

—Usted es quien tendrá que escucharla, señor consejero, porque mejor saldrá de mi boca que de la suya. Sí, señor, sí. Toda tardanza sería deshonrosa. Hace novecientos años que la ciudad de Quiquendone aguarda el momento de tomar su desquite, y por más que diga, y le convenga o no, marcharemos contra el enemigo.

—¡Ah! ¿Lo toma usted por ses lado? —respondió irritado el consejero Niklausse—. Pues bien, marcharemos sin usted, si no le place ir.

—El puesto del burgomaestre está en primera fila.

—Y el de un consejero también.

—Me está insultando al contrariar todas mis voluntades — exclamó el burgomaestre, cuyos puños tenían la tendencia de cambiarse en proyectiles de percusión.

—Y también me insulta usted al dudar de mi patriotismo —dijo Niklausse, poniéndose también en guardia.

—Le digo, caballero, que el ejército quiquendonense se pondrá en marcha antes de dos días.

—Y le repito, caballero, que no pasarán cuarenta y ocho horas antes que marchemos sobre el enemigo.

Fácil es observar que ambos sostenían exactamente la misma idea. Ambos querían la batalla, pero su excitación los inclinaba a disputar. Niklausse no escuchaba a van Tricasse ni éste a aquél. No hubiera sido más violento el altercado aun cuando opinando los dos en sentido contrario quisiera el uno la guerra y el otro la paz. Se lanzaban miradas de furor. Por el movimiento acelerado de su corazón, por su cara encendida, por sus pupilas contraídas, por el temblor de sus músculos, por su voz, en la cual había hasta rugidos, se comprendía que estaban dispuestos a lanzarse uno sobre otro.

Pero sonó el reloj de la torre, deteniendo esto a los adversarios en el momento en que iban a irse a las manos.

—Ya es la hora —exclamó el burgomaestre.

—¿Qué hora? —preguntó el consejero.

—La de ir a la torre de las campanas.

—Es verdad, y que lo tome usted a bien o a mal, iré, caballero.

—Yo también.

—Salgamos.

—Salgamos.

Estas últimas palabras podían suponer que iba a tener lugar un encuentro y que los adversarios se dirigían al terreno del desafío, pero no hubo nada de eso. Se había convenido que el burgomaestre y el consejero, que eran las dos principales autoridades, acudieran a la casa municipal para subir a la torre y examinar el campo, a fin de tomar las mejores disposiciones estratégicas que pudieran asegurar la marcha de sus tropas.

Aunque los dos estaban de acuerdo sobre esto, no cesaron de discutir por el camino con la más vituperable vivacidad. Se oyeron sus gritos resonar en la calle; pero como todos los transeúntes estaban subidos al mismo diapasón, su acaloramiento parecía

natural y no se les hacía caso. En estas circunstancias un hombre tranquilo hubiera parecido un monstruo.

El burgomaestre y el consejero se hallaban en el paroxismo del furor cuando llegaron al pórtico de la casa municipal. Ya no estaban encarnados, sino pálidos. Aquella espantosa discusión había producido en sus vísceras algunos movimientos espasmódicos, y sabido es que la palidez denota el último límite de la cólera.

Al pie de la estrecha escalera de la torre, hubo una verdadera explosión. ¿Quién había de pasar primero? ¿Quién treparía antes los escalones de tal escalera de caracol? La verdad nos obliga a decir que hubo atropello y que el consejero Niklausse, olvidando todo lo que debía a su superior, al magistrado supremo de la población, dio un violento empujón a van Tricasse y se lanzó el primero por la oscura vía.

Ambos subieron, primero a gatas dirigiéndose epítetos malsonantes. Era de temer que ocurriese un desenlace terrible en lo alto de la torre que se alzaba a trescientos cincuenta y siete pies sobre el empedrado.

Pero los dos enemigos se cansaron pronto, y al cabo de un minuto, en el octogésimo escalón ya no subían sino con pesadez, respirando ruidosamente.

Pero entonces, sería esto una consecuencia de su fatiga, si la cólera no decayó, se tradujo al menos por una sucesión de calificativos inconvenientes. Se callaban, y cosa extraña, parecía que su exaltación disminuía a medida que subían, verificándose en su espíritu una especie de aplacamiento y descendiendo los hervores de su cerebro como los de una cafetera que se aparta del fuego. ¿Por qué?

No podemos responder, pero la verdad es que cuando llegaron a cierto descansillo a doscientos setenta y seis pies sobre el nivel de su población, los dos adversarios se sentaron y ya más sosegados se miraron sin rencor.

—¡Qué alto es esto! —exclamó el burgomaestre pasándose el pañuelo por su rubicunda faz.

—¡Muy alto! —respondió el consejero—. Ya sabe usted que estamos catorce pies más arriba que la torre de San Miguel de Hamburgo.

—Ya lo sé —respondió el burgomaestre, con un acento de

vanidad perdonable a la primera autoridad de Quiquendone.

Al cabo de unos instantes, los dos notables continuaban su marcha ascensional, dirigiendo una mirada curiosa a través de las aspilleras abiertas en la pared de la torre. El burgomaestre había pasado a la cabeza de la caravana sin que el consejero pusiera reparo alguno. Aconteció que a los trescientos cuarenta escalones, van Tricasse estaba completamente derrengado y Niklausse tuvo la amabilidad de empujarle suavemente por detrás. El burgomaestre aceptó este auxilio y cuando llegó a la plataforma de la torre dijo con agasajo:

—Gracias, Niklausse, ya le corresponderé.

Poco antes eran dos fieras dispuestas a despedazarse al comenzar a subir, y ahora dos amigos al llegar a lo alto de la torre.

El tiempo era magnífico. Corría el mes de mayo y el sol había absorbido todos los vapores. ¡Qué atmósfera tan pura y tan limpia! La mirada podía abarcar los objetos más diminutos en un espacio considerable. A algunas millas se divisaban los muros de Virgamen resplandecientes de blancura, sus tejados rojos y campanarios salpicados de luz. ¡Y esa población era la predestinada a todos los horrores del saqueo y del incendio!

El burgomaestre y el consejero se habían sentado uno junto a otro, sobre un pequeño banco de piedra, como dos buenas personas cuyas almas se confunden en estrecha simpatía.

Mientras alentaban para descansar, contemplaban las cercanías y después de algunos momentos de silencio, el burgomaestre exclamó:

—¡Qué bello es esto!

—¡Oh! ¡Es admirable! —respondió el consejero—. ¿No le parece, amigo van Tricasse, que la humanidad está más bien destinada a residir en estas alturas que a arrastrarse por la corteza de la tierra?

—Pienso como usted, honrado Niklausse. Aquí se percibe mejor el sentimiento que se desprende de la naturaleza. Se aspira por todos los sentidos. En estas alturas es donde los filósofos deberían formarse y aquí es donde los sabios deberían vivir alejados de las miserias mundanas.

—¿Damos la vuelta a la plataforma? —preguntó el consejero.

—Demos la vuelta a la plataforma —respondió el burgomaestre.

Y los dos amigos, del brazo y haciendo largos descansos entre

sus preguntas y respuestas, examinaron todos los puntos del horizonte.

—Hace por lo menos diecisiete años que no había subido a esta torre —dijo van Tricasse.

—No creo haber subido nunca —respondió el consejero Niklausse—, y lo siento porque éste es un espectáculo sublime. Vea ese bonito río cómo serpentea entre los árboles.

—¡Y más lejos las alturas de Santa Hermandad! ¡Qué maravillosamente cierran el horizonte! Vea aquel grupo de árboles verdes que la naturaleza ha dispuesto tan pintorescamente. ¡Ah!, ¡la naturaleza, la naturaleza, Niklausse! ¿Puede jamás competir con ella la mano del hombre?

—Esto es encantador, mi excelente amigo. Repare en aquellos rebaños pastando en las verdes praderas, aquellos bueyes, aquellas vacas, aquellas ovejas...

—¡Y aquellos labradores que van al campo! Parecen pastores de la Arcadia y no les falta más que la zampoña.

—Y sobre todo esa fértil campiña, el hermoso cielo azul, no turbado por nube alguna.

¡Ah!, Niklausse aquí nos volveremos poetas. No comprendo cómo San Simeón el Estilita no fue uno de los más grandes poetas del mundo.

—Tal vez porque su columna no fuese bastante alta —respondió el consejero con apacible sonrisa.

En aquel momento, las campanas armónicas se pusieron en movimiento soltando a los aires sus melodiosos sonidos. Los dos amigos se quedaron estáticos, y después el burgomaestre dijo con voz sosegada:

—Pero, amigo Niklausse, ¿qué hemos venido a hacer en lo alto de esta torre? En suma, nos estamos dejando llevar de nuestros ensueños...

—Hemos venido —respondió Niklausse—, a respirar este aire puro no viciado por las flaquezas humanas.

—¿Pues entonces bajamos ya, amigo Niklausse?

—Bajemos, amigo van Tricasse.

Las dos notabilidades dirigieron la postrer mirada al espléndido panorama que se desarrollaba a su vista, y, después, pasando primero el burgomaestre, comenzó a bajar con paso lento y

mesurado. El consejero le seguía algunos escalones detrás. Ambos llegaron al descansillo donde se habían detenido al subir. Ya sus mejillas principiaban a teñirse de púrpura. Se pararon un instante y prosiguieron su interrumpido descenso.

Al cabo de un minuto, van Tricasse suplicó a Niklausse que moderase el paso, porque lo tenía sobre los talones y esto le molestaba.

Aquello debió causarle más daño todavía que una simple molestia, porque veinte escalones más abajo mandó al consejero que se detuviese para poder tomar alguna delantera.

El consejero respondió que no tenía ganas de quedarse con una pierna al aire esperando la buena voluntad del burgomaestre, y prosiguió bajando.

Van Tricasse respondió con una palabra bastante dura.

El consejero replicó con una alusión ofensiva sobre la edad del burgomaestre, destinado por sus tradiciones de familia a segundas nupcias.

El burgomaestre bajó veinte escalones más, previniendo a Niklausse que las cosas no quedarían así.

Niklausse contestó que él iba a pasar delante, y como la escalera era estrecha, hubo colisión entre los dos notables, que se encontraban entonces en profunda oscuridad.

Las palabras de estúpido y de mal educado fueron las más blandas que se cruzaron.

—Ya veremos, so animal —gritaba el burgomaestre, ya veremos qué papel hará usted en esa guerra y en qué puesto se encontrará.

—En el que preceda al suyo, so imbécil —respondía Niklausse.

Después dieron otros gritos y parecía que los cuerpos rodaban juntos.

¿Qué pasó? ¿Por qué aquellas disposiciones tan rápidamente mudadas? ¿Por qué los corderos de la plataforma se convirtieron en tigres doscientos pies más abajo?

Sea lo que fuere, el guarda de la torre, al oír semejante alboroto, fue a abrir la puerta inferior precisamente en el momento en que los adversarios, aporreados, y saltándoseles los ojos de las órbitas, se arrancaban recíprocamente el pelo, que estaba formado, afortunadamente, por una peluca.

—¡Me dará usted una satisfacción! —exclamó el burgomaestre,

poniendo el puño debajo de las narices de su adversario.

—¡Cuando quiera! —aulló el consejero Niklausse, imprimiendo a su pie derecho una amenazante oscilación.

El guarda, que también se había exasperado sin saber por qué, consideró esta escena como natural. Yo no sé qué impulso personal le inclinaba a tomar parte en la contienda, pero se contuvo y se fue a propalar por todo el barrio que iba a haber un lance entre el burgomaestre van Tricasse y el consejero Niklausse.

## Capítulo XIV

### **Donde las cosas han llegado a tal extremo que los habitantes de Quiquendone, los lectores y hasta el autor, reclaman un desenlace inmediato**

ESTE último incidente demuestra el grado de exaltación en que se hallaba el pueblo quiquendonense. ¡Haber llegado a tal violencia los dos más antiguos y más pacíficos amigos de la población! ¡Y esto sólo algunos minutos después que su antigua simpatía, su amable carácter y su temperamento contemplativo acababan de recobrar su imperio sobre lo alto de la torre!

Al saber lo que ocurría, no pudo el doctor Ox contener su gozo. Se resistía a las observaciones de su ayudante que veía el mal giro que iban tomando las cosas. Por otro lado, ambos participaban de la exaltación general, y aunque menos excitados que el resto de la población, llegaron a reñir lo mismo que el burgomaestre con el consejero.

Por lo demás, preciso es decir que la cuestión dominante había hecho aplazar todos los lances personales para después de terminada la guerra con los de Virgamen. Nadie tenía el derecho de verter su sangre inútilmente cuando pertenecía hasta la última gota a la patria en peligro.

En efecto, las circunstancias eran graves y no era posible retroceder.

El burgomaestre van Tricasse, a pesar del ardor guerrero que le animaba, no había creído deber atacar a su enemigo sin prevenirle. Por consiguiente, había encargado al guardabosque Hottering que intimase a los virgamenses a que le diesen una reparación por el

desafuero cometido en 1185 sobre el territorio quiquendonense.

Las autoridades de Virgamen no adivinaron al principio de lo que se trataba, y el guardabosque, a pesar de su carácter oficial, fue descortésmente despedido.

Van Tricasse envió entonces a uno de los ayudantes del general confitero, el ciudadano Hildeberto Shumman, fabricante de caramelos, hombre muy firme y enérgico que llevara a los habitantes de Virgamen la minuta del acta levantada en 1185 por orden del burgomaestre van Tricasse.

Las autoridades de Virgamen prorrumpieron en carcajadas e hicieron con el ayudante exactamente lo mismo que con el guardabosque.

El burgomaestre reunió entonces todas las notabilidades de la población, se redactó admirable y vigorosamente una carta en forma de ultimátum en la cual se formulaba el *casus belli* y se dio a la ciudad culpable el tiempo de veinticuatro horas para reparar el ultraje inferido a Quiquendone.

La carta partió y volvió dos horas después, rasgada en trozos que constituían otros tantos insultos nuevos. Los virgamenses conocían de muy antaño la longanimidad de los quiquendonenses y se burlaban de ellos, de su reclamación, de sus *casus belli* y de su ultimátum.

Ya no quedaba, pues, más remedio que apelar a la suerte de las armas, invocar el dios de las batallas y según el procedimiento prusiano arrojarlos sobre los virgamenses antes que estuvieran preparados.

Esto fue lo que decidió el consejo en una sesión solemne, en que los gritos, las invectivas, los ademanes de amenaza se cruzaron con violencia sin ejemplo. Una asamblea de locos, una reunión de poseídos, un club de endemoniados no hubieran ofrecido un tumulto mayor.

Conocida la declaración de guerra, el general Juan Orbideck reunió sus tropas, en número de dos mil trescientos noventa y tres combatientes entre una población de dos mil trescientas noventa y tres almas, Mujeres, chiquillos y ancianos se reunieron con los hombres útiles. Todo objeto cortante y contundente, se convirtió en arma. Se requisaron los fusiles de la casas y se encontraron cinco, dos de ellos sin gatillo, que se repartieron a la vanguardia.

La artillería se componía de la vieja culebrina del castillo, tomada en 1339 en el ataque de Quesnoy, una de las primeras bocas de fuego que menciona la historia y que llevaba cinco siglos sin usarse. Pero no había proyectiles que meter en ella, por fortuna para los sirvientes de tal pieza; pero aun así era invento que podía imponer al enemigo. En cuanto a las armas blancas, se habían sacado del museo de antigüedades hachas de piedra, alabardas, mazas de armas, franciscas, frámeas, guisarmas, partesanas, espadones, etcétera<sup>[14]</sup>, y también de esos arsenales conocidos con el nombre de cocinas. Pero el valor, el derecho, el odio al extranjero, el deseo de venganza debían suplir a los mecanismos más perfeccionados y remplazar, al menos así lo esperaban, las ametralladoras modernas y los cañones que se cargan por la culata.

Se pasó revista. Ni un ciudadano faltó a la lista. El general Ordibeck, poco firme en su caballo, que era animal malicioso, se cayó tres veces al frente del ejército, pero se levantó sin herida, lo cual se consideró como favorable augurio. El burgomaestre, el consejero, el comisario civil, el gran juez, el preceptor, el banquero, el rector, en fin, todas las notabilidades, marchaban a la cabeza. Ni madres, ni hermanas, ni hijas vertían una sola lágrima. Al contrario, incitaban a sus padres, hermanos y maridos al combate y los seguían formando la retaguardia, a las órdenes de la valerosa van Tricasse.

La trompeta del pregonero Juan Mistrol resonó; el ejército se puso en movimiento, salió de la plaza, y dando gritos feroces se dirigió hacia la puerta de Audenarde.

Cuando la cabeza de la columna iba a salir de los muros de la población, un hombre se precipitó delante de ella, exclamando:

—¡Deténganse! ¡Deténganse, locos! ¡Suspendan su ataque! Déjenme cerrar la llave. No están ansiosos de sangre. Son unos buenos ciudadanos pacíficos y tranquilos. Si están enardecidos, la culpa la tiene mi amo, el doctor Ox. Es un experimento. Con pretexto de alumbrarlos con gas oxhídrico, ha saturado...

El ayudante estaba fuera de sí, pero no pudo acabar. En el mismo momento en que el secreto del doctor iba a escapársele, el mismo Ox, poseído de un furor indefinible, se arrojó sobre el desgraciado Igeno y le cerró la boca a puñetazos.

Aquello fue una batalla. El burgomaestre, el consejero, los

notables que se habían detenido a la vista de Igeno, arrebatados a su vez por la exasperación, se arrojaron sobre los dos extranjeros, sin querer escuchar ni al uno ni al otro. El doctor Ox y su ayudante, sacudidos, aporreados, iban a ser conducidos a la Comisaría por orden de van Tricasse, cuando...

## Capítulo XV

### Donde estalla el desenlace

... CUANDO retumbó una formidable explosión. Toda la atmósfera que rodeaba a Quiquendone pareció como inflamada. Una llama de intensidad y viveza fenomenales, brotó cual meteoro, hasta las alturas del cielo. Si hubiese sido de noche, este incendio se hubiera visto en diez leguas a la redonda.

Todo el ejército de Quiquendone cayó a tierra como una fila de naipes... Por fortuna, no hubo víctima alguna..., algunos rasguños y chichones y nada más. El confitero, que por casualidad no se cayó del caballo, salió con el plumero tostado, sin más avería ni herida alguna.

¿Qué es lo que había ocurrido?

Una cosa muy sencilla, como se supo luego: la fábrica de gas acababa de volar.

Probablemente se había cometido alguna imprudencia durante la ausencia del doctor y de su ayudante. No se sabe cómo ni por qué se había establecido una comunicación entre el depósito de oxígeno y el receptáculo de hidrógeno. De la mezcla no controlada de ambos gases había resultado un combinado explosivo que el fuego prendió por descuido.

Esto lo trastornó todo..., pero cuando el ejército se levantó, el doctor Ox y el ayudante Igeno habían desaparecido.

## Capítulo XVI

### **Donde el lector inteligente ve que todo lo había acertado a pesar de las precauciones del autor**

DESPUÉS de la explosión, Quiquendone había vuelto a ser la población pacífica, flemática y alemana que antes era.

Después de la explosión, que no causó una emoción muy profunda, cada cual, sin saber por qué, emprendió el camino de su casa, yendo el burgomaestre apoyado en el brazo del consejero, el abogado Schut en el del médico Custos, Frantz Niklausse en el de su rival Simón Collaert, todos tranquilos, sin ruido, sin conciencia de lo que había pasado y olvidando el desquite contra Virgamen. El general había vuelto a sus confites y el edecán a sus barritas de caramelo.

Todo había vuelto a la calma, todo había recobrado su vida habitual, hombres y animales, bestias y plantas, y hasta la misma torre de la puerta de Audenarde, que la explosión (esas explosiones son a veces bien extrañas) había enderezado.

Y desde entonces no volvió a hablarse una palabra más alta que otra, ni hubo más disensiones en la población de Quiquendone. ¡No más política, no más clubs, no más pleitos, ni más agentes de orden público! El destino del comisario Passauf, volvió a ser una sinecura, y si no le rebajaron el sueldo fue porque el burgomaestre y el consejero, no pudieron atreverse a adoptar una resolución. Por otra parte, seguía siendo objeto sin pensarlo de los ensueños de la inconsolable Tatanemancia.

En cuanto al rival de Frantz, abandonó generosamente su amada Suzel a su prometido, que se apresuró a casarse con ella, cinco o

seis años después de estos sucesos.

Y en cuanto a la señora van Tricasse, murió diez años más tarde, y después de los plazos de ordenanza, el burgomaestre se casó con la señorita van Tricasse, su prima.

## Capítulo XVII

### Donde se explica la teoría del doctor Ox

¿QUÉ es lo que había hecho ese misterioso doctor Ox? Un experimento fantástico y nada más.

Después de haber establecido sus tuberías de gas, había saturado de oxígeno puro, sin mezcla alguna de nitrógeno, los edificios públicos, luego las casas particulares y, por último, las calles de Quiquendone.

Ese gas, que carece de olor y de sabor, esparcido en alta dosis por la atmósfera, produce, después de aspirado, perturbaciones. Cuando se vive en un ambiente saturado de oxígeno, se sienten excitaciones y enardecimiento.

Al entrar después en la atmósfera ordinaria se recobran las facultades habituales, como aconteció con el consejero y el burgomaestre cuando, llegados a lo alto de la torre, se encontraron con aire ordinario, porque el oxígeno, como más pesado, se mantiene en las capas inferiores.

Pero también viviendo con tales condiciones, respirando el gas que transforma fisiológicamente, no tan sólo el cuerpo sino el alma, se muere pronto, como los insensatos que hacen excesos en la vida.

Fue, pues, una fortuna para los quiquendonenses, que la explosión providencial diese fin al peligroso experimento, destruyendo la fábrica del doctor Ox.

En resumen, y para concluir, la virtud, el valor, el talento, el ingenio, la imaginación, todas esas cualidades o facultades, ¿serían tan sólo una cuestión de oxígeno?

Tal es la teoría del doctor Ox, pero hay el derecho de no admitirla, y por nuestra cuenta la rechazamos desde todos los puntos de vista, a pesar del fantástico experimento de que fue teatro

la honorable villa de Quiquendone.

**FIN**



**JULES VERNE.** Escritor francés, conocido en español como Julio Verne, nació en Nantes el 8 de febrero de 1828, llegando a ser uno de los grandes autores de novela del siglo XIX. Más adelante se dedicó también a escribir libretos de óperas y obras de teatro.

Nacido en una familia adinerada, Verne disfrutó de una buena educación y ya de joven comenzó a escribir narraciones y relatos, sobre todo de viajes y aventuras. Licenciado en Derecho y establecido en París, Verne se dedicó a la literatura pese a no contar con apoyo económico alguno, lo que minó gravemente su salud.

Verne era un auténtico adicto al trabajo y pasaba días y días escribiendo y revisando textos. Esto, unido al apoyo de su editor Hetzel, hizo que el éxito y las ventas de sus novelas fueran en continuo aumento.

Pasaba días enteros en las bibliotecas de París estudiando geología, ingeniería y astronomía, conocimientos con los que documentaba sus fantásticas aventuras y predijo con asombrosa exactitud muchos de los logros científicos del siglo XX. Habló de cohetes espaciales, submarinos, helicópteros, aire acondicionado, misiles dirigidos e imágenes en movimiento, mucho antes de que aparecieran estos inventos. Esa capacidad de anticipación tecnológica y social le ha

llevado a ser considerado como uno de los padres del género de la ciencia-ficción.

Sus novelas han sido publicadas en todo el mundo, siendo uno de los autores más traducidos de la historia. Títulos tan famosos como *De la tierra a la luna* (1865), *Viaje al centro de la tierra* (1864), *20.000 leguas de viaje submarino* (1870), *Miguel Strogoff*, *Escuela de robinsones...* hacen de Verne un clásico atemporal de la novela de aventuras, con muchas de sus obras adaptadas al cine y la televisión.

A partir de 1850 comenzó a publicar y trabajar en el teatro gracias a la ayuda de Alejandro Dumas. Sin embargo, es con su viaje de 1859 a Escocia cuando Verne inicia un nuevo camino gracias a su serie de los *Viajes extraordinarios*, de los que destaca, además de los ya citados, *Cinco semanas en globo* (1869) o *La vuelta al mundo en 80 días*.

En 1886 Verne fue atacado por su sobrino, quien le causó graves heridas. Después de esto, y de la muerte de su amigo y editor, Verne publicó sus últimas obras con un toque más sombrío que las alegres aventuras de sus inicios. La última novela antes de su muerte fue *La invasión del mar*.

Falleció en 1905 en la ciudad de Amiens.

## Notas

[1] Juego de palabras basado en los nombres: Maullando, Juan Minino, Pícaro. < <

[2] Magistrado de la antigua república de los países bajos. Esta magistratura fue conferida por vez primera (1584) a Mauricio de Nassau. < <

[3] Quintin Metsys (1465-1539) solo fue pintor; se dedicó especialmente a asuntos religiosos, retratos y cuadros de género.

< <

[4] Pasta de azúcar presentada en forma de barras delgadas y retorcidas. < <

[5] Primer magistrado municipal de algunas ciudades de Alemania, Países Bajos, etc. < <

[6] Tejido de lana, con trama de cáñamo, con el que se confeccionan alfombras y tapices. < <

[7] Rodolfo I de Hasburgo murió en 1291. < <

[8] También *preterición*: acción y efecto de preterir. En retórica, es la figura que consiste en aparentar que se quiere pasar por alto aquello que se dice encarecidamente. La palabra *aposiopesis* significa reticencia. < <

[9] Davy fue famoso más como químico que como fisiólogo. < <

[10] Boca de combustión, sin mecha, de los aparatos de alumbrado por gas de hulla, acetileno, etc. Regula la salida del fluido y le da forma favorable para combinarse con el aire. < <

[11] Género de lana asargada. < <

[12] La frecuencia de las pulsaciones varia según la edad, siendo de 120 en el recién nacido y 60 en el anciano. El término medio es de 70 a 80 por minuto. < <

[13] Danza antigua en compás de 2 por 4 y movimiento muy vivo.

< <

[14] La *guisarma* era, en unos casos, una lanza corta, y en otros, una especie de hacha usada en la Edad Media, y que se manejaba con ambas manos. La *francisca*, arma ofensiva usada por los francos, consistía en su tipo más frecuente, en un hacha cuya hoja se ensanchaba para formar el filo. Era arma arrojadiza que se lanzaba con la intención de degollar al enemigo. La *partesana*, arma usada por los antiguos germanos, consistía, según Tácito, en un asta con un hierro en la punta, angosto y corto, pero muy agudo. La *parresana* era una especie de alabarda, con el hierro ancho, cortante por ambos lados, adornado en la base con dos aletas puntiagudas o en forma de media luna y encajado en un asta de madera fuerte con regatón de hierro. Se usó en algunos ejércitos hasta el siglo XVIII.

< <